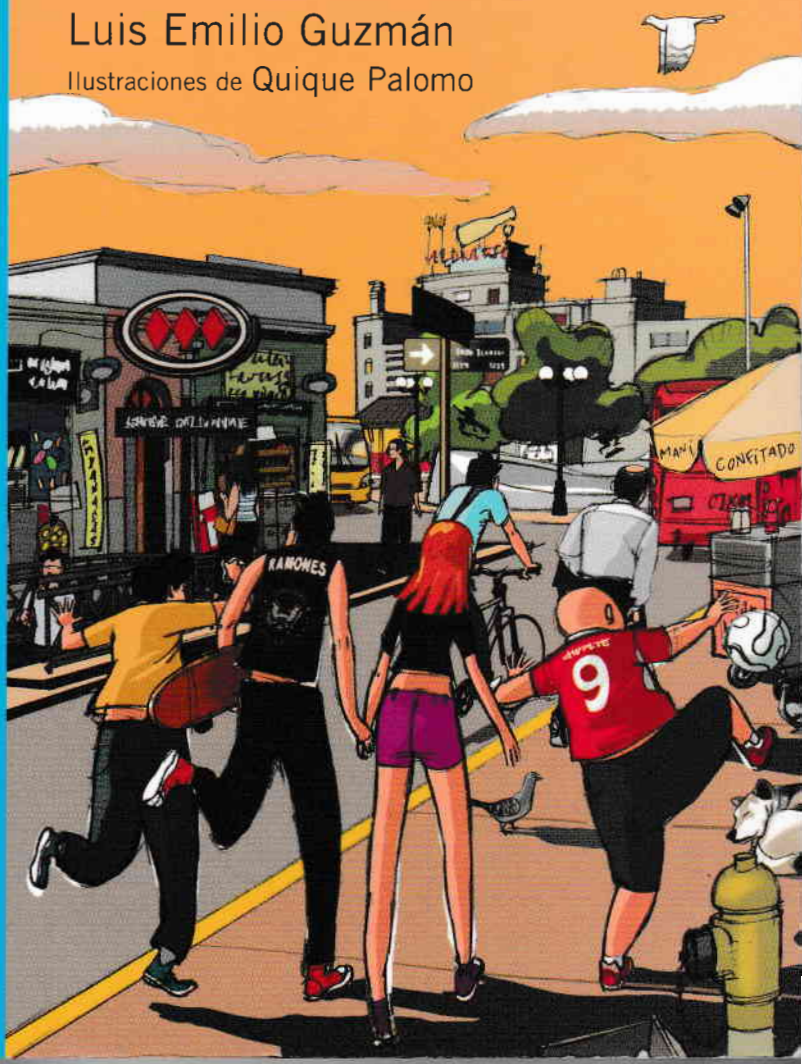


ALFAGUARA JUVENIL

El club de los que sobran

Luis Emilio Guzmán

Ilustraciones de Quique Palomo



ALFAGUARA



© Del texto: 2013, Luis Emilio Guzmán Larraín

© De las ilustraciones: 2013, Quique Palomo

© De esta edición:

2014, **Santillana del Pacífico S.A. Ediciones.**

Dr. Aníbal Ariztía 1444, Providencia

Santiago de Chile

Teléfono (56 2) 2384 30 00

Telefax (56 2) 2384 30 60

www.librosalfaguarainfantil.com/cl

ISBN: 978-956-347-466-4

Inscripción N° 220.831

Impreso en Chile/Printed in Chile

Primera edición: mayo 2013

Segunda edición: abril 2014

Diseño de la colección: Manuel Estrada

Una editorial del grupo **Santillana** con sedes en:

España • Argentina • Bolivia • Brasil • Chile • Colombia •
Costa Rica • Ecuador • El Salvador • EE.UU. • Guatemala •
Honduras • México • Panamá • Paraguay • Perú • Portugal •
Puerto Rico • República Dominicana • Uruguay • Venezuela

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la Editorial.

El club de los que sobran

Luis Emilio Guzmán

Ilustraciones de Quique Palomo

ALFAGUARA



Para mis hijos Vicente y León.

Capítulo 1

Si lo miro en perspectiva, debería haberme ido a acostar temprano. Hacerle caso a mi mamá. No creer que mi hermano iba a ayudarme. Nunca lo ha hecho, así que ¿por qué iba a empezar hoy?

Me siento como uno de esos extraños torbellinos que en medio del desierto arrasan a quien se le ponga por delante. La única gran diferencia es que yo no ocupé mi fuerza para atraerlos a este lugar. Tampoco mi súper inteligencia o mi belleza sin igual.

¿A quién quiero engañar? A ustedes menos que a nadie. No soy «lindo», como dicen las niñas, y tampoco soy lo que se llama in-te-li-gen-te.

Pero ojo, tampoco soy tonto. O al menos eso creía... hasta hoy.

Me duele la guata. Llevamos mucho rato acostados, el suelo del subterráneo está frío y tiene una pequeña capa de grasa. Seguro que los ratones gobiernan este territorio. Miro a la izquierda y veo que Sebastián tiene los ojos cerrados. ¿Se habrá quedado dormido? En una de esas. El Chupete, como le gusta que le digan en el barrio, se acuesta

después de que su mamá le sirve la comida. Ahora que estamos en verano lo hace cerca de las nueve de la noche. Sus papás conversan mientras ven las noticias y el Seba actualiza su estado en Facebook, siempre muy ordenado: «Dos goles en el parque. Se despide, Chupete, «Ojalá las vacaciones duraran para siempre» o cosas por el estilo. Pobre. Mi amigo no es tan *nerd* como parece, pero a la hora de salir a bailar a la pista, prefiere quedarse cerca del DJ. O sea, la verdad es que hemos ido solo a dos fiestas bailables, pero en ambas, Chupete quedó en la banca.

—Oye, Seba... —susurro.

No abre los ojos. ¿Qué onda? Vuelvo a llamarlo, esta vez por su sobrenombre. «Chupete». Nada. «Goleador». Tampoco. Lo muevo con la mano, pero no reacciona. Chuta. Ni siquiera puedo verle la cara.

Cuando mi hermano Pablo ordenó que nos tiráramos al suelo, yo quedé medio metro atrás de Chupete. Así que no me queda otra que jugármela con el lazo sanguíneo. Llamo a mi hermano.

—Pablo...

—Shhh.

—Oye, ¿Chupete está dormido?

—Te dije que te *callarai*, *péndex*.

Ahhh, el suave aroma del amor entre hermanos. ¿Qué haría sin Pablo? Miles de cosas, eso se lo puedo asegurar. Tendría a la mamá entera para mí, un computador, estaría en un colegio con agua caliente en los baños y estufas en las salas, y quién sabe, en una de esas hasta tendría a mi papá en la casa.

Claro que esa es otra historia.

La cuento más tarde.

Golpeo con fuerza la pantorrilla izquierda de Pablo y juro que la mano me rebota. Malditos *skaters*. Uno juega al fútbol todo el día y termina cansado y flaco como rama de árbol, mientras ellos levantan una tabla, se *quiebran* con las niñas que los van a ver y, para más remate, sacan músculos. *Okey*, ya sé que tiene dieciséis años, pero eso no le da derecho a...

—¿Quieres que te mate? —pregunta mi hermano dándose vuelta y entregándose esa cara de odio tan natural que lleva día y noche.

Alternativa A: No.

Alternativa B: ¿Puede ser más tarde?

Alternativa C: Matate tú, tarado.

Alternativa D: Haz lo que quieras, pero déjame con la Dominga.

Prefiero dejar el ¿*Quién quiere ser millonario*? de hoy, y con un súper gesto de ojos, señalo al Seba. Mi hermano gira su cabeza y ve a mi querido amigo. Pone su cara de superioridad 5.0 y dice:

—Está muerto de miedo.

Entonces Sebastián, alias Chupete, súper alias mi mejor amigo, recontra alias «El goleador de Bustamante», mira hacia atrás y me ve. Suda como si hubiéramos jugado una pichanga con cuarenta grados a la sombra. Quiere decirme que está bien, pero no le sale el habla. Tiene una mancha en el pantalón, como de pipí. O tal vez son lágrimas, pienso. Pero las lágrimas no le pueden salir desde sus ojos hasta incrustarse en el pantalón. Estoy con-

fundido. Y cansado. A pesar del momento, estoy por sobre todo cansado. Quiero irme a la casa. A la casa que sea. No me importa si es en el campo o en Girardi 1956, donde he pasado los trece años de mi vida. Tampoco me interesa si va a estar mi mamá o si de milagro vuelve mi papá. Ese es su problema. Yo quiero salir de acá. Irme. Huir. Decirle a Pablo que actúe alguna vez como hermano mayor y que me rescate. Que salgamos todos. Repito, todos.

Como si se tratase de una comunicación psíquica, Pablo me mira y dice:

—No podemos dejar a la Dominga, ¿me oíste?

Maldito. Lo dice como amenazándome. ¡Claro que no la vamos a dejar acá! Y menos a la Dominga.

Pienso: Tal vez nunca salgamos vivos.

Y todo por culpa del Chuña.

Capítulo 2

El Chuña apareció muerto el 18 de enero a las 9:18 de la mañana.

Bueno, al menos a esa hora lo vi, echado en su banco del Parque Bustamante, a pasos de la calle San Eugenio. Por supuesto que no me di cuenta al tiro. Mi papá veía CSI, así que sé lo que es un forense. Para ser francos, la única y gran razón por la que me di cuenta de que algo raro pasaba fue porque por primera vez en los diez años que nos conocíamos, el Chuña no me gritó ningún garabato.

Había llegado a la calle Bustamante y me dirigía a mi lugar favorito del parque, que queda entre la frontera de Irarrázaval al norte y el comienzo de avenida Matta por el sur, donde una gran masa



de pasto convive con juegos infantiles, una salida de metro y un círculo de cemento donde se supone que los *nerds* hacen patín. En medio de ese bastión es donde usualmente se disputan los más combativos partidos de los que el barrio tenga memoria. Y por supuesto que yo soy uno de los protagonistas. Sin embargo, esa mañana no había acción. ¡Eran las 9:18, por favor!

Lo cierto es que ahí estaba yo, dispuesto a chutear un rato, solo, hasta que apareciera Chupete y, quién sabe, en una de esas cerca del mediodía nos juntábamos con los Iturra y sus primos de La Serena e íbamos tirando más hacia Providencia. A veces subíamos por Sucre y terminábamos en la plaza de Miguel Claro jugándonos una pichanga con los cuicos del sector.

Pero nada de eso ocurrió.

Cuando vi al Chuña me quedé quieto, con la pelota en mi brazo y la mirada fija. Supe en el acto que ese día iba a ser raro y, como zombi, me acerqué hasta quedar a pocos centímetros de su cara. Tenía los ojos y la boca abiertos. A su lado, su frazada roñosa y una botella de vino medio vacía. La barba estaba intacta y en su gamulán no había rasgos de heridas o algo parecido. El chaleco tenía sus cinco botones abrochados y su pantalón de cotelé estaba pasado a orina.

Así es como huele un borracho, pensé.

Me equivocaba, por supuesto. Ese olor, ese nauseabundo y fétido aroma no era producto del vino que el Chuña tomaba todos los días. Tampoco tenía que ver con el hecho de que jamás lo hubiera

visto con otras prendas diferentes de las que llevaba puestas. De hecho, el haber dormido en la estación de metro Irarrázaval los últimos cuatro años, más que empeorar aquel perfume, yo diría que casi lo aligeraba.

No. Ese era el olor de la muerte. Y yo, tras unos minutos, me di cuenta solo.

¿Qué podía hacer? ¿Llamar a la policía? Ni loco. Se lo llevarían en un carro verde y jamás sabríamos algo de él. ¿A algún inspector municipal? Menos. Esos tipos son una lacra, y si yo fuera presidente, además de decretar los fines de semana desde el viernes hasta el martes, los eliminaría de raíz. No son ni policías pero se creen tal. Tampoco son inspectores, porque para «inspeccionar» a alguien hay que tener alguna técnica de investigación, algo que para ellos es como hablar chino-mandarín.

Miré la hora: 9:30 de la mañana. Por primera vez en lo que iba de vacaciones, agradecí la horrible costumbre de despertarme a las 8:30, cuando mi mamá se va al trabajo. No es que me guste pasarme las mañanas solo y aburrido; la culpa es de mi cuerpo, víctima de la tiranía escolar. Todavía tenía al menos dos horas hasta que los jardineros llegaran al lugar. Pensé en llamar a mi mamá, pero ¿qué podía hacer una secretaria del Ministerio de Bienes Nacionales para ayudarme? Nada. Con solo imaginármelo, se me pusieron los pelos de punta:

—Ándate a la casa y no vuelvas a salir.

—Pero mamá, es el Chuña.

—¿Quién?

—El Chuña... ese caballero del parque.

—Ese vago, querrás decir... Gabriel, ¿me escuchas? Hijo... ¡cabro porfiado! ¿Estás ahí? Por favor dime que no estás frente al cadáver de ese vago... por favor, Gabriel. ¡Dime que no estás con ese vago!

Sí, mejor evitarse a una madre en esos momentos. Además estaba en el centro de la ciudad, odiando a su jefe y odiando su trabajo. Pobre mami. Lo ha pasado mal en el último tiempo. Mejor no darle más preocupaciones. Así que enfilé hacia el único y sagrado lugar al que todo adolescente debe dirigirse en momentos en que el destino de la humanidad pende de un hilo: la pieza de mi hermano.

Lástima que no me dejó entrar.

—¡Ándate, si no quieres que te mate! —gritó tras dos ligeros golpes en el póster de Tom Araya que está pegado en su puerta.

—¿Cómo sabes que soy yo?

No respondió. Esperé dos minutos y volví a intentar. Toc-toc.

—*Péndex*, te dije que te fueras —dijo con voz de dormido.

—No, me dijiste que me ibas a matar —contesté en el acto.

La puerta se abrió y como en las películas de acción surgió el guerrero del *skate park*, el ídolo de las ocho ruedas y no sé cuántos rodamientos, el enemigo de los cascos y mejor amigo de los esguinces, torceduras y tec cerrados de la nación *skater*. Hay que reconocerlo, a los dieciséis años, Pablo era todo lo que yo nunca seré: *alguien*. Alguien cuya voz es oída. Ese que cuando mencionas su nombre y apellido, todos conocen. El que se queda callado

y dice las cosas precisas. El pesado con los papás e ídolo para los de su grupo. El pintado, el *cool*, el...

—¿Se puede saber qué haces ahí parado, *péndex*?

—Creo que el Chuña está muerto.

Y así, de manera simple, el súper-*cool*-rey-de-Bustamante se quedó sin nada que decir. Volvió a su pieza, buscó su polera de Los Ramones y salió sin darse cuenta de mi existencia. Y yo, como buen perro faldero, lo seguí.

Llegamos en menos de cinco minutos. El Chuña seguía ahí. Pablo se acercó lentamente. Yo me quedé a unos metros. Delicadamente, como nunca lo había visto, mi hermano le sacó los guantes al Chuña y acarició sus manos. Luego tocó su pulso en el cuello. Se hincó en las piedrecillas y con voz muy débil, dijo:

—Socio, despiértate.

Pero el Chuña no despertó.

Pablo no se movió de su lado los siguientes veinte minutos. No sé si lloró o solo recordó los años que pasó cerca de su amigo. Sí, tal y como lo escuchan: amigos. Tan amigos que la última Navidad, tras la pelea con mi mamá cuando nos comunicó la fatídica noticia, Pablo salió en su tabla y pasó la noche con el Chuña, quien ya había recibido varios restos de banquete de la gente del barrio. Mi hermano volvió a las 5 de la mañana, algo borracho, supongo, pero feliz. Dijo que el Chuña era lo único que le importaba, y tal vez tenía razón. Después de todo, le debía la vida.

Escuchen: puede que un hermano mayor parezca un dios del Olimpo, pero créanme, en algún

momento fue niño. Y ese niño alguna vez tuvo doce años y vio que sus papás se peleaban día y noche, y en vez de lloriquear decidió subirse a un *skate* y salir al barrio. Bueno, da la casualidad que el barrio tenía una pista en medio de un parque que queda a cuerdas de mi casa, y da la casualidad de que Pablo encontró ahí un lugar donde ser feliz. Y sin que nadie se lo impidiera, mi hermano prácticamente se trasladó a vivir al *skate park* del Parque Bustamante.

Ahí conoció al Chuña. Al principio creyeron que era un loco, un borracho más, pero a diferencia del resto, Pablo y sus amigos le hablaron de manera franca. Y lo que es más importante, lo escucharon. Se dieron cuenta de que el hombre tenía un pasado, muchas historias del barrio y, sobre todo, unos refranes que hicieron alucinar a mi hermano.

Los años pasaron y Pablo se hizo mayor. Sus amigos se multiplicaron, al igual que sus destrezas con la tabla, pero nunca se olvidó del Chuña, de la misma manera que este nunca se olvidó de mi hermano.

Tal vez por eso el Chuña decidió jugarse el pellejo. Transformarse en una leyenda. Bueno, no lo que se dice una *leyenda*, pero sí en alguien importante. Un tipo bacán, un ídolo. «Un buen ser humano», como dijo mi hermano esa noche después de llegar a casa.

Todo pasó hace pocos meses. Y la culpa es de Mateo de Toro y Zambrano y todos esos señores a los que se les ocurrió gestar la Independencia. El 18 de septiembre, mientras la mayoría estaba en las fondas o simplemente pasados a vino, Pablo se quedó haciendo sus piruetas en la pista. La primavera

estaba por llegar, así que las torres de iluminación estaban encendidas para poder disfrutar de la cancha. No sé bien a qué hora fue, pero según los relatos, ya era tarde. Solo quedaban unos seis tipos, la mayoría de la edad de mi hermano en ese momento: quince años. Primero se oyeron los focos romperse. Luego, se sintieron gritos desde varios lugares. Dicen que ocupaban ropa oscura y bates de béisbol. Alguien dijo: «Son los *skin*». Pronto, muchos corrieron.

Pablo no hizo ademán de huir. Ubicado en el centro de la pista, sabía que estaba rodeado. Tomó su tabla y la usó como escudo cuando empezaron las patadas. Funcionó, pero solo por unos segundos. Luego sintió un fuerte golpe en la espalda y cayó al suelo. El líder de los *skin* dijo algo como: «Tropa de hediondos y *flaites*. Les vamos a enseñar». Subió bien alto el bate y entonces sintió un botellazo en plena cabeza.

Era el Chuña.

De inmediato corrieron hacia él, pero el vago del barrio se defendió con artillería pesada. Cinco botellas de vino volaron como bombas de racimo. Mientras lanzaba la defensa, dicen que emitía un grito agudo y extraño, como de gata en celo, alertando a unos carabineros que creyeron que estaba asaltando a alguien. Lo cierto es que los *skin* corrieron. Mi hermano sobrevivió y el Chuña se hizo aún más ídolo.

Así que la pregunta de ¿*Quién quiere ser millonario?* sería: ¿qué iba a hacer yo en ese momento, cuando mi hermano lloraba la partida de su gran compañero?

Respuesta definitiva: Nada. Y sin alternativas, por favor.

Solo me quedé ahí. Nos quedamos ahí, hasta que una camioneta llegó. De ella se bajaron unos carabineros y, minutos más tarde, se llevaron el cadáver.

* * *

Hasta ahí, la historia del Chuña. Otro vago que muere en la ciudad, dirán ustedes.

Vivir en la calle no es fácil, reflexionó mi mamá aquella noche. Es extraño, todos teorizan cuando la muerte llega de improviso. Así que nos dedicamos a escuchar, a asentir, a cambiar de tema y finalmente, con el paso de los días, a tratar de olvidar a ese hombre extraño que odiaba que jugaran fútbol en «su» parque, el amigo de los jóvenes *cool*, el de los secretos y los proverbios: el Chuña.

Supongo que todo habría continuado más o menos normal. Yo habría seguido levantándome en las mañanas, habría contado los días, las horas, habría imaginado aquel lugar donde se suponía nos iban a mandar con los abuelos, habría aprovechado de pasear por el barrio, pedir fiado a doña Hortensia, y por supuesto, habría estado con mis amigos jugando fútbol.

Pero nadie contaba con mi hermano. Nadie, ni siquiera yo.

Capítulo 3

Es raro el verano. Más si tienes trece años. Súmeme a eso una mamá estresada, un hermano mayor en plena revolución hormonal, una casa que se hace demasiado grande para tres personas, un barrio que va cambiando como piel de lagartija, un papá que manda mails en vez de llamar por teléfono, un amigo que se cree jugador de la selección chilena y se corta el pelo al cero solo para imitarlo, además de un vago muerto, y entenderán algo de lo que me ha pasado en el último tiempo.

Pero vamos por parte.

Primero, la familia: Había una vez dos jóvenes que se enamoraron. Ella se llamaba Daniela y él, Horacio. Él estudiaba Ingeniera en Mecánica y ella quería ser profesora de castellano. Él terminó la universidad y ella quedó embarazada de un dios del *skate* al que llamaría Pablo. Claro que mi mamá no lo sabía en ese momento. Dejó de estudiar, aunque mis abuelos pegaron el grito en el cielo. Horacio juró que con su sueldo alcanzaría y por muchos años así fue. Hasta que un día, mi mamá dijo: «Sabes, los niños ya son grandes y tengo ganas de trabajar». Y mi papá no dijo nada. Al menos ese día. O sea,

dijo muchas cosas, pero se demoró mucho tiempo, más de dos años, calculo. Fue de a poco, observando el panorama: las idas de mi mamá al centro para trabajar en el Ministerio de Bienes Nacionales, nuestras malas notas en colegio, las reducciones de sueldo en el taller de don Juan, que poco a poco iba muriendo...

Y, finalmente, llegó a las siguientes conclusiones: todo había cambiado, la casa se hallaba vacía, sus hijos vivían en la calle y nadie hacía la comida... en fin, supongo que las típicas cosas que piensa un hombre machista como mi papá, acostumbrado a ir al trabajo a tres cuadras de su casa, volver a almorzar y gozar con lo linda que es su familia.

¿Suena muy pesada mi descripción de él?

Qué extraño, tomando en cuenta que mi papá es un tipo que abandonó a su familia y nos dejó sin un peso. (Lástima que no escuchan mi tono irónico).

Ya, está bien, tampoco es el más malo-malo en la historia de la humanidad. A nadie le gusta ver a sus papás peleando, ¿cierto? Chócale, a mí tampoco. Con Pablo nos mirábamos en las mañanas, justo antes de ir al colegio. Les gustaba «charlar» en el dormitorio. Imagino que mi mamá se estaba arreglando el vestido, poniéndose un poco de maquillaje, ordenando su cartera, la plata para el metro, esas cosas. ¿Y mi papá? En la cama. El taller de don Juan había cerrado, como muchos por el sector.

—¿Cuánto crees que van a durar si siguen peleando así? —me atreví a preguntarle una mañana a mi hermano.

Él levantó los hombros y se fue raudo en su *skate*. Qué comunicativo.

No hubo necesidad de esperar demasiado la respuesta. Una noche de martes mi mamá no llegó a comer a la casa. Mi papá compró una pizza y abrió una cerveza de un litro. Hasta le ofreció un poco a Pablo, pero este se negó. Una vez terminado el banquete, los tres nos quedamos en silencio. Mi papá nos miró, y tranquilamente dijo:

—Encontré trabajo en La Serena.

—¿Te vas a separar de la mamá? —pregunté, y a los segundos me arrepentí.

—No —dijo muy seguro.

Y eso fue todo. O casi todo. Al día siguiente se fue en un bus. Lo supimos cuando nos levantamos para ir al colegio y vimos una serie de cajas en el living. Mi mamá las mandaría como embalaje la semana siguiente. De eso, hace casi dos años.

¿Que si lo hemos vuelto a ver?

Respuesta definitiva: no.

¿Queremos verlo?

No lo sé. Mi papá es un hombre lleno de silencios y yo siento que alguien tan callado no requiere de mucha compañía. En eso se parece a mi hermano. Son sobrevivientes. En cambio a mi mamá le gusta hablar. Y retar. Y hacer alharacas, dar órdenes, maldecir al mundo y al que se le cruce por delante. Es, en resumen, una mujer de armas tomar. Con decirles que en la cena de Año Nuevo nos dijo:

—Se van en febrero a la casa de los abuelos.

Lo que me lleva al segundo punto de este capítulo.

Segundo, el viaje: Si yo les digo «Floresncia», ustedes dicen «Italia». Si digo «Sevilla», responden «España». Cuando los rubios de MTV dicen «*elei*», ustedes se la juegan a seguro: «Gringolandia». *Okey*, ahora bien, ¿qué responden si digo «Pueblo Seco»?

Ahhh, ¿ven que no es fácil ser yo?

Pueblo Seco queda en alguna parte dentro de un país que se llama Chile, tirando para el sur, en medio de las montañas pero con aire marino, y lejos de la civilización a menos que tengas una camioneta 4x4 con doble tracción, que no es el caso de mis abuelos Meche y Raúl, oriundos de ese pedazo de tierra y padres de la que me tocó tener como mamá.

La verdad es que la nueva «ex señora» venía con indirectas cada vez más directas desde hacía meses. Supongo que no le gustó nada que mi hermano no llegara dos noches seguidas a la casa, y tampoco que se me perdieran dos pelotas de fútbol en el parque. Decía que no almorzábamos bien y que era malo que dos niños estuvieran todos los días solos en vacaciones, vagando por la ciudad y sin un adulto que los supervisara. Eso, y que mis abuelos nos echaban de menos, cosa que ni ella se cree.

La noche de Año Nuevo nos dio la noticia. Yo le dije que ni loco me iba a Pueblo Seco, pero ella no dio su brazo a torcer. Pablo no le discutió, pero ella lo miró seria a los ojos y le advirtió que si lo tenía que llevar encadenado, lo haría.

Imagínense cómo fue el abrazo de la medianoche.

Les doy una pista: ¿qué temperatura hace en el Polo Sur?

Desde ese día hasta hoy, han pasado exactamente treinta y un días.

Raro, ¿no? Todavía no sé si vamos a salir vivos de acá, y si lo hacemos, seguramente mi madre volverá a la carga con lo de los abuelos.

Demasiadas cosas han cambiado en muy poco tiempo. Yo no quiero irme de mi barrio, porque toda mi vida está en un par de cuadras, en un parque, con mis amigos. Y mi hermano... bueno, mi hermano tendrá otras razones, las cuales no puedo ni quiero descifrar.

Claro que hay una persona que sí quiero nombrar: Dominga.

Lo que me lleva al tercer y último tema.

Dominga, el trofeo que nunca disputé: A mi favor, puedo decir que yo la vi primero.

Fue en agosto del año antepasado, un sábado en el que el parque —o tal vez debo decir «mi cancha»— no presentaba demasiada actividad. A las 5 de la tarde, Irarrázaval ya había cedido su importancia a la avenida 10 de Julio; avenida Matta recibía a los penitentes que iban al Persa Biobío o al Parque O'Higgins, y en medio de Bustamante no había mucha acción. Pero eso a mí nunca me ha desanimado. Si ustedes necesitan a alguien para estar contentos, entonces les comunico que en su vida se van a topar muchas veces con la palabra *aburrimiento*.

Mientras entrenaba mi «bicicleta» a lo Alexis Sánchez, noté que alguien cantaba. Y mal. Miré a una especie de pérgola, donde algunas veces hacen

unos espectáculos para hacerle la pata al alcalde, pero nada. La voz se intensificó; era de mujer y cantaba en inglés. Pronunciaba bien, aunque no conocía la canción. Era un rap que parecía trabalenguas, y tal vez por eso decidí seguir el sonido. Llevaba la pelota en el brazo, y cuando vi a la Dominga apoyada en un árbol, con su MP3 conectado a las orejas y con ese plumón negro de punta finita dibujando en su brazo, sí, lo reconozco, me quedé ahí parado, como estatua, atontado y con la boca abierta.

Y la pelota se me cayó de los brazos.

—¿Sí? —preguntó ella sacándose un audífono de la oreja.

—Ehhh...

—¿Me querés invitar a jugar? —dijo sonriendo.

—Ehhh...

Y ese «ehhh» sonó tan idiota como lo imaginan. Un niño de once años que parecía de diez, con una polera ñoña que le había comprado su mamá y, más encima, con la boca abierta. Ese era yo. ¿Ella? No lo recuerdo bien. Ya, sí, tienen razón, ¡claro que la recuerdo! Llevaba esos jeans súper apretados que ella misma cosió —lo supe después, claro, y no por labios de la Dominga—, una polera negra con un payaso llorando y zapatillas Nike de caña alta, regalo de su prima que vivía en San Juan. No llevaba maquillaje porque no usa, y su pelo era rojo. Rojo natural. O al menos eso creo.

—No —respondí tras unos segundos que fueron eternos.

—¿Te da miedo?

—Ehhh...

—Vos usás mucho el ehhh, ¿no?

—No.

—¿No qué? —preguntó ella, sonriendo.

—No, o sea sí... ¿tú juegas?

—¿Conocés a Messi?

—Sí.

—Yo le enseñé todo lo que sabe —afirmó mientras se ponía de pie. Caminó hacia mí, tomó la pelota y le dio un chute tan alto que, cuando levanté la cabeza, el sol me encandiló. Después, salió corriendo.

Le gustaba molestarme. O sea, le gusta, pero prefiero hablar en pasado cuando hablo de nosotros dos. De nuestros partidos en el parque. Del firme acuerdo de vernos todos los sábados en la cancha, hubiera o no hubiera más gente. Le gustaba decirme «sos un canchero», aunque yo no entendía bien a qué se refería. Cada fin de semana me mostraba otro «trabajo artístico» en su brazo, es decir, un nuevo dibujo. Decía que cuando grande iba a ser tatuadora. Y viviría en México. «El mejor país del mundo», según ella.

Después de cada partido nos comprábamos una bebida en El Pollo Gaucho, que a ella le encantaba porque era «re» argentino.

Como era de esperar, no pude relegar a mi amigo Chupete de tanta maravilla. Su vida no es muy excitante, por lo que se nos unió al tercer sábado. La Dominga lo encontró «rechonchito simpaticón», pero a él pareció no importarle el hecho de ser tratado como un «gordo buena onda». Por supuesto

se contagió con la sonrisa tarada que yo ponía al ver a Dominga, y durante el primer partido no hizo ni un mísero gol. «Chupete con sequía goleadora», dijo cuando nos íbamos a tomar unas bebidas.

El lunes siguiente a ese encuentro, me dijo que había soñado con la Dominga.

—¿Qué tipo de sueño? —le pregunté.

No respondió, aunque dejó ver una sonrisa demasiado burlona.

Desde ese momento, la tuve que compartir con Chupete. Aunque ella siempre me quiso más a mí.

Hasta que pasó lo que tenía que pasar.

Sí. Cruzó la frontera. O mejor dicho, nos aventuramos a lo desconocido. Es increíble cómo dos estaciones de metro pueden cambiar el mundo. Y cambiarte la vida.

Faltaba poco para terminar el liceo. Podrán notar que yo ya estaba en el liceo, y no en el colegio, como Chupete. Pero esa es otra historia que les contaré más adelante. Lo único que puedo decir ahora es: gracias, papi, por hacernos otra vez la vida más difícil. Como les iba diciendo, faltaba poco para salir de vacaciones. Diciembre estaba seco y aún no comenzaba la fiebre por las compras navideñas. Chupete tenía que ir a ver a su tía que vive en La Reina, así que era una tarde ideal: solo la Dominga y yo.

Miré la hora: 5:34 de la tarde. Habíamos terminado de jugar un arduo partido contra unos cabros de Dublé Almeyda, y pensé que iríamos a El Pollo Gaucho. Pero ella tenía otras intenciones. Miró hacia el parque en dirección al cerro San Cristóbal y dijo:

—¿Sabés? Me gustaría ir a la Virgen.

—¿Qué Virgen?

—¿Cómo que qué Virgen, boludo? La que está en la punta del San Cristóbal. ¿Qué? ¿nunca has ido?

—Claro que he ido —dije muy seguro de mí mismo, cosa que no sirvió de nada, porque la Dominga tiene un sexto sentido. O séptimo, diría yo. Sonrió lentamente y comenzó a caminar.

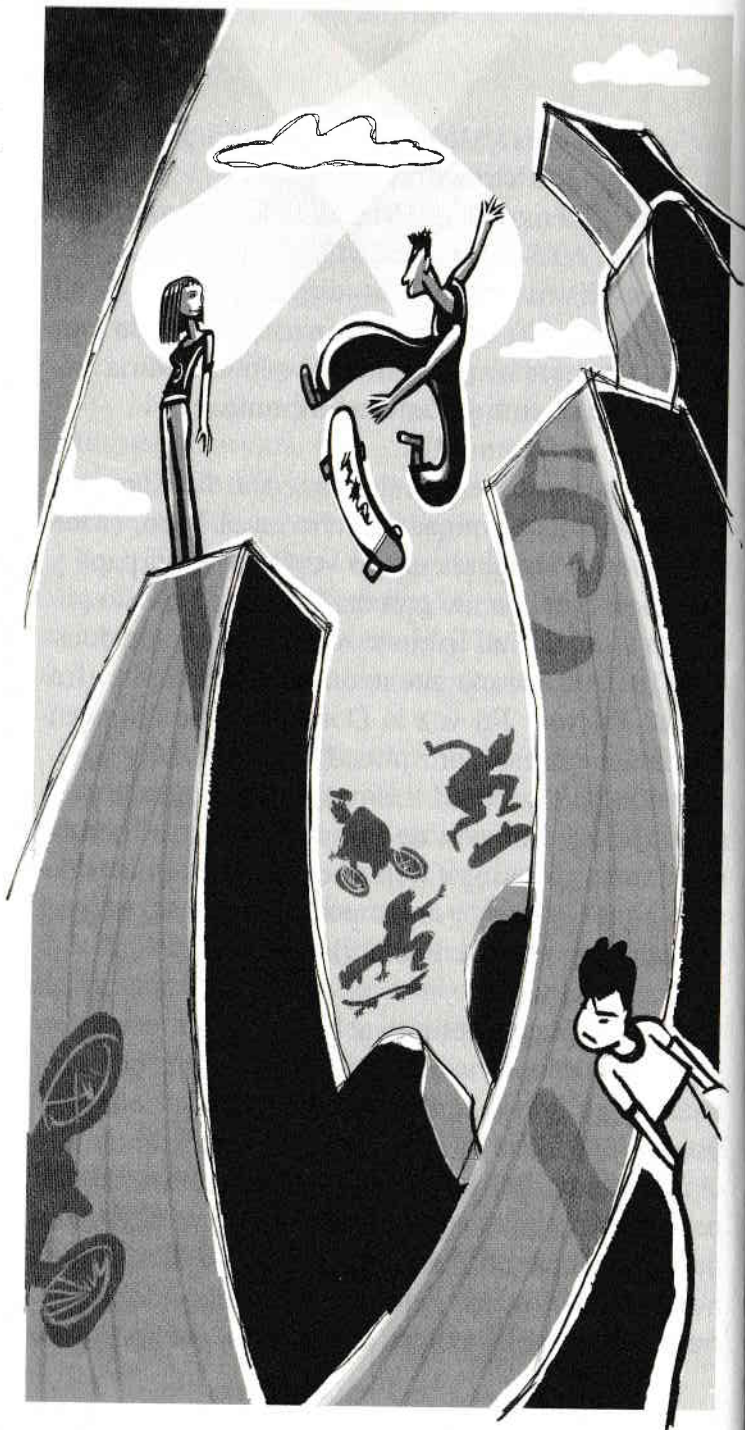
Y yo fui tras ella.

Hablamos de cualquier cosa. Me preguntó cómo había terminado el año en el liceo, si me había hecho amigos, cuándo veríamos a mi papá y qué quería ser cuando grande. Como soy medio parecido a mi mamá, le conté todo, con lujo de detalles. Tenía la secreta intención de entretenerla. ¿Lo hacía? Tal vez. Tal vez la Dominga sí se fijaba en mí. En una de esas, una niña de dieciséis años nacida en un país tan *cool* como Argentina, que se pinta los brazos como si de lavarse la cara se tratase, que canta rap en inglés, que acapara las miradas de todo aquel que se le cruza por delante... sí, tal vez alguien como ella se podía fijar en mí.

O tal vez no.

Respuesta definitiva: no.

Todo ocurrió muy rápido. Yo sabía que corríamos peligro cuando entramos en «la zona», y por eso le dije a la Dominga que cruzáramos hacia la vereda. Pero a ella le encantaba «la onda del parque», así que seguimos con la firme intención de desembocar en Plaza Italia y de ahí encaminarnos hacia la Virgen. Pero cuando oí el ruido de los *tracks* y las tablas contra el cemento, cuando sentí



el olor a sudor y los gritos de felicitaciones por los trucos, entonces, amigos, supe que era el final. Y la Dominga, quizás, lo quiso así.

Impactada con la novedad, corrió hacia la pista y se asomó. Quedó asombrada al ver a tanta gente, los colores de sus ropas, la música de la radio a pilas y, sobre todo, la onda que se respiraba. Yo, que conocía el lugar como a la más siniestra de mis pesadillas, hice un rastreo en busca del enemigo. No tardé mucho en encontrarlo. Pablo, tirado en el pasto, fumando, relajado pero serio, levantó la cabeza y sonrió. Yo traté de hacer una mueca, pero no sé si me resultó. Le dije a la Dominga «oye, se nos hace tarde», pero ella no me escuchó. ¿Dónde miraba? ¿Qué oía? No tengo idea. Lo único que sí sé es que la teleserie ya se respiraba en el aire, y como dice mi mamá, «no es buena para niños tan chicos como tú». Mi hermano se puso de pie y avanzó hacia nosotros. Lo hizo lentamente, como alargando el fusilamiento. Y entonces...

Big Bang.

Dos planetas chocaron y yo me quedé ahí, como astronauta perdido, viendo la gran explosión.

Pablo y la Dominga. Que ahora son presente. Y yo despidiéndome de mi amiga, mi primer... ustedes saben, mi primer amor. Que ahora no es nada más que pasado.

Aunque entremedio, muchas cosas ocurrieron.

Capítulo 4

No es de extrañar que una vez retirado el cuerpo del Chuña desde el Parque Bustamante, mi hermano Pablo enfilara donde la Dominga. Tampoco es raro que yo lo siguiera, y menos que cuando se dio cuenta de esto, casi al cruzar Irarrázaval, abriera su horrible boca y dijera:

—¿Dónde crees que vas, *péndex*?

—No sé, ¿dónde vamos?

—¿*Vamos*? Eso es mucha gente.

—Oye, nunca había visto a un muerto. Y para más remate, yo te avisé. Yo fui el que descubrió al Chuña.

No respondió. Levantó su puño y me hizo la señal internacional de «más te vale que no sigas» que todos conocemos. Y yo me quedé ahí, quieto, obediente como siempre, manso como cachorro en vitrina esperando ser comprado. Malditos hermanos. No sé a quién se le ocurrió la idea de traer a gente que lo único que hace es dormir, comerse tus yogures, acusarte cuando ya no pueden chantajearte y más encima robar-te las niñas que se supone están hechas para uno.

Volví al barrio, perdido, con el corazón medio destruido y pensando en que tal vez mi mamá

tenía razón: levantarse en la mañana y no tener a nadie con quien hablar no es buena idea para un niño de mi edad. O al menos para un niño como yo.

Subí por Malaquías Concha. Es una calle con fuerza, que llega hasta Infante, con casas continuas y que aún mantiene intacto el mayor orgullo del barrio: sus talleres mecánicos. Es extraño, aunque cada año los autos se venden como pan caliente en Chile, los garajes han ido desapareciendo de nuestra fauna. Bien lo sabe mi papá, que comenzó a despotricar contra «esos ladrones» hace años, cuando aún tenía su trabajo a la vuelta de la esquina de nuestra casa —en Mujica 0187—, en el famoso taller de don Juan, administrado por... sí, don Juan.

El Tano, como le decían en el barrio, había llegado de Italia escapando de la Segunda Guerra Mundial. Fanático de la Ferrari, encontró en avenida Italia su segundo hogar. Pronto armó en el patio de su casa un taller mecánico que con los años fue creciendo. Prácticamente adoptó a mi papá y un poco a todos nosotros. Organizó las primeras fiestas navideñas que yo recuerde, con grandes banquetes en la esquina de avenida Italia con Sucre, donde hoy se celebran matrimonios que dejan al barrio pasado a cerveza. En las fiestas, el Tano, nos regalaba réplicas de Ferraris en miniaturas y, aunque no lo crean, mi hermano decía contento «muchas gracias».

Hace tres años el Tano anunció que volvía a vivir a Italia. O al menos eso dijo mi papá. Explicó que le habían ofrecido buena plata por su taller. Desde ese día mi papá no le habló más. Don Juan fue a verlo personalmente a nuestra casa para que

aceptara su indemnización, pero mi viejo es un tipo orgulloso. No le ha servido de nada en la vida, pero es un tipo orgulloso.

Ahora el taller de don Juan es una galería top donde se viene a vestir gente del barrio alto. Hay gente con mucha plata en este país, ¿saben? No yo. Supongo que sus papás tampoco. Pero créanme, hay gente que no compra Ferraris en miniatura, los encargan tamaño natural.

El barrio había cambiado. Y yo también. Por primera vez en mi vida había visto a una persona muerta, me faltaban pocos días para ser relegado a un pueblo perdido en el país más perdido del mundo, y mi hermano se encontraba en esos exactos momentos con la mujer que Dios había creado para mí.

Doblé en Emilio Vaisse y toqué el timbre. La puerta de la casa se abrió y la mamá de Chupete salió a mi encuentro. La tía Rosa es presidenta de la junta de vecinos del barrio y siempre está apurada. Y maquillada. Y con unos cuarenta kilos de más.

Todo esto con cariño, claro.

—Gabriel, qué bueno que llegaste. Anda a levantar a ese patán y dile que salga. Si sigue así va a terminar como un chanco —dijo sin darme tiempo para esquivar otro de sus ataques besucones que me dejan la cara irritada y con un olor a pachulí insoportable. Se alejó con esos tacos que hacen un estruendo en el piso y dejó la puerta abierta.

La casa de mi amigo Sebastián «Chupete» Ortúzar Campusano es una linda mezcla de estilos, donde el plástico de las multitiendas convive con lo

más tradicional de Ñuñoa, una comuna que según el tío Rodolfo —alias papá de Chupete— fue conocida como la comuna de los médicos y las palmeras. Los sillones del living tienen un amarillo soleado tan horrible como en estos momentos lo imaginan, y como la tía Rosa odia cualquier rasgo de suciedad, todavía, después de casi un año de la última remodelación estilística, mantiene la cabecera de los sillones con un plástico resistente a todo y todos. La mesa de centro es herencia del tío Rodolfo, traída de Buenos Aires en los años cincuenta desde una feria que parece queda en un barrio conocido como San Telmo. No hay alfombras porque acaparan «infinidad de bichos y ácaros», según dice la dueña de casa.

Asustado con la sola idea de dejar la huella en un lugar inmaculado, enfilé hacia el pasillo. Tres puertas cerradas me recibieron. Primero estaba la pieza del matrimonio, más allá la del Seba y al fondo, como si fuera una reliquia, se encontraba «El bastión de humanidad», como bautizó a su escritorio el tío Rodolfo. Debo confesar que ese es, por lejos, mi lugar favorito de la casa. Incluso del barrio. En sus cuatro paredes no solo se esconde el tesoro de la familia Ortúzar, sino que además se puede gozar de la historia de la Segunda Compañía de Bomberos de Ñuñoa, el orgullo máximo del tío Rodolfo y su única preocupación por años y años. Esta fue la competencia más férrea de su esposa e hijo, quienes vieron ausentarse al hombre de la casa largas noches, cumpliendo su deber. Tal vez por eso me llevo bien con el Seba, los dos somos medio

huérfanos. Claro que ahora a él todo se le dio vuelta. Y es que al tío Rodolfo lo dieron de baja. O en palabras simples, lo echaron de la compañía. Chao bomberos, hola familia. Adiós al papá entretenido, hola al papá cargoso.

Maldita vida. Como dice mi abuela de Pueblo Seco, «¡uno nunca está contento con *na*!».

Me salté la puerta matrimonial y golpeé la de Chupete. Nadie contestó. Tomé la manilla, pero antes de girarla, me detuve. Oigan, tengo trece años, pero no soy un niño-ñño. Sé lo que a esta edad hacemos cuando estamos aburridos. O recién despiertos. O muy despiertos. En fin, sé lo que podemos hacer en cualquier momento, siempre que estemos solos. Una cosa es que mi pieza no tenga pestillo por expresa orden de mi mamá, pero otra muy distinta es que sea un *nerd* que viene saliendo del cascarón: ¡hello! No tengo papá, me agarro seguido a combos y patadas con mi hermano, mi mamá me deja solo en la casa a partir de las 8 de la mañana y, para más remate, ya me rompieron el corazón.

Así que decidí llamarlo.

—Chupete, ¿estás ahí?

No respondió. Pobre bosta de caballo, pensé. 11:30 de la mañana y esta morsa sigue durmiendo. Así que abrí la puerta y lo vi: soñando y con la boca abierta. Busqué la pelota de fútbol que más ama y le di un amistoso cabezazo matutino. Abrió los ojos sin entender nada.

—Levántate —ordené.

—¿Por qué? —respondió sin inquietarse en lo más mínimo.

—¿Por qué? Oye, son casi las 12 del día.

—¿Y?

—¿Y?

—Sí, ¿y?

Pensé que tal vez era muy temprano para noticias demasiado perturbadoras. Afrontémoslo: Chupete es mi mejor amigo, pero es un pavo. Jamás ha visto un muerto.

Así que busqué su polera de la selección chilena-súper-usada-a-punto-de-explotar, se la lancé y, saliendo de su pieza, le advertí:

—Tienes tres minutos. Y agradece que eres pelado, te ahorras la ducha.

Salí al pasillo dispuesto a buscar algo de jugo en la cocina, pero oí que me llamaban por mi nombre: «Gabriel, qué bueno que llegaste... mira qué maravilla».

Era el tío Rodolfo. Giré y lo vi. Llevaba su inigualable chaleco gris, largo y hediondo a cigarro, que no se sacaba en todo el día. En su nariz descansaban sus anteojos con cristales ópticos de largo alcance, especial para su nueva misión: las figuras de plomo.

Avancé por el pasillo en cuclillas, como cuidándome de romper algo, y llegué a la puerta del escritorio. En su mesa de trabajo había veinte figuras de bomberos. A un lado, un carro antiguo tirado por caballos, y junto a ellos varias témperas, pinceles y pequeñas navajas con las que iba descartando cualquier impureza de su querido cuerpo de bomberos.

—¿Y? ¿Qué me dices? Me llegaron la semana pasada. La Primera Compañía de Bomberos

de Santiago, inaugurada en 1863. ¿Te imaginas? Alrededor de ciento cincuenta años sirviendo al pueblo de Chile, ¿qué tal?

—Bacán.

Sonrió. Supongo que esperaba una respuesta mucho más efusiva, pero tenía que entender las circunstancias.

Relajado, volvió a lo suyo. Y yo a lo mío. Como cada vez que entraba a ese lugar, comencé a buscar las fotos de la familia, pero en especial del tío Rodolfo y mi papá. Ambos vestidos como bomberos. ¿Sorprendidos? Bueno, imagínense yo la primera vez que la vi. Fue cuando mi papá se había ido. Supongo que la noticia corrió por el barrio; no me extrañaría que fuera mi propia mamá la que se encargó de esparcirla, en especial en la familia Ortúzar-Campusano. De un día para otro fui tratado como una especie de rey en esa casa. O sea, no es que antes me hayan tratado mal, pero de ahí a onces con pasteles, pizzas en la noche y disfrute sin tope de horario del Play Station del Seba, hay harta distancia.

Una de esas tardes de «asilo cariñoso», el tío Rodolfo me mostró una foto enmarcada del año 87, en donde un grupo de jóvenes de veintitantos años —bomberos todos— posaban orgullosos con el nuevo carro de bomberos modelo Piers Dash. Me fijé bien en el hombre que me señalaba. Sí, se parecía a él, pero... no podía apostararlo. Le pregunté si estaba seguro y él sonrió. «Por supuesto que sí, ese es tu papá», dijo. Luego me explicó que muchos jóvenes criados en el barrio habían sido bomberos.

En casi una tradición, aunque las vueltas de la vida los habían llevado por caminos distintos. «Pero estos que ves acá son tus vecinos, papás de tus amigos, gente que aún vive en estas cuadras», afirmó.

Ahhh, recuerdos. ¿Por qué me apetecía ver esa foto otra vez? Supongo que después de haber visto a un muerto, odiar a tu hermano y estar a punto de partir de vacaciones forzadas, sentí algo de nostalgia, unas extrañas ganas de ver a mi papá, aunque fuese en una foto. Mientras recorría con mis ojos el escritorio en busca de mi objetivo, me fijé en unas cajas debajo del mesón largo y viejo en donde el tío Rodolfo construye, destruye, lee, almuerza y escucha música. Tenían un timbre que decía: «Eco». Eran nuevas, y tal vez por eso me llamaron la atención.

Estaba a punto de agacharme para apreciarlas con más tranquilidad, cuando el tío me interrumpió.

—¿Y? ¿Qué se cuenta?

Lo miré, pero él seguía en los muñecos de plomo. Supuse que en realidad no me había preguntado nada, así que seguí mi descenso para ver esas raras cajas. Sin embargo, él volvió a la carga.

—Te pregunté qué se cuenta —dijo, esta vez más profundo.

—Nada. O sea sí. Se murió el Chuña, pero usted no lo conoce. ¿Dónde está esa foto de usted y mi papá?

Giré para buscarla, cuando sentí sus manos en mi polera. Fue brusco. Me levantó y me miró a los ojos. No supe si estaba enojado o simplemente

no quería que estuviera ahí, pero lo cierto es que casi me ordenó repetirle mis palabras. Así que lo hice.

—El Chuña, un vago que era amigo. Murió esta mañana.

Chupete salió de su pieza y me llamó. El tío Rodolfo me hizo un gesto para que me retirara. Rápido. No lo verbalizó, pero yo lo sentí. Avancé hacia el pasillo y sentí la puerta del taller cerrarse a mi espalda. El Seba, de pantalón corto y con la pelota en la mano, me miró.

—¿Qué pasó?

—Nada —respondí.

—¿Y por qué tienes esa cara?

—Ehhh.

—No empieces con tus ehhh, ¿quieres?

—Tenemos cosas que hacer.

Salí de la casa sin mirar atrás. Chupete me siguió. No hablamos casi nada. Para qué, si había tiempo de sobra.

Capítulo 5

—¿Cómo es un muerto? —preguntó Chupete— mientras cruzábamos Seminario en dirección al poniente, al sitio del suceso.

—Como un hombre vivo, pero sin vida.

—Ja, ja, ja —dijo irónico, incluso algo enojado. Supuse que el hecho de no haber tomado desayuno le estaba afectando el cerebro. Y el olor de su cuerpo. Calor de verano. Muy traicionero, eso se los **aseguro**. Chupete me empujó contra un poste y vol **ió** a la carga. —Hablo en serio, Gabriel, ¿cómo es un muerto?

—Qué sé yo. Estaba con la boca abierta... igual que los ojos. Pero ido... como si hubiera estado buscando algo lejos de este mundo.

—¿Lloraste?

—No —respondí apurado.

—Oye, no tiene nada de malo. La gente llora, ¿sabes?

—Especialmente tú cuando te perdiste ese penal en la semana del colegio en séptimo —y sonreí.

—Me reivindicué esta temporada. Lástima que tú no estabas para ver mi coronación como goleador —dijo con todo el veneno que a los trece

años podemos desarrollar. Decidí seguirle el juego, porque además ya lo tenía completamente asumido.

—Ya sabes lo que dicen de los que van al colegio: son mentirosos y se hacen los choros, pero cuando se topan con nosotros los liceanos...

—Salimos corriendo antes de que nos asalten, ja, ja, ja —interrumpió. Lo miré con odio en las venas y le arranqué la pelota con fuerza. Se puso a la defensiva de inmediato.

—Oye, tampoco te enojas.

—¿Enojarme? ¿Por qué? ¿Porque mi papá se fue sin dejarnos un peso, porque mi mamá nos tuvo que meter en el liceo donde no tengo amigos o simplemente porque acabo de encontrar al Chuña muerto? ¿Tú crees que tengo alguna razón para estar enojado?

Chupete se detuvo y me miró serio. Yo seguí con el juego y lo observé, desafiante. Hizo el intento de acercarse, pero lo empujé con una sonrisa en la cara.

—¿Ves? Me querías dar un beso... ¡me querías dar un beso!

—Idiota... y dame mi pelota.

Me hizo una zancadilla, me botó al suelo y con su fuerza bruta metió pasto del parque Bustamante en mi boca. Luego tomó el balón y siguió el paso. Así son los amigos, pasan del amor al odio en un segundo.

Seguimos nuestro recorrido en silencio. Dos cuerdas expectantes, pensando en que tal vez podríamos volver al pasado, hacer como que todo había sido un mal chiste y que el Chuña iba a estar como

todas las mañanas, enojado porque ocupábamos su parque, amenazándonos con una sonrisa pícara.

Nada de eso sucedió. A la altura de Mujica, nos detuvimos. Le mostré el banco donde había encontrado el cadáver del Chuña y nos quedamos mirándolo largo rato. Ninguno de los dos habló, pero no había que ser un genio para llegar a la siguiente conclusión: el banco era igual al resto. Por ende, del vago de nuestro barrio, no había rastro alguno.

—Ojalá que cuando yo me muera alguien se preocupe por mí —dijo Chupete.

—¿Y de qué te va a servir? Finalmente vas a estar muerto, ¿no?

Seguimos hacia nuestra cancha. Tiramos chutes un par de horas, pero no hubo demasiada acción. A la hora de almuerzo Chupete me invitó a su casa, pero rehusé la idea.

Desde que salí de vacaciones de verano, a las 2 de la tarde recibo el primer llamado de mi mamá desde la oficina. Siempre es igual: me pregunta cómo desperté, si tomé desayuno y me recuerda que el almuerzo está en el microondas. «Solo tienes que calentarlo». Ese día no fue la excepción. Me esperaba arroz y unas salchichas semicongeladas que me comí con desgano. Cuando mi mamá preguntó por alguna novedad, le dije: «Todo igual».

El resto del día lo pasé en la casa, leyendo *Hijo de ladrón*, de Manuel Rojas, un libro obligatorio en primero medio —mi próximo curso—, pero que por el título me cautivó de inmediato. El comienzo es enredado, pero la vida de Aniceto es increíble. Yo no sé qué onda con *Harry Potter*, cuan-

do tenemos a un hombre que siendo niño y joven vivió cosas tan alucinantes. ¡Y es chileno!

¿Si pensé en el Chuña? La verdad es que más que acordarme de nuestra vida juntos, de su carácter o de su labia, no podía sacarme de la cabeza su cara aquella mañana, cuando lo encontré sin vida. ¿Cómo sería dejar de existir? ¿De qué servía este armazón que tenemos de cuerpo, los órganos, los músculos y la sangre que brota cuando te dan una patada en la rodilla en medio de una pichanga? ¿Todo eso dejaba de funcionar en el minuto que estabas... muerto?

No tenía con quién hablarlo. Cuando mi mamá llegó en la tarde, tipo 7, lo primero que anunció es que estaba «muerta». Vaya con las ironías del destino, pensé desde mi cama. Luego abrió la ducha y puso ese CD de Joan Manuel Serrat que de tanto escucharlo uno se lo aprende por osmosis. Después se secó el pelo, guardó sus tacos en el clóset, se puso sus zapatillas, blue jeans y empezó a preparar la comida mirando las noticias.

A las 9:30 de la noche me anunció que la cena estaba lista. Avancé hacia el living y la encontré viendo en la televisión un reportaje sobre los niños índigo, «criaturas que pueden ver más allá de lo que nosotros imaginamos». Comí unas croquetas de pescado y puré con sabor a nada, mientras la periodista de la tele explicaba que «estos seres que parecen de otra galaxia, pueden ver hasta el corazón humano». Cuando terminó el reportaje, mi mamá miró hacia al lado y me hizo cariño en el hombro. Nótese el hecho de que el cariño no fue ni en la pierna ni la cabeza; supuse que quería decir algo como «no te preocupes,

igual te quiero». La miré. Ella apenas sonrió. Tuve ganas de salir corriendo y pedir una hamburguesa en el Lomito's, pero no tenía un peso.

Me dio rabia. Y mucha. Así que no me aguanté y lancé mi primer misil.

—¿Y tu hijo?

—¿Pablo?

—¿Tienes otro?

—Muy gracioso.

Volví a mirar las noticias como si nada hubiera pasado, pero la bomba de racimo ya estaba haciendo efecto.

—¿Tú no lo has visto? —preguntó.

—No —respondí sin mirarla.

Mi mamá sacó el celular y marcó. Esperó diez segundos, nadie le contestó y dejó un mensaje seco y aclaratorio:

—¿Dónde estás? Si no me llamas en media hora te voy a castigar, ¿oíste?

Dejó la bandeja en la mesa y se puso de pie. Sonreí sin mostrar mi sonrisa, con ganas de irme a dormir temprano, olvidarme de todos y tratar de que el día terminara de una buena vez.

—Mamá, me voy a la pieza —dije.

Ella no respondió.

Pasaron al menos tres horas. O por ahí. Lo cierto es que ya estaba dormido cuando sentí que me movían como si un tsunami estuviera a un par de cuadras de la casa.

Mi mamá se había fumado varios cigarrillos, lo supe al tiro. Mientras me ponía los pantalones, la oí despotricar en contra del mundo, pero

en especial contra mi hermano. Me apuré con un amistoso grito y cerró la puerta de la casa sin poner llave. Por supuesto que no entendía nada, así que me decidí a preguntar qué demonios pasaba justo cuando entramos al auto.

—Ponte el cinturón —ordenó ella.

—Mamá, te hice una pregunta.

—Y yo te dije que te pusieras el cinturón, Gabriel.

Lo hice. Se lo mostré. Ella encendió el motor, puso primera y salimos disparados por Condell.

Qué linda es la comunicación familiar, ¿no?

Si mi mamá no quería explicarme nada, bien por ella. Para mí, todo el mundo está un poco loco, y como no soy doctor de la cabeza, no puedo hacer mucho. Cerré los ojos.

—No te duermas —ordenó al instante.

—¿Y qué te importa si me duermo o no? Al final, nunca me respondes nada, así que te doy lo mismo.

Nos tocó roja en el semáforo. Por primera vez me miró a los ojos. Ahí me di cuenta de que había llorado.

—Es tu hermano —explicó.

—¿Qué le pasó?

—Nada. Pero quiere que lo vaya a buscar, insiste en que tengo que ir. Y como no quería dejarte solo, te obligué a levantarte. Pero ya me arrepentí.

—¿Por qué?

—Porque vamos a la morgue, Gabriel.

Capítulo 6

Cuando era chico, a mi papá le encantaba Superman. Con tanto mago dando vuelta, vampiros lindos y jóvenes hombres lobos, a uno se le olvida que una vez hubo superhéroes que, más encima, durante el día eran gente normal. La verdad es que no sé qué es más difícil hoy: tener esposa e hijos o simplemente salvar al mundo de los malos. Bueno, lo cierto es que mi papá tenía en unas cintas VHS la película de Superman, y más de alguna vez me obligó a verla con él. Miradas con el tiempo, ahora esas pelis dan un poco de vergüenza ajena. Sus efectos especiales eran bien *pencas* y yo al final casi siempre me quedaba dormido. Pero sí me acuerdo de una cosa: Superman no había nacido en este mundo.

¿Media novedad? Bueno, siempre se aprende algo nuevo. Superman nació en otro planeta que, para esa fecha, estaba a punto de explotar. Sus padres —buena onda ellos— lo mandaron a la Tierra para que se salvara. Y después pasaron muchas cosas. Algunas entretenidas y otras, la verdad, poco creíbles. Lo único importante de esta historia que ahora les cuento es que ese bendito planeta, la cuna del superhéroe favorito de mi papá, aquel asteroide

que estaba a punto de desaparecer era *muy* frío. Casi tan frío como el pasillo de la morgue la noche en que entramos con mi mamá.

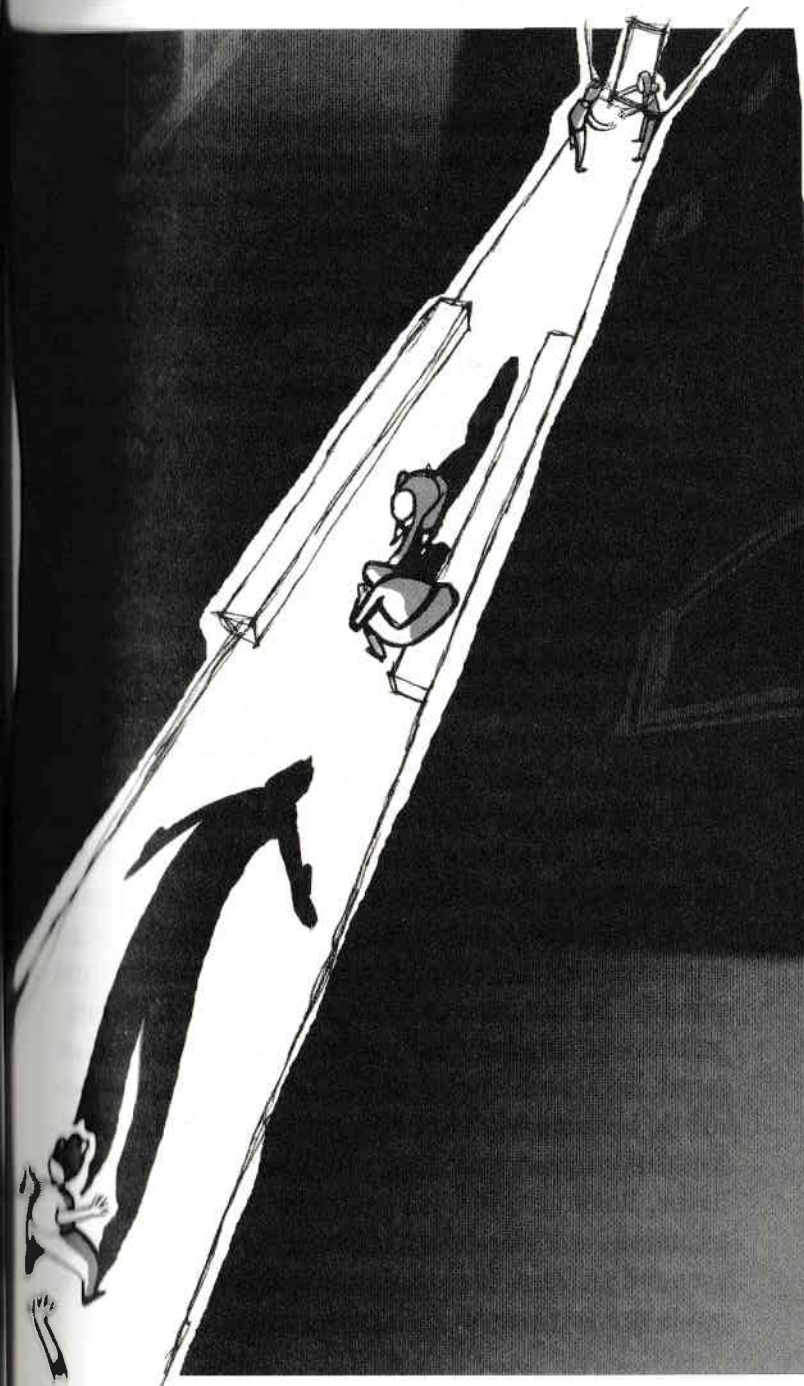
Es cierto, es verano y casi todos dormimos sin pijama y a guata pelada. Pero en la morgue, no importa el día ni la fecha, es un lugar frío. Y yo supuse de inmediato la razón: el edificio estaba lleno de gente muerta.

Cuando mi mamá estacionó el auto tuve la loca idea de que me dejaría quedarme dentro. Con solo una mirada me dejó claro que era imposible, así que la seguí en silencio. La entrada parecía un concurso de gente rara: dos gordas, cercanas a los cuarenta y cinco años, fumaban mientras leían el diario; a su lado, un tipo flaco y de ojos saltones le preguntó a mi mamá si necesitaba un servicio funerario. Yo me asusté. Dos muertes en un día era demasiado. Mi mamá le dijo que se fuera a una buena parte —un garabato, sí, para que vean lo hipócritas que son los mayores —y entramos de la mano.

Nos recibió un largo pasillo con dos bancas de unos diez metros a cada lado. Oí unos sollozos hacia el final. Una puerta se abrió y un hombre de anteojos, cincuenta años, delantal blanco, avanzó hacia una mujer de unos treinta y cinco años que tenía un pañuelo arrugado en su mano, mojado de tanto llorar.

Así es la muerte, pensé: fría, silenciosa, repleta de sollozos.

Le solté la mano a mi mamá. Ella avanzó por el pasillo y entró por la puerta del fondo. Yo me quedé parado, solo, pensando en Superman. Hasta que alguien tocó mi hombro.



—¿Qué hacés acá?

Me paralicé. Ojalá no me haya hecho pipí, pensé. ¿Qué hacía la Dominga en ese lugar?

—Ey, te estoy hablando.

Me di vuelta. Estaba seria, vestida de negro y con la cara blanca. Un perfecto zombi en un perfecto escenario.

—Dime que Pablo no está muerto —dije.

Sonrió. Qué linda se ve cuando sonríe, pensé.

—¿Eso querés? —preguntó.

—Nnn... no.

—Mmm. ¿Idea mía o estás dudando?

—No —dije convencido.

—Qué bueno. Por un momento se me ocurrió que querías que Pablo estuviera muerto para quedarte conmigo —dijo mientras me desordenaba el pelo.

Pensé: qué onda las mujeres. O están locas o son brujas. ¡O tal vez la Dominga es indigo! Puede mirar a través de mi corazón.

No tuve tiempo de comentárselo. Me hizo una seña y giré. Desde la puerta, salieron mi mamá y Pablo. Se notaba que habían peleado. La Dominga trató de saludar a mi mamá, pero esta siguió de largo. Pablo me miró y dijo: «Lo que faltaba». Tomó de la mano a la Dominga y se dirigieron al auto. Yo tuve ganas de quedarme ahí hasta que se fueran todos, llegaron a la casa y tal vez entonces se preguntaran: «¿Y dónde está Gabriel?». Pero entonces escuché un llanto desde alguna de las oficinas y los pelos se me erizaron. Salí corriendo.

De vuelta estuvimos callados. Por supuesto que me fui en el asiento del copiloto, mientras atrás mi hermano y la Dominga se tomaban de la mano. Traté de poner la radio, pero mi mamá la apagó a los pocos segundos.

Santiago es un lugar movido en las noches, la gente parece que no duerme. Vi a oficinistas, parejas y grupos de mujeres riendo, caminando animadamente por las calles. También había vagos recolectando cartón y otros durmiendo en los bancos. Me acordé del Chuña, pero no lo mencioné en voz alta.

En Plaza Italia tomamos Bustamante. Ya reconocía las calles. Faltaba poco para mi casa, mi cama y poder cerrar el día. Pero no doblamos por Santa Isabel, sino que seguimos en dirección a Irarrazaval. De pronto, oí que la Dominga le decía a Pablo:

—Mirá, están quemando otra vez.

Giré y vi una gran masa de humo. Qué extraño, pensé. Le iba a decir a mi mamá que había un incendio en el barrio, pero ella estaba en otra. En un semáforo, miró por el retrovisor.

—¿Dónde está tu edificio, Dominga? —preguntó.

—No se preocupe, tía. Déjeme aquí.

—¿Cómo se te ocurre que te voy a dejar sola a las dos de la mañana? No me cuesta nada.

—En serio, tía. Además es contra el tránsito, así que...

—Ya te dije que no te voy a dejar sola... Imagínate qué me va a decir tu mamá.

—Mamá, no molestes —dijo Pablo.

—¡Y tú no te atrevas a levantarme la voz!
—gritó mi mamá, como si hubiera estado esperando el momento para explotar.

—Vieja, relájate —dijo mi hermano con ese tono irónico que lo hace ser tan petulante que dan ganas de ponerlo en una barrera de fútbol y mandarle un pelotazo en cierta parte.

Mi mamá se dio vuelta y lo apuntó con el dedo.

—Cállate, ¿quieres? ¡Todo esto es culpa tuya!

Entonces oí que una puerta se abría. Era la Dominga, que se bajó y salió corriendo. La vimos perderse por el parque, en dirección a Matta Oriente. Y como un fantasma, desapareció.

—¿Estás contenta? —le preguntó Pablo a mi mamá.

—Contenta voy a estar cuando dejes de darme problemas, Pablo.

Volvimos en poco menos de un minuto a la casa. Cuando entramos, corrí a mi pieza. Pensé que estaba a punto de estallar otra guerra mundial entre mi hermano y mi mamá, pero me equivoqué. Cada uno hizo lo mismo que yo: refugiarse. En pocos minutos, otra vez reinaba la paz. Yo traté de dormir, pero la imagen de Santiago de noche aún palpitaba en mi cabeza. Tenía sentimientos encontrados; me encantaba la seguridad de mi casa y de mi cuarto, pero tenía curiosidad por conocer esas calles, el cerro encallado en medio de la ciudad. Pensaba en todo esto cuando la puerta se abrió. Es mi mamá para darme el beso de las buenas noches, pensé. Pero ya verán: yo no soy índigo.

—Péndex, ¿estás despierto? —preguntó Pablo.

—Sí.

Se acercó en la oscuridad. Traté de prender la luz, pero él me dijo que no lo hiciera, «así la mamá sigue durmiendo».

—¿Qué quieres? —pregunté tras una pausa de silencio.

—¿Sabes dónde fuiste a buscarme?

—Sí. A la morgue.

—¿Y sabes qué hay en la morgue?

—Gente muerta.

—Muy bien.

—No me trates como a un niño, Pablo, ¿quieres?

—Oye, no te enojés.

—Yo vi primero al Chuña muerto, no te olvides.

—Sí ya sé.

—Y tú te pusiste a llorar... yo no —dije como defendiéndome.

Mi hermano se rió. Me dio un amistoso golpe en el hombro, señal de amor fraternal. Luego dijo:

—Desde que se lo llevaron, estuve con la Dominga todo el día. Ella me vio triste y yo no sabía qué hacer. Quería que el Chuña tuviera una despedida buena, como se la merecía.

—No te sigo.

—Quería enterrarlo, hacerle una ceremonia.

—¿Y?

—Yo sabía que el Chuña no tenía a nadie. Él me lo había dicho, ¿sabes?

—No, no tenía idea.

—Nosotros hablábamos de todo. De minas, de la vida, del colegio y hasta de los planetas. El Chuña era un tipo muy inteligente... un sabio.

—Oye, Pablo, ¿no le estarás poniendo mucho?

—No, en serio. Ya, era borracho y medio rabioso, pero conmigo era... no sé cómo explicarlo. Y no siempre fue así.

—¿Así cómo?

—Vago. Según él, su familia tuvo mucha plata. Me dijo que había nacido en este barrio, que fue al colegio Suizo y que incluso estuvo en la universidad.

—¿Y qué le pasó?

—No lo sé. Nunca se lo pregunté.

—Te dio miedo.

—Sí. Además no me gusta preguntar estúpideces.

—¿Desde cuándo dices garabatos?

—Desde que nací.

—Qué chistoso. ¿Y? ¿Lo viste en la morgue?

—No. Cuando llegué a la morgue, me di cuenta de un detalle: no sabía cómo se llamaba el Chuña.

—¿Y qué hiciste?

—Llamé a la mamá.

—¿No lo buscaste?

—¿Entre todos los muertos?

Se rió. Qué insoportable es Pablo, pensé. Viene a mi pieza para puro molestar.

—Ya —dije con ganas de dormirme. Me di vuelta y me tapé con la sábana. Pero Pablo, por primera vez mucho tiempo, se quedó sin saber qué

hacer. Yo pensé: pobre hermano. Se siente adulto en un cuerpo de niño.

Tras un minuto de silencio, se puso de pie, avanzó hacia la puerta y la abrió. Un pequeño rayo de la luz de la luna que se colaba por el living iluminó mi mano. Y entonces me acordé.

—Pablo.

Él se dio vuelta. No dijo una palabra, pero me escuchó atento.

—Ya sé cómo podemos saber el nombre del Chuña.

—¿Cómo?

—¿Estás seguro de que nació en el barrio?

—Sí.

—Entonces conoció al papá —dije esperanzado. Pero Pablo se calló. Esta vez su tono fue más pesado.

—¿Y?

—Que lo podemos llamar y preguntarle.

—Yo no voy a llamar a ese tipo —dijo seguro de sí mismo.

—¿Por qué?

—Tú sabes muy bien por qué.

—No, no lo sé.

—Porque nos abandonó, Gabriel.

Luego cerró la puerta, pero esta vez yo me puse de pie.

—Espera —le ordené.

Él se quedó en el umbral, mirándome.

—Entonces vamos a ir a ver a otra persona.

—¿Quién?

—El tío Rodolfo, el papá de Chupete.

—¿Y ese loco qué tiene que ver?

—Es nacido y criado en el barrio.

—¿Seguro?

—Oye, Pablo, hay muchas cosas que yo sé y que tú no tienes idea.

—¿Cómo cuáles?

—Para empezar, la Dominga prefiere jugar de arquera que de atacante.

—Ya —sonrió—. ¿Y algo más importante?

—Que el tío Rodolfo y el papá fueron bombos en este barrio. Por ende, estoy seguro de que tienen que saber quién era el Chuña en realidad.

Capítulo 7

Al otro día me levanté tarde. Puede ser que las 10 de la mañana de un día de verano —más si estás de vacaciones— les parezca una hora más que razonable para abrir los ojos. Bueno, no para mí.

Pero estaba cansado. Además tuve un sueño extraño, no de esos que te dan susto, pero sí de los que te hacen pensar: veía al Chuña cantar en ese cerro encallado en medio de la ciudad. Su voz era apreciada por muchas personas y él cantaba con desparpajo. Pero cuando me miraba a mí, su voz se apagaba. Acto seguido, prendía un fósforo y quemaba un árbol que estaba a su lado. El fuego ganaba en intensidad, y pronto, todos los asistentes al recital corrían despavoridos. Excepto —era que no— yo. Como medio hipnotizado, avanzaba hacia el escenario y el Chuña, cubierto por las llamas, me miraba y sonreía.

Me desperté sudado, como si me hubiera jugado un partido de fútbol en el mundial.

En una de esas lo mejor es irse a Pueblo Seco, pensaba mientras me servía jugo en la cocina. No tenía ganas de comer pan, así que me contenté con un yogur. Abrí la página 108 de *Hijo de ladrón*,

justo cuando un fantasma entró a la cocina: Pablo... ¡y más encima duchado!

—¿Y tú?

—¿Yo qué? —contragolpeó él, mientras abría el refrigerador y se comía cuatro tajadas de jamón de pavo de mi mamá (especial para su dieta).

—¿Qué haces despierto a esta hora? ¿Te caíste de la cama? —pregunté.

—No, tarado. Me levanté porque vamos a salir.

—¿Tú y yo?

—¿Ves a otro tarado en la cocina?

—No, solo a ti.

Me pegó un mangazo en la cabeza y yo le respondí con una patada en la canilla. Él, que le encanta *Jackass*, se mató de la risa. Una vez recuperado, me asfixió con cariño, y cuando le pedí clemencia, me mandó a ponerme la ropa.

Siete minutos después estábamos frente a la casa del único e incomparable Sebastián Chupete Ortúzar.

—Toca el timbre —ordenó mi hermano.

—¿Por qué yo?

—Porque tú eres amigo de ese guatón.

—Oye, más respeto con el Seba.

—¿Por qué? ¿Te gusta acaso?

Tuve ganas de mandarlo ustedes saben dónde. Pero me contuve. Lo miré con mi súper visión mata-hermanos, pero él no se dio por enterado. Presioné el timbre. Pasaron diez segundos sin novedad.

—Parece que no hay nadie —dije.

—Es miércoles y es temprano. Toca de nuevo —ordenó Pablo.

—Oye, a todo esto, ¿qué piensas decirle al papá Rodolfo?

—¿Yo? Nada. ¿Por qué crees que me puse esta ropa tan mamona? Para verme ordenadito. Hoy día voy a hacer como que somos hermanos del alma y tú le vas a preguntar todo.

—¿Por qué yo?

—Porque...

No hubo tiempo para más palabras. La puerta se abrió y, de un momento a otro, fuimos testigos de un espectáculo del cual no estábamos advertidos: Chupete con calzoncillos gastados y calcetines... y nada más. Bueno, por supuesto que tenía la pelota de fútbol en la mano y la cara de dormido no se la sacaba nadie, pero de ropa, lo que se llama ropa que te cubre el cuerpo, nada. Nos miró con el único ojo que las legañas le permitían abrir.

—¿Qué onda? —preguntó.

—¿No te han enseñado que hay que ponerse una polerita antes de abrir la puerta? —bromeé.

—¿Qué onda? —insistió.

—Ábrenos —ordenó Pablo. Queremos hablar con tu papá.

—No está —respondió el Chupete descamiado.

—¿Y tú mamá? —preguntó mi hermano.

—Tampoco.

—Mejor.

Pablo saltó la pequeña reja e invadió propiedad ajena. Yo estiré la mano y abrí la chapa. Y así, frente a los ojos de mi fiel amigo Sebastián Chupete Ortúzar, los hermanos Escobar invadimos su casa.

—¿Cuánto tiempo tenemos antes de que lleguen? —preguntó Pablo una vez dentro de la casa.

—¿Qué sé yo? —respondió Chupete. Luego me miró como diciendo «¿me volví loco o tu hermano acaba de entrar a mi casa?».

—Oye, Pablo, ándate piola, ¿ya? —ordené para tranquilizar a mi fiel amigo.

Mi hermano me devolvió un palmetazo en la nuca, y acto seguido me ordenó dirigirnos al escritorio del tío Rodolfo. Los tres avanzamos rápidamente. Chupete no se preocupó de ponerse una polera o pantalón. No sé por qué, pero la idea de tener a Pablo en su casa lo tenía entusiasmado. Abrimos la puerta y nos encontramos con el panorama de siempre: el mundo de la antigüedad. Libros, fotos llenas de polvo, cachureos de otras épocas, los muñecos de plomo y, por supuesto, miles de recuerdos del querido cuerpo de bomberos. Pablo se fue directo a los cajones. Tonto y bruto como es él, me di cuenta inmediatamente de que no encontraría nada. Chupete, más instintivo que ratón de cola pelada, preguntó:

—¿Qué estamos buscando?

—¿Estamos? —dijo mi hermano con su tono apestoso de mala onda—. Eso es mucha gente, Chupete.

El Seba me miró. Yo levanté los hombros. No vale la pena, quise decirle. Avancé unos pasos hacia el fondo del escritorio, mientras mi hermano buscaba algo que jamás encontraría. Yo, en cambio, sí tenía una pista que seguir: la bendita foto enmarcada en donde salía mi padre y el tío Rodolfo vestidos de bomberos.

Me dirigí al lugar donde la había visto el día anterior, pero esta vez no encontré nada. Alguien la había sacado. La pared, que alguna vez fue blanca, aún tenía marcado el lugar donde estaba la fotografía. Me hiqué, pensando en que tal vez se había caído, pero el resultado fue el mismo: había desaparecido. Sin embargo, debajo del escritorio, me topé con una sorpresa: el tío Rodolfo se había deshecho de las cajas Eco que ayer yo había visto. Raro. Lo único que quedaba en ese sector era un cuchillo cantonero. ¿Las habría abierto? Tal vez. Pero no recordaba nada nuevo en la casa de Chupete. Quizás las vendió, pensé, o las tenía guardadas para algo importante, algo como...

—Oye, Chupete, ¿has visto unas cajas que dicen «Eco»?

—¿Qué? —respondió mi amigo.

—Es que la otra vez que vine tu papá tenía unas cajas que... olvídalas.

Algo me detuvo. La ventana del escritorio daba a un patio interior que en ese momento amontonaba las cinco cajas que había visto en el escritorio. Ustedes dirán que eso puede ser totalmente normal, un hombre de edad mayor —sobre cuarenta, digamos— que se deshace de unas cajas. Ahora bien, díganme si no es raro que en una de esas cajas se deje ver un aparato negro, con cuatro botones de distintos colores, dos manillas y cuatro flechas señalizadoras. Ya lo creo. O sea, un *joystick* no se ve todos los días en el jardín de tu mejor amigo. Así que le di un codazo a Chupete y se lo mostré.

No hubo necesidad de decir una palabra.

—¿Dónde van? —alcanzó a decir mi hermano.

Nadie le contestó. En tiempo récord salimos de la casa, abrimos la reja que separaba los dos patios y, casi como en un sueño, nos encontramos de repente con un tesoro inimaginable: un Play Station 3, un televisor LED de última generación, cuatro parlantes, un Blue Ray y dos anteojos que, supongo, servían para ver la vida en 3D. Chupete se reía solo, abriendo las cajas de cartón como los vagos en las noches, gritando, medio chalado ante la diosa fortuna que por fin se acordaba de él.

Yo también estaba feliz. Uno se pone feliz cuando los amigos tienen suerte, ¿no? Sí, mejor no me respondan.

La fiesta habría seguido de no ser por un par de acontecimientos. El primero fue una idea que se me ocurrió verbalizar:

—Chupete, ¿no te parece raro que justo ayer viera esas cajas en el escritorio de tu papá y que ahora estén tiradas en el patio, como si fueran basura?

Su alegría se detuvo por un par de segundos. Sí, sonaba raro, pero...

—¿Y? Ahora las encontramos. Y lo que hay dentro es mío —dijo él.

Volvió a su alegría y yo trataba de pensar en lo bonita que era la vida, hasta que mi hermano llegó a escena.

—¿Qué están haciendo? ¿Qué es esto? —preguntó Pablo.

—¡Nos ganamos la lotería! —respondió Chupete riendo.

Yo miré a Pablo. No entendía nada. Le pregunté si había encontrado algo, pero negó con la cabeza. Mi amigo Sebastián seguía riendo, y como a mi hermano no le gusta la gente feliz, avanzó hasta donde estaba él y le arrebató los lentes tridimensionales. Chupete se asustó. Pablo lo miró serio y preguntó:

—¿Dónde está tu viejo?

Chupetín levantó los hombros, pero Pablo lo zamarreo con fuerza.

—Piensa —ordenó mi hermano.

Estamos fritos, dije para mí mismo.

Pero me equivoqué. El movimiento hizo que las neuronas del Seba se conectaran, y tras el bate-bate-chocolate, abrió los ojos y dijo:

—En una de esas está en el parque viendo los ejercicios de los bomberos.

Pablo lo soltó, giró y me miró.

—Hora de irnos —dijo.

Yo no quería irme, por supuesto. ¿Ejercicio de bomberos? La onda de detective de Pablo me estaba aburriendo. Prefería quedarme con Chupete y armar nuestra sala de juegos intergaláctica. Pero cuando estaba a punto de negarme a la orden de mi hermano, escuchamos:

—¿Se puede saber qué es esto, Dios mío?!

Todos nos dimos vuelta y vimos a la tía Rosa indignada, como si el cuerpo de un jabalí hambriento la hubiera poseído. Avanzó, pero no se preocupó demasiado de nosotros, los hermanos Escobar. Más allá estaba su hijo Sebastián, que en ese minuto la miraba con los anteojos en 3D. Pobre Chupete, pensé. Qué impresión. Pero la tía Rosa tampoco se preocupó de

su hijo. Con los ojos desorbitados, observó las cajas abiertas y el gran desorden que habíamos armado.

—¿Y esto?

—Son de mi papá —explicó Chupete.

—Eso ya lo sé. ¿Me puedes explicar qué hacen acá, Sebastián?

Chupete la miró y levantó los hombros. Luego, dirigió su mirada hacia mí. La tía Rosa hizo lo mismo. Otra vez *¿Quién quiere ser millonario?*, pensé.

—Parece que... el tío las tiró —dije, pero al segundo me arrepentí. Es respuesta definitiva, Gabriel, pensé, sé más convincente—. Sí, el tío las tiró. Y nosotros las encontramos.

La tía Rosa no expresó ninguna opinión. Parecía como si su cabeza estuviera hirviendo de rabia, porque a medida que veía las cajas tiradas, su cara se fue poniendo cada vez más roja. Miró al cielo, y como en las películas, cuando la cámara avanza hasta la boca del protagonista, gritó:

—¡Maldito borracho!

Acto seguido, comenzó a escupir una serie de garabatos que dejarían hasta al más guachaca de la feria con la boca abierta. Su hijo Chupete apenas podía moverse, frente a sus ojos, veía a su madre transformarse en un monstruo de pesadillas.

Pablo aprovechó el momento y susurró:

—Vámonos.

Por primera vez estuve de acuerdo con mi hermano. Salimos sin darle la espalda al engendro demoníaco por miedo a que nos lanzara algún hechizo.

Llegamos ilesos a Emilio Vaisse. Miré a Pablo, contento de estar vivo, y le dije:

—Bueno, para que veas que a veces la mamá es como para quererla.

—Pobre guatón.

—Chupete. Y es mi amigo.

—Como sea. Tener a esa mamá... te la encargo.

—Oye, yo te tengo como hermano y no reclamo tanto.

—Qué gracioso.

—Sí, ese soy yo, el gracioso. Bueno, Pablo, ha sido un gusto. Nos vemos algún día, cuando nos lleven a Pueblo Seco —dije mientras me dirigía a mi casa. Pero Pablo me sostuvo de la polera y me sonrió.

—¿Dónde crees que vas, *péndex*?

—A ser feliz... lejos de ti.

—¿Acaso no oíste a esa bola de grasa?

—Lo tratas mal una vez más y te mato, ¿está claro?

—Ya, *okey*. ¿Acaso no oíste a Chupete?

—Sí, lo oí.

—¿Y?

—Deja de hacerte el inteligente, Pablo. No te va. Habla claro.

—Dijo que su papá estaba en los ejercicios de bomberos.

—No pensarás ir para allá...

—Claro que vamos a ir. ¿No quieres saber cómo se llamaba el Chuña?

—¿El Chuña?

—Sí, el Chuña. ¿O acaso crees que estoy haciendo esto por ti?

Capítulo 8

Camino al lugar de ejercicios de los bomberos, Pablo sacó su MP4 y no se dignó a mirarme. Se mantuvo a mi lado, seguro de que no me moviera, y siguió por Bustamante en dirección al sur. Cruzamos Grecia, Antonio Secchi y, finalmente, tras una gran pandereta con la insignia del metro, vimos una escalera que se elevaba. Pablo se sacó los audífonos y me indicó que era hora de romper la ley, mientras observaba la pandereta.

—No voy a saltar, olvídalo —le advertí—. Acá dice que es propiedad privada.

—Okey, entonces te quedas solo —dijo, al mismo tiempo que se alistaba para saltar los dos metros con su súper-agilidad-insoportable.

—No creas que me da miedo, tarado.

—Yo no he dicho eso —explicó muy sobrado, tal y como es él.

Luego sonrió.

Pensé: bueno, ya estoy aquí.

Me hizo una «sillita» y volé hasta el otro lado.

Yo no sé por qué alguien querría ser bombero. En primer lugar, no vives en tu casa. Al menos no todo el tiempo... aunque pensándolo bien, eso

no es nada de malo: a los bomberos no los molestan los mamás, ni las esposas ni menos los hermanos en edad adolescente-insoportable. Lo que sí es raro es el gusto por quemarse. Eso, y no me digan que no, es como para dudar de la sanidad mental de esta gente. Y para más remate, si no se queman, se empapan. Es cierto que sin ellos habría gente que lo pasaría realmente mal y que son tan buenos que no cobran sueldo, pero de ahí a coquetear con la muerte por las puras, a mí no me resulta muy entendible.

Nos sentamos a unos treinta metros del lugar donde realizaban los ejercicios. La planicie estaba llena de mangueras gruesas, señalizaciones extrañas y bomberos sudando la gota gorda. Con el sol del verano castigándoles la cara, un grupo de quince tipos —todos vestidos con uniformes de pegamento y botas de agua— corrían enrollando mangueras, subiendo por escaleras hasta el cielo y rodeando unos carros viejos e inservibles. Los dirigía un hombre cincuentón de bigote negro y acento extraño que ocupaba un uniforme rojo de terciopelo, botas de equitación y cinturón blanco exageradamente grande, parecido al que ocupan los levantadores de pesas para que cuando hacen esfuerzo no se les abra la guata y les salten los intestinos al público. Los bomberos-esclavos de este señor eran en su mayoría gente joven, veinteañeros, como alguna vez lo fue mi papá.

—No sé cómo hacen ejercicios a esta hora, si ayer en la noche tuvieron que apagar un incendio.

—Están acostumbrados —dijo Pablo.

—¿A qué?

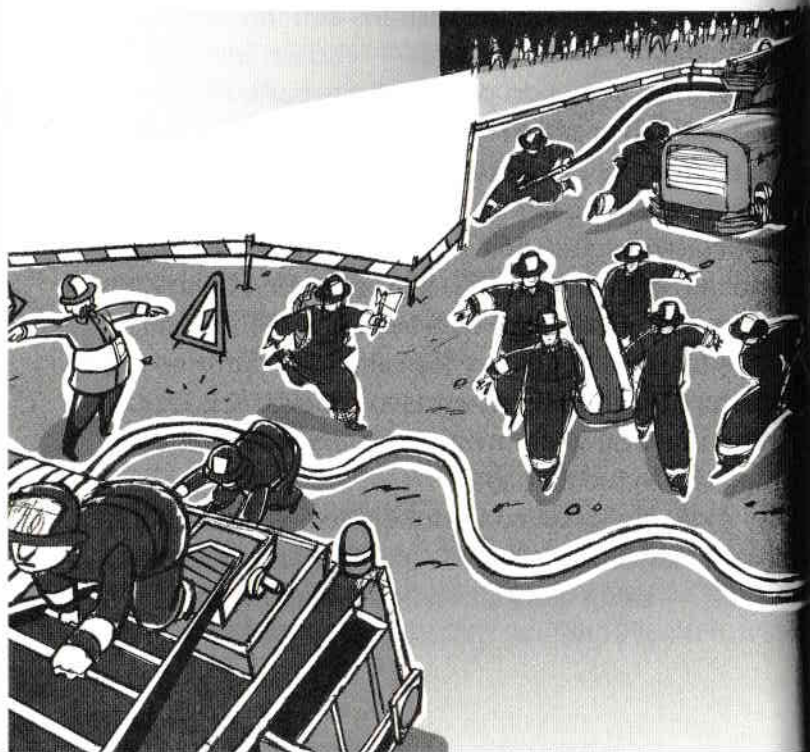
—¿No te has fijado que últimamente hay caleta de incendios? Por lo menos yo en la noche escucho un montón de sirenas.

—Para mí que estás viendo muchos videos, Pablo.

—Y para mí que los tapones que te pone la mamá para que duermas mejor, de verdad funcionan.

No quise seguir peleando por tonteras. Sí, mi mamá me dejaba unos tapones en el velado pero es porque Silvestre (el rottweiler de don Patricio, nuestro vecino) es el perro más insoportable del barrio.

—Has como que miras el *show* —me dijo Pablo.



—¿Y tú?

—Voy a buscar al papá del guataca.

—Sebastián. Se llama Sebastián y le dicen Chupete.

—Lo que sea, ¿cómo se llama su papá?

—Oye, vives a dos cuadras de él hace quince años.

—Ya, ¿y?

—¿Se te estresó la neurona, Pablo?

—¿No quieres que te estrese la cabeza de un bombo, mejor?

—Okey, que poco humor. Rodolfo... Rodolfo Ortúzar.

Pablo se puso de pie y salió en su búsqueda. Yo me quedé solo. Por un momento quise que los bomberos ocuparan a Pablo de muñeco de prueba y rociaran todo su cuerpo con bencina, para luego incendiarlo... y que justo en ese instante se les acabara el agua. Pero después me arrepentí. Pensé en que al Chuña no le gustaría que deseara esas cosas, así que decidí seguir viendo el espectáculo. Pero no me emocionó demasiado, no podía sacarme de la cabeza la idea de que Chupete, si su madre-mutante lo permitía, podía estar jugando Play Station 3. Y yo en el fin del mundo, muerto de calor y con un hermano que... ¿dónde estaba Pablo?.

Lo busqué con mi mirada de rayos casi-X, pero no lo divisé. «Este maldito se fue», dije susurrando. A los segundos escuché un silbido, giré y a mis espaldas, caminando hacia la pandereta, divisé a mi hermano. Con la mano me ordenaba a seguirlo, cosa que hice sin chistar. Quería largarme de ahí

cuanto antes. Respuesta definitiva: nunca voy a ser bombero.

Saltamos la pandereta y en la calle lo interrogué.

—¿Alguna noticia?

—Muchas. Pero son para gente grande —respondió sin mirarme. Luego caminó hacia el norte.

—Ya, ¿y por qué la sabes tú?

—Ja, ja, ja. Deberías ir al Festival de Viña de humorista.

—Y tú deberías ser bombero, en una de esas tienes un accidente...

—Mira, *péndex*, ya te puedes ir a jugar a la pelotita. Sé dónde está este tipo, pero no es cosa de niños.

—¿Se supone que me debo asustar?

—Deberías —dijo.

Llegamos a avenida Grecia, pero en vez de seguir hacia la casa, siguió hacia avenida Matta. A las pocas cuadras, giró a la izquierda. No me pareció tan extraño el barrio, mi papá nos llevaba siempre caminando a Franklin, así que las casas y la calle me eran algo familiar. A mi viejo le encantaba ir a buscar piezas de automóviles, en especial de los antiguos. En el garaje de don Juan había un Mustang que, entre todos los mecánicos, habían refaccionado. Pensé en contárselo a Pablo, pero ya sabía que el tema no le gustaba demasiado. Por supuesto iba con sus audífonos y su *reggae* a todo volumen. Pero entonces se frenó, y con su brazo me detuvo. Dejó su música de lado y me advirtió:

—¿Ves ese bar del frente?

Dirigí mi vista al lugar. «El Tinto», decía un cartel que daba pena.

—Eso no es un bar. Es un hoyo en medio de una casa abandonada que, para más remate, se está cayendo a pedazos.

—Deja de hacerte el chistoso, Gabriel.

—Ya, oh, qué falta de sentido del humor.

—Es un bar, y en los bares hay...

Puso su cara como jugando a «complete la oración», cosa que no hice. Pablo suspiró. Estaba cabreado por algo.

—Hablé con el que manejaba el carro de bomberos. Le pregunté si conocía a Rodolfo Ortúzar y me puso mala cara.

—¿Mala cara? ¿Y eso qué?

—Nada, o sea... —Pablo estaba choreado, pero trató de hacerme las cosas más simples—. Mira, yo me di cuenta de que sabía de quién estaba hablando y le metí una chiva. Le dije que era su sobrino y que acababa de llegar de Pucón.

—¿Pucón? Pablo, allá hay puros cuicos. Pucón... ¿te has visto al espejo?

Me respondió con una charchazo que por poco me deja sordo. Definitivo: había perdido la paciencia.

—Mira, ya me arrepentí de que vinieras.

—Ya, pero vine —dije.

—¡Pero no debiste!

—Oye, ¿vas a llorar como viuda en velorio o me vas a hablar en serio? —pregunté. Pablo me quedó mirando y, tras pensarlo, se me acercó.

—El chofer me dijo que el papá de Chupete estaba en este bar.

—Entonces vamos y le preguntamos por el Chuña.

—Es que eso no es todo lo que me dijo, Gabriel. Lo miré. No entendí en un primer momento, pero al ver la cara de mi hermano, supe que la información que iba a recibir sería un poco más *heavy*. Y tuve razón.

—Parece que el papá de Chupete es un borracho. Y por eso lo echaron de los bomberos.

—Imposible —dije de inmediato.

—Bueno. Tenemos dos opciones: o nos vamos y olvidamos el asunto, o entramos y enfrentamos la verdad.

—¿Tengo alguna opción? —pregunté, iluso. Por supuesto que Pablo no contestó. Cruzó la calle en dirección al bar El Tinto. Y yo, como una sombra, fui tras él.

* * *

Cuando mi hermano abrió la puerta, inmediatamente me arrepentí. Cuatro mesas de madera carcomida por el paso del tiempo eran la escenografía de un antro oscuro y hediondo a vino. Al fondo, sobre una barra, un televisor en blanco y negro transmitía carreras de caballos. Entre los clientes había tres hombres de más de cincuenta años, dos con gorros de lana, algo que me pareció más que extraño. Anotaban en unas libretas y veían atentamente la carrera. Más allá de la barra, una señora de unos sesenta años levantó su horrorosa cara y nos miró. Yo me quedé paralizado, pero Pablo no se

detuvo y caminó hasta la última mesa, donde una espalda cubría un vaso de vino. Era el tío Rodolfo.

—¡Este no es lugar para niños chicos! —dijo la dueña del local.

Yo le encontré toda la razón, pero por más que tuve la intención de salir arrancando, mis piernas no se movieron.

Vi que mi hermano ya se había sentado junto al papá de Chupete, y le decía algo en el oído. El tío Rodolfo lo miró fijamente y negó con la cabeza. Pablo insistió. Luego sacó una fotografía del bolsillo y se la indicó. El tío Rodolfo no quiso mirarla, pero Pablo prácticamente se la estampó frente a los ojos. Yo creí que estaba en medio de un juego de acción y aventuras, onda *Zelda*, pero esto olía peor. La dueña cruzó la barra, se me acercó y me tomó de los hombros..

—Te dije que te fueras, niño.

Los apostadores nos dirigieron sus miradas, sin entender qué hacía yo ahí. Seguí sin moverme.

—No puedo —dije.

—¿Cómo que no? Ya, pa' fuera, pa' fuera, si no quieres que te eche a patadas.

Me empujó. Yo me asusté. Fue en ese preciso instante que Pablo se puso la capa y salió a mi rescate.

—Oye, deja tranquilo a mi hermano.

La dueña se dio vuelta y un aroma a ajo le salió debajo del brazo, en la parte del sobaco. Tuve ganas de vomitar.

—¿Y vos quién soy? —preguntó la dueña, mirando a mi hermano.

—Un cabro que viene a puro molestar... —respondió el tío Rodolfo desde el fondo del bar.

Tuve ganas de que mi mamá llegara y los retara a todos por tratar mal a la esperanza de este país: sus niños. Pero después pensé que nos hubiera castigado por siglos si nos veía ahí. Para tranquilizar las cosas, dije.

—Ya nos vamos, perdón por todo.

—¡Sí, pero ahoraaaa! —gritó la dueña.

Entonces me volvió a empujar. Yo resbalé y caí al suelo. Mi cara aterrizó en el piso más asqueroso que haya visto en mi vida. Desde ese ángulo, pude apreciar decenas de servilletas y papel higiénico esparcidos en la superficie. Algunos tendrían años sin ser recogidos. Súmenle a eso pedazos de miga, manchas de cerveza y colillas de cigarro. Pobres escobas, pensé.

Desde el suelo alcancé a oír:

—¿Qué te creís? —Era Pablo. Y yo supe que era el principio del final cuando escuché el gemido de la dueña. «La debe haber agarrado del cogote», supuse. Acto seguido, sentí los gritos de los parroquianos del bar. Me levanté justo en el momento en que los viejos de gorro de lana sostenían a mi hermano de los hombros. El tercero le dio un combo en el estómago. Pablo se estremeció.

—¡No! —grité, a punto de llorar.

Pero no sirvió de nada; esta vez el combo fue directo al ojo de mi hermano, quién cayó como saco de papas. Las lágrimas ya me caían por la cara y no sabía qué hacer. Levanté la cabeza, vi al tío Rodolfo y lo único que se me ocurrió decir fue:

—¡Tío!

Se puso de pie. Tambaleó. Está borracho, pensé. Era verdad, el papá de Chupete se había perdido en las «garras del alcohol», como dicen en la tele. A duras penas se puso frente a los hombres y los calmó. Pablo se levantó, yo lo agarré con fuerza y lo saqué de ahí.

La luz del día me ayudó a hacer el diagnóstico de su cara: sangraba en la ceja. Y respiraba. Respiraba tan fuerte que creí que se le iba a salir el corazón.

—Pablo... estás... Pablo, no te pasó... —no me salían las palabras. Seguía llorando, y me odié en ese instante. Supe que todavía era un niño, por más que no quisiera aceptarlo. Pasaron unos diez segundos en que no nos dijimos nada, hasta que mi hermano me desordenó el pelo y dijo:

—Tranquilo, no pasó nada

Luego se echó a reír.

¿Nada? Pobre, debe tener daño cerebral, pensé. Pablo se rió con más fuerza y, para serles francos, en ese minuto tuve ganas de pegarle otro combo. Pero como soy su hermano, lo miré seriamente y ordené:

—Tenemos que ir al hospital para que te curen.

—No. Y pobre que le digas a la mamá.

—Pablo, estás sangrando del ojo.

—Tranquilo, Gabriel. Relájate.

—¿Relajarme? ¿Te mataron la neurona?

Sonrió.

—Vámonos —dijo.

Caminó apoyándose en mí. Esta vez no se puso los audífonos. Lo noté huesudo y mucho más grande. Como hermano mayor.

—Oye... —dije.

—¿Sí?

—Eres bien valiente, Pablo.

—Todo sea por un amigo.

Entonces me acordé y me detuve al instante, El Chuña. Después de todo, habíamos ido por él, Pablo pareció entenderlo, pero me dio la mala noticia de inmediato:

—No lo sabe. O al menos no me lo quiso decir. Le mostré una foto que me había sacado con él, pero no lo reconoció.

—¿El papá de Chupete es un borracho?

—No —dijo mi hermano, y al tiro supe que decía la verdad—, pero algo le pasa. Es un hombre triste.

Asentí. Todo es raro, pensé. El barrio cambió, mi papá se fue, al tío Rodolfo lo echaron de lo único que le apasionaba y mi mamá nos enviaría al sur. De un momento a otro, me sentí solo. Rodeado de gente, pero solo.

Fue justo en ese momento que el tío Rodolfo salió del bar. Giraba su cabeza, como buscando a alguien.

—¡Se llamaba Jaime Pérez! —dijo con un dejo de abatimiento, para luego añadir—. Pero no le digan a nadie que se los dije.

Y luego se alejó de nosotros. Yo miré a Pablo,

—¿Qué hacemos? —pregunté.

—Buscar a Jaime Pérez, alias el Chuña, y enterrarlo como se debe.

—¿Y piensas ir con ese ojo sangrando?

Por primera vez se palpó la herida. La yema

de su dedo índice se llenó de sangre, y la probó con la lengua. Como en las películas, pensé.

—Sígueme —dijo.

Maldita estrella de cine, pensé. Vas a llegar lejos, hermano.

* * *

Caminamos en silencio, en dirección al norte. Llegamos a avenida Matta en menos de cinco minutos, y mientras pensaba en el tiempo transcurrido desde mi última visita a Fantasilandia, la guata me empezó a crujir. Hora de almuerzo, pensé; pero acto seguido, me di cuenta de que esas tres palabras traían de regalo el clásico llamado de mi mamá para monitorear mis movimientos.

—Pablo, la mamá nos va a llamar.

—¿A mí? Oye, yo nunca hablo con ella hasta que llega del trabajo.

Cierto, desde el comienzo del verano y de la inspección a la hora de almuerzo, mi mamá nunca me había preguntado por mi hermano. ¿Habría renunciado a seguirlo o simplemente yo era el conejillo de Indias para que a través de sus «agudos» interrogatorios le informara de las actividades de Pablo?

Lo miré buscando una explicación, pero él se introdujo en una micro que subía por Eduardo Castillo Velasco. Pensé: es el momento, Gabriel; o dejas de ser el niño mimado o te transformas en... algo.

Saltamos la barra de metal que está al principio del pasillo y pasamos sin pagar. El chofer no

le dio mayor importancia. ¡Si mi mamá nos viera! Su furia es de temer cada vez que el valor del Transantiago sube, producto de los morosos que se hacen los lesos.

Me senté al lado de Pablo y miré su herida.

—¿Dónde vamos? —pregunté.

—A un lugar secreto.

—Oye, ni que fuéramos a la Mansión Howard... ¿O te creís Harry Potter?

—¿Quién? —contestó sin mirarme. Y qué quieren que les diga, me dio rabia. Una cosa es no creerse mago, pero otra muy diferente es no conocerlo. ¿En qué mundo vive este tipo?, me pregunté.

Concluí que era un caso perdido y que le echaría la culpa si es que mi mamá se enteraba de nuestras «actividades matutinas». Llegando a Juan Moya, Pablo se puso de pie y me tomó del cuello. Mientras caminábamos hacia la parte trasera de la micro, me susurró:

—Oye, Gabriel, me vas a prometer una cosa: lo que pase ahora, no se lo puedes decir a nadie, ¿estamos?

—¿Qué?

Mi cara de horror debe haber sido escalofriante, porque Pablo se partió de la risa. «Nada», dijo mientras me sacudía el pelo. La puerta trasera se abrió y bajamos. Caminamos un par de pasos, hasta que mi hermano se frenó. Yo miré el lugar.

—Oye, era verdad —dije.

—¿Qué?

—Esto es como la Mansión Howard.

Abrió la reja y entramos a la casona.

Okupa. Yo había escuchado la palabra en el liceo. También la había leído en la mochila de Pablo, hasta que mi mamá lo obligó a pintarla. Pero cuando leí en la entrada de ese caserón «Casa Okupa», me di cuenta de algo: cada día se aprenden cosas nuevas.

La mansión tenía tres pisos y unas quince habitaciones. Lo primero que me llamó la atención fue el reloj que se vivía al interior. Se escuchaba una música étnica y desde la cocina salía olor a betarraga. En una pieza unos diez jóvenes hacían yoga. El *hall* de entrada estaba tapizado de *flyers* que anunciaban talleres de magia, malabarismo, teatro y danza, junto con algunos que denunciaban la brutalidad policial y el desalojo de casas okupadas. Yo me acordé de las tomas del liceo y de esa mañana en que tiraron unas bombas lacrimógenas al patio y a mí me entraron ganas de llorar.

Estaba con la boca abierta. Frente a mí se cruzaban hombres y mujeres cercanos a los veinte años, gente que uno ve pero con la cual uno nunca habla. De partida, nadie tenía un corte de pelo normal. Cuando digo «normal», me refiero a algo que haría un peluquero de un centro comercial, como don Nicolás, que es el que me lo corta desde que tengo memoria en Comercial Madrid, en Bilbao con Pedro de Valdivia.

Subimos por la escalera. Un par de tipos saludaron a mi hermano afectuosamente. En lo que a mí respecta, era como estar muerto: no existía para nadie. Al llegar al pasillo del segundo piso, Pablo abrió la tercera puerta a la izquierda y vi cuadros de

paisajes medios extraterrestres y fotos de Argentina. Habíamos ido por la Dominga. Y me alegré.

Cuando ella vio a Pablo, se le tiró a los brazos, preocupada por su herida. Y apoyada en el hombro de mi hermano, ella me miró. Y no dijo nada. Solo tuvo ojos para él; y mientras le hacía cariño, yo me quedé ahí, parado como idiota, viendo la pieza, la cama y la ropa, mucha de la cual pertenecía a Pablo. Supe entonces hacia donde partía en las noches, el lugar en el que desaparecía, su refugio contra todos los peligros de la vida.

En ese minuto me dieron ganas de ser mago y desaparecer.

Me di vuelta y salí corriendo. Y no me detuve hasta que crucé avenida Salvador. Ya estaba salvado, pensé.

No sé si me llamaron o si mi hermano salió persiguiéndome. Lo más posible es que no. Lo cierto es que otra vez estaba solo.

A veces, uno se siente invisible.

Capítulo 9

Cuando llegué a mi casa ya era de noche. No quise comer, pero a mi mamá no le importó mucho. Desde la cocina me preguntó por qué y yo simplemente le dije que me dolía la guata. Y eso fue todo. Me encerré en la pieza a mirar mis álbumes de fútbol y los aviones de maqueta de la Segunda Guerra Mundial que le gustaba construir a mi papá. Decía que era un ejercicio para no perder la motricidad fina, entre tanto golpeteo de carburadores, motores y llantas. Tenía ganas de que yo aprendiera el «arte de la maqueta», pero no sirvo para estar encerrado mucho tiempo. Me gusta agarrar la bicicleta y perderme por el barrio, recorrer el parque, refugiarme en Girardi, sentir el olor de la madera donde los anticuarios de Lautaro y, si tengo tiempo, subir por Ñuble hasta el Estadio Nacional para ver a los cancheros cortar el pasto antes de que los hinchas de la U lleguen con sus bombos y fuegos artificiales.

¿Por qué había guardado todos esos aviones? No podía explicarlo. Me acordé del libro *Hijo de ladrón* y sentí que al lado del protagonista era un malcriado. Y, para colmo, un cobarde. Pensé en vol-

ver a la casa okupa, pero la sola idea de ver a Pablo con la Dominga juntos me dio pánico.

No dormí bien esa noche. Claro que tuve pesadillas, pero la verdad es que no las recuerdo. Hastiado por el calor y esperando oír a mi hermano llegar, no ocupé los algodones. Solo escuché las sirenas de los carros de bomberos.

Al día siguiente era miércoles. Me levanté apenas noté que la luz del sol entraba por la ventana y caminé hasta la pieza de mi mamá. No toqué su puerta. La abrí y vi la cama de dos plazas apenas desordenada. Pensé en lo increíblemente sola que se puede ver una cama sin ser ocupada por una pareja de papás que alguna vez fueron marido y mujer. Mi mamá estaba en el baño, pero de inmediato preguntó:

—¿Gabriel?

—Sí.

—¿Qué haces despierto a esta hora?

—Quiero hablar contigo.

—Ah... estoy un poco ocupada, pero dime.

No quise abrir la boca. Estaba confundido, y supe que hablar a través de la puerta no me ayudaría, así que esperé. Mi mamá salió a los pocos segundos cubierta con su bata celeste y una toalla enrollada en la cabeza. Me fijé en su mano izquierda: sostenía una afeitadora desechable. Mejor hablaba mirando hacia la puerta.

—¿Qué pasa? —preguntó ella con apuro.

—¿Qué estás haciendo con esa afeitadora en la mano?

—¿Qué crees tú?

—¿Hay un hombre en el baño?

—¿Que si hay un hombre en el baño? ¿Por qué? ¿Acaso no puedo traer a un hombre a *mi* baño?

—Ehhh.

—No, Gabriel. No hay ningún hombre en mi baño. Me estoy depilando las piernas.

—¿Depilando o afeitando?

—Da lo mismo, por Dios. Me estoy congelando y más encima estoy atrasada. Ahora ¿me puedes decir qué es tan importante para molestarme a estas horas de la mañana?

—Ya, mamá, tranquila.

—No me vengas con el «mamá, tranquila»... Por favor.

—Ya, *okey*.

Me quedé callado. La miré y pensé en mi papá, en sus maquetas de aviones, en su trabajo en el garaje, en tener que compartir sus afeitadoras con las piernas de mi mamá. No lo exculpé del hecho de habernos abandonado, pero sí, por un momento, me puse en su lugar. Y acto seguido, sonreí.

—¿Se puede saber de qué te estás riendo? —preguntó ella.

—De nada, perdona.

—Dime a qué viniste, Gabriel. Y no me hagas perder el tiempo.

—Lo que te quería preguntar es si crees que los abuelos nos quieren en Pueblo Seco.

—Por supuesto que te quieren. Lo único que me ruegan es que vayan a verlos —respondió muy segura.

—¿Y tú crees que les gustaría verme antes?

No respondió. Solo se quedó ahí, parada, armandose una explicación o tal vez una «carta de navegación», como decía mi papá frente a los planos de una maqueta de avión. Finalmente miró el reloj despertador y volvió al mundo: sacudió la cabeza y tiró a la cama la toalla que le cubría el pelo.

—¿Qué quieres, Gabriel?

—Irme cuanto antes a Pueblo Seco, donde mis abuelos. Ojalá mañana, ¿puede ser?

Ella asintió. No supe si estaba contenta o triste. Entró al baño y oí el secador de pelo. Entendí que era hora de irme.

Me dirigí hacia la cocina cuando me topé con la puerta de la pieza de Pablo. Me detuve y la miré harto rato, hasta que me aburrí de ser un niño bueno. Le di una patada y la puerta se abrió. Me sentí como en *Medalla de honor*, en pleno desembarco de Normandía. El siguiente paso suponía acribillar a mi hermano, sacarle el cuero cabelludo y comerme su corazón.

Lástima que su cama estaba intacta y que no había rastros de él. Entonces tocaron el timbre y llegué a saltar del susto.

Era Sebastián Chupete Ortúzar. Con solo ver su cara supe que no era el único que lo pasaba mal en la vida.

* * *

No quiso entrar a mi casa. Busqué un *short*, una polera y no me despedí de mi mamá. Agarré una manzana y cerré la puerta por fuera. Todavía

hacía frío, pero sabía que a eso de las 11 de la mañana el sol me calentaría los huesos.

Lo primero que me llamó la atención fue que Chupete no llevaba su pelota. Tampoco se había puesto la camiseta roja de la selección ni la blanca de Colo-Colo. Fanático como era, estaba demasiado callado, desaprovechando un día ideal para probar su ya clásica teoría: el golpe con el borde interno es para los débiles, los verdaderos *cracks* le dan velocidad y ubicación al balón con el empeine. Aquel que sepa sus secretos, podrá llegar lejos.

Bajamos por Malaquías Concha hasta Vicuña Mackenna. Cruzamos la avenida y seguimos por Virreinato. Ninguno abrió la boca.

¿Echaría de menos la ciudad? ¿Me acostumbraría a la vida sin el ruido de las micros, el olor de las fuentes de soda o los restos de chicles adheridos a mis zapatillas cada vez que aplanaba esas calles? No lo sabía. Por un segundo tuve la idea de que el ruido de las hojas de los árboles, el olor a maíz y la tranquilidad de Pueblo Seco me iban a matar.

Pero ya estaba decidido. Quería huir. Mi vida era demasiado insoportable para seguir aguantándola sin hacer nada. Entonces comencé a sonreír, y cuando llegamos a la esquina de San Camilo, solté una carcajada.

Pero Chupete no se rió. Lo miré, levanté los hombros y le dije:

—A veces uno se cree el más importante del mundo, ¿sabes?

Me quedó mirando. Parecía como si hubiera crecido tres años en un día.

—Me lo quitaron —dijo, tras una larga pausa.

—¿Qué cosa?

—Todo.

—No te entiendo, Seba.

—Todo, Gabriel. Me quitaron todo. El Play Station, el plasma, el equipo de música... Todo. Se lo llevó él.

—¿Quién?

—Tú sabes muy bien quién...

Asentí. Me acordé del tío Rodolfo en el bar, de su tristeza y de aquella última frase, cuando nos dio el nombre del Chuña y me sonrió como pidiéndome disculpas, como queriendo ser el que alguna vez fue.

Chupete se agachó y se tocó las rodillas. Pensé que iba a llorar y me quedé congelado. Luego hizo unas pequeñas zancadas y se apretó los muslos. Miré a todos lados y solo aprecié cemento. Tuve miedo de que empezara a golpear las tiendas de repuestos que ya se empezaban a apreciar en la calle Portugal; en una de esas terminaría subiéndose por las paredes como el Hombre Araña. Pero inmediatamente me acordé de que Chupete estaba ahí por una razón. En su vida nada era casualidad, y a diferencia de la mía, no iba a recorrer diez cuadras sin una misión clara.

Hay algo que no les he contado del Seba. Es más pillo que yo. Y más feo. Le va peor en el colegio, pero al menos va en un colegio, como dice él cada vez que le saco el tema de sus notas. Cuando éramos compañeros de curso, congregaba a muchos niños en el recreo: relataba partidos de fútbol, contaba historias fantasmales que había vivido su papá como bombero y prometía regalos que, gra-

ba a la posición de su madre en la junta de vecinos del barrio, podía conseguir sin problema.

Decidí entonces no entrar en pánico. Si Chupete iba a actuar como rana en plena calle, bien por él. Yo esperaré. Bajé la cara y lo vi respirar muy concentrado. Siguió con los ejercicios hasta que, con un gran salto, se puso a mi nivel. Me miró a los ojos y dijo:

—¿Listo para correr?

No alcancé a responder. Chupete se acercó a un quiosco, sacó una bebida de un pequeño refrigerador y escapó a toda velocidad. El quiosquero salió de su propiedad y me miró. Ninguno de los dos dijimos una palabra. Pero yo sabía que mi suerte estaba echada.

Entonces seguí a mi amigo.

Corrimos como si fuera el Test de Cooper al cuadrado. Cruzamos 10 de Julio, avenida Matta y lentamente nos fuimos perdiendo hacia el sur. Luego bajamos en dirección al Parque O'Higgins. Ya no daba más. Supe que Chupete era más veloz que yo, y la verdad no tuve problema en dejarlo ganar. Mis piernas empezaron a temblar, la garganta se me puso ácida y vomité lo poco que había masticado esa mañana (una mísera manzana). En Lira lo vi perderse y me pareció que todo el mundo estaba loco. Pero a los pocos segundos Chupete volvió como si nada, y mientras se agachaba, preguntó:

—¿Dónde queda el bar de mi papá?

Lo miré y vi sus ojos rojos de ira. Quería respuestas. Sebastián Chupete Ortúzar tenía tanta rabia que no importaba lo que le dijera: nada lo iba a calmar.

—No sé —dije de rodillas en la vereda.

—Sí lo sabes, Gabriel. Ayer lo fuiste a ver. Y algo pasó, porque cuando llegó a la casa tomó todos esos regalos y los hizo añicos. Y luego le gritó a mi mamá tan fuerte como nunca lo había escuchado. Y ella... ella... —Chupete tragó saliva— y ella se quedó callada. Tenía miedo, Gabriel. Mucho miedo. ¿Te imaginas? ¿Mi mamá teniéndole miedo a mi papá?

—Sácame de acá —le dije.

—No hasta que me digas dónde va a tomar mi papá.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque anoche, después de su pelea y del portazo de mi mamá, mi papá me lo dijo. Me lo dijo mientras lloraba, mientras me pedía perdón porque, según él, era un cobarde. Un cobarde, mi papá, ¿puedes creerlo? Él, que apagó incendios por casi veinte años, que vio a algunos compañeros morir, que vio a la muerte cara a cara...

—Chupete, a veces hablas como si tu vida fuera un cuento raro...

Sonrió. Me dio la mano y me ayudó a ponerme de pie.

—Sin emoción no hay acción, socio.

—¿Y eso de dónde lo sacaste?

—Lo dijo un relator mexicano cuando Chupete hizo su gol número cien en tierras aztecas.

—México, querrás decir.

—La cuna de la civilización más poderosa de América, Gabriel.

Asentí. Volvía a tener al Chupete de siempre, sabiendo e insoportable, canchero y torpe a

la vez. ¿Y saben? Me sentí bien. Es bueno tener a alguien en quien uno confía a tu lado. Decidí entonces que no podía tener secretos con él, así que le dije:

—Dos cosas: sí, ayer vi a tu papá en un bar. Y dos, no sé cómo llegar. Pero si quieres lo buscamos. Lo hacemos si tú quieres, socio.

Me puso la mano en el hombro y levantó la ceja. Luego apuntó la vista hacia el poniente.

—No —respondió—. La verdad es que no quiero saber dónde mi papá se emborracha.

—¿Y qué quieres hacer?

—Muchas cosas, Gabriel.

—Ya sé, Chupete *chanta*. Lo que te pregunto es qué quieres hacer *ahora*.

—Lo que cualquier niño desde mi posición haría, tonto.

—¿Y eso sería...?

Giró y sonrió.

—¿Hace cuánto tiempo que no vas a Fantasilandia, Gabriel?

Capítulo 10

Los carros de la montaña rusa llegaron al punto más alto de los rieles y cayeron al vacío. Sus ocupantes se perdieron de vista; solo dejaron el recuerdo de sus gritos, las monedas que cayeron de los bolsillos y el cielo como telón de fondo.

Por supuesto que no pudimos entrar a Fantasilandia. Hubiese sido bonito haber encontrado un hoyo en las rejas, algún conocido a cargo de la entrada o a una mamá caritativa y con hartito tiempo libre que se hubiera *rajado* con las entradas. Pero ustedes saben tan bien como yo que esos milagros nunca pasan.

Al menos no en la vida real.

Pero la elipse del Parque O'Higgins tiene un pasto excelente. Es como si nuestro Parque Bustamante hubiera sido una cancha de Tercera División, y este, el Camp Nou. Con Chupete quedamos con la boca abierta apenas entramos. Meses, tal vez años desperdiciados en un pasto mal plantado, gastado por el paso del tiempo y por las mamás gordas que se sentaban a comer sus malditos picnics.

Divisamos a varios niños jugando tremendas pichangas. Otros hacían sus piruetas en *skate* y unos

pocos, suertudos ellos, se besaban con sus pololas. Preferimos no hacer nada de eso.

Miramos los carros de la montaña rusa, y al menos yo me pregunté si alguna vez podríamos pagarnos la entrada con nuestras miserables mesadas. Eso hasta que Chupete dijo:

—Sabes... no creo que pueda ser futbolista.

—Ya lo sabía —dije. Me miró. No hubo necesidad de explicarle el porqué.

—Tampoco quiero ser bombero. Según mi papá, son todos unos cobardes.

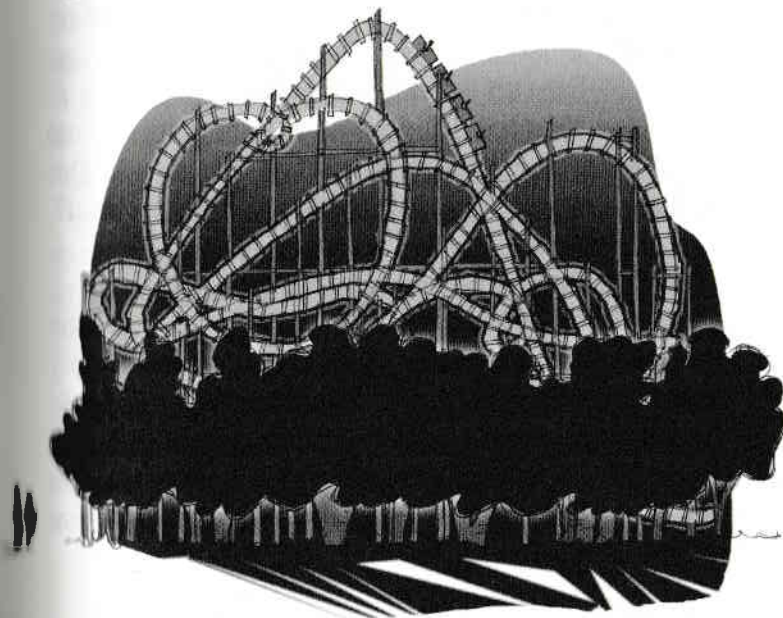
—Fuerte, viniendo de alguien como él.

—Sí, raro. Según él, todo tiempo pasado fue mejor.

—Qué nos queda a nosotros.

—Poco.

Volvimos a estar en silencio. Me acosté de papaldas e imaginé estar en medio de la Parada Mi-



litar de septiembre, con miles de aviones en el cielo. Me prometí que antes de morir iría a uno de esos actos. Mi papá nunca nos llevó, a él no le gustan mucho los militares.

—Me voy mañana a Pueblo Seco —dije.

—¿Mañana?

—Decidí irme antes.

—¿Por?

—Cosas de uno —expliqué, creyendo que eso sería suficiente. Pero me equivocaba. Era el día de las confesiones, y si Chupete ya había empezado, yo no podía...

—Oye, no te hagas —me dijo serio y expectante.

—*Okey, okey*. Me voy porque no soporto seguir viendo a mi hermano con la Dominga. ¿Contento?

—El único contento es Pablo. Mira qué bombón se está comiendo.

Le mandé un derechazo directo al hombro, pero solo le saqué una sonrisa.

—Eres un tarado —afirmé.

—Ya, perdona, pero no es para tanto. ¿O me vas a decir que alguna vez creíste que tú y la Dominga... o sea... ¿qué quieres que te diga, Gabriel?

—Nada.

—Bueno. Entonces nada.

Los carros de la montaña rusa se asomaron otra vez en el horizonte. Ojalá pudiera tomar uno y viajar lejos de aquí, pensé. Tenía hambre y sed. Me paré, palpé mis bolsillos: ninguna mísera moneda. Observé a Chupete de espalda en el pasto, mirando la inmensidad del cielo, relajado, con el tiempo a su

favor. Qué onda las vacaciones, demasiado tiempo libre termina por molerte la cabeza.

—Pablo duerme en la misma pieza con la Dominga.

—¿Y qué esperabas? ¿Que se mandaran caritas vía celular? ¡Es la Dominga, Gabriel! O sea, yo me casaría con ella.

—¿Tú?

Me reí. Chupete me miró con un gesto serio y lentamente se puso de pie. Acercó su fea cara a la mía y me habló golpeado. Sentí su aliento a leche de chocolate. Casi vomito.

—Sí, yo. ¿Algún problema? —preguntó.

—Ehhh.

—¿Eh, qué, Gabriel?

—Nada.

—¿Tienes algo que decir al respecto?

¿Que si tenía algo que decir? Sí, un par de cosas. ¡Yo la vi primero! Y por un tiempo, solo fuimos nosotros. Todos ustedes llegaron después, Chupete, tú y mi hermano. Y déjenme decirles que no fueron invitados a la fiesta. O en otras palabras, se colaron. Así que, sí: no podías soñar con la Dominga. Y yo sí.

Pensé eso y muchas cosas más. Pero no me atreví a decir una sola. De mi boca salió un leve sonido que de inmediato me dio vergüenza ajena.

—Nada. Olvídate.

Me di vuelta y enfilé hacia la casa. Por un momento, deseé hacerlo solo, pero Chupete tenía otra idea. A los tres segundos se puso a mi lado, no sin antes darme una amistosa cachetada en la nuca. Señales cariñosas de los amigos, ustedes entienden.

Subimos por avenida Matta mirando las tiendas. A cuatro cuadras del recorrido nos detuvimos en una de artículos de circo: narices de plástico, pelotas de malabarismo, pequeñas bicicletas para hacer trucos. No sé por qué me acordé del Chuña. Tal vez porque él odiaba a los payasos, igual que yo. Cada vez que a alguno del gremio se le ocurría actuar en el parque, él los echaba con tremendos gritos. Raro. Al menos yo sabía a qué se debía mi fobia: aquel fatídico día en que mi papá me obligó a salir a la pista en el circo de Pichidanguí. Un payaso vestido con el uniforme de Estados Unidos hizo una serie de malabarismos que terminaron con mis pantalones en el suelo y mis calzoncillos a la vista de los cien asistentes del lugar.

Tenía ocho años. Suficiente para traumatizarme.

En cambio el Chuña... No tenía cómo saberlo. Miré al lado y vi que Chupete tenía la boca abierta. Tuve ganas de cerrarle la mandíbula de un golpe, pero seguramente él me golpearía de vuelta y la verdad es que ya había recibido demasiados «cariños» ese día.

—¿Sabes? Tu papá sí conocía al Chuña —le informé.

Giró, me miró seriamente y cerró la boca. Luego dijo:

—Ya lo sé.

—¿Lo sabes? ¿Cómo?

—Porque ayer me dijo que no lo buscara.

—¿Qué?

—En la noche, tras la pelea con mi mamá, mi ataque de llanto por perder el único Play 3 que he tenido en mi vida y su encierro en el escritorio,

fue a mi pieza. Yo no le quise abrir, así que solo sustruó a través de la puerta.

—¿Y qué dijo?

—Fue raro. Me preguntó por qué lo estabas buscando. Yo le hablé de tu hermano, que era su amigo y esas cosas... pero al final de la conversación me dijo algo todavía más extraño.

—¿Algo como...?

—Primero dijo su nombre: Jaime Pérez.

—Ya, ¿y después?

—Me hizo jurar que me olvidaría de él. Que borraría ese nombre de mi cabeza.

Una nube se posó en el cielo. Ya serían las dos de la tarde. Había perdido la llamada de hora de almuerzo de mi madre. Poco me importaba.

—¿Por qué me habrá dicho eso? —preguntó Chupete.

No tuve respuesta. Entonces pensé: si voy a huir de Santiago porque mi hermano mayor me ha humillado en frente de mi mejor amigo y la mujer que —se suponía— iba a ser mi compañera de por vida, pues abandonaré la cancha con la frente en alto.

A paso seguro, me encaminé hacia mi casa. Y Chupete me siguió.

En menos de veinticinco minutos llegué a la puerta de mi domicilio. Como lo esperaba, sentí la música desde la pieza de mi hermano. No me importaba demasiado lo que ocurría ahí dentro, así que le di una patada a la puerta y esta se abrió. Tirado en la cama, Pablo fumaba un cigarrillo. Levantó su cabeza y me apuntó con la mano. No le di tiempo para sus amenazas. Casi le ordené:

—Tenemos que ir a la morgue a buscar al Chuña.

—Muy tarde, *péndex*, ya fui.

La verdad, yo me quedé como estatua. Todo el ímpetu que traía conmigo se esfumó. ¿Qué se supone que era eso? Ahora mi hermano era pitoniso. No supe qué decir. Solo una pregunta vaga y estúpida.

—¿Qué?

—Fuimos ayer. Dimos su nombre, pero me juraron que no existía.

—Bueno, eso es porque el Chuña no tenía carnet ni nada.

—Lo mismo les dije yo.

—¿Y?

—Volvimos a la casa okupa. Hay un cabro que es abogado. Él nos ayudó.

—¿Ayudarte a qué? —preguntó Chupete con voz asustada.

—A pedir una orden y revisar todos los cuerpos del lugar.

—¿Me estás diciendo que viste unos cadáveres... sin avisarle a la mamá?

—Cinco, para ser más precisos. Vi a cinco personas muertas, Gabriel. Y créeme: ninguno era el Chuña.

Capítulo 11

Querida Dominga:

Si lees esta carta, entonces quiere decir que pasaste la noche en tu departamento. Y eso me pone contento. El otro día no tuvimos tiempo de hablar, pero quiero decirte altiro que cuando vi que tenías una pieza en un lugar tan raro como esa casa okupa, me dio susto. Y pena. Ahora me da vergüenza decirte que me dio susto porque vas a creer que soy miedoso. Pues bien, a pesar de lo que dice mi hermano, eso es mentira.

Tú me conoces. O al menos eso creo. Porque yo sí te conozco. Tu plato favorito es la escalopa, por ejemplo. Le dices «milanesa». Te gusta comerla con papas fritas, y a diferencia de casi todo el mundo, le echas pebre a las papas fritas, y para colmo, le dices «chimichurri». A mí me gustan esos detalles tuyos. Encuentras que Messi no le llega ni a los talones a Maradona. Cuando me lo contaste, yo te hablé pes-tes de ese tal Maradona, porque entre otras cosas, mi papá lo encontraba un quebrado. Y entonces tú me diste una trompada. ¿Sabes? Nunca me había pegado una mujer. Y esa tarde en la que me diste ese cachuchazo en la cabeza, casi me da un infarto.

En fin. Creo que esta carta está quedando muy de cabro chico... lo que me lleva a la siguiente reflexión: ¿todavía crees que soy un niño?

Si tu respuesta es sí, entonces sigue leyendo esto.

A veces siento que estoy viviendo en el cuerpo de otro. Es decir, me gustaba jugar fútbol, odiaba oír a mis papás discutir y, por sobre todo, odiaba a mi hermano Pablo. Pero todo eso cambió cuando te conocí. Pasaron los días, luego las semanas, y la verdad es que cada mañana no pensaba en cuántos goles iba a meter o qué jugada podía sacar en la cancha. Pensaba en verte a ti. Pensaba en tu cara, en esas idas al Pollo Gaucho, en tus conversaciones sobre el mate y, sobre todo, en tu risa. Me gusta mucho cómo te ríes, Dominga. Lo haces fuerte y claro, como en las películas.

Durante ese tiempo, mi niñez quedó atrás. Me hice grande. Ahora el fútbol no es lo único que me interesa y ya no me importan las discusiones de mis papás que, a propósito, ya no existen porque mi papá está en algún lugar de La Serena y no da señales de vida.

Entonces tú te enamoraste de Pablo y él de ti.

Lo que me lleva a la siguiente pregunta: ¿puedo odiar a alguien que tú amas?

Respuesta definitiva: no lo sé.

Él siempre ha sido más callado que yo. Según mi mamá, nunca lloró de guagua. ¿Puedes creerlo? Una guagua que no llora. Es como de cómic de superhéroe. Pero así es Pablo. Aprendió a vivir entre los duros sin dejarse avasallar. (A pro-

pablo; me encanta esa palabra, «avasallar». La vi en una película donde actuaba una actriz que se llama Julia Roberts. A mi mamá le encanta. Y a mí me gusta ver películas con mi mamá).

Pucha, ¿ves? Se me va la onda... Ah, cómo explicártelo: Pablo jamás vería una película con mi mamá. Prefiere un ataque de apendicitis. No es un tipo para mantener encerrado; prefiere estar callado en el parque, sin apuros, sabiendo que todos lo miran, con su tabla en la mano, pensando en su próximo truco. Tiene el pelo asqueroso, pero sus amigos dicen que es cool. No se lava los dientes y milagrosamente no tiene aliento a caca. Nunca ha jugado fútbol, y sin embargo, tú tienes tema de conversación con él. Raro. Al menos a mí, eso me parece raro.

Supongo que esto es dejar de ser un niño. Cuando captas que no todo tiene explicación lógica. Créeme, después de eso te das cuenta de que hay un precipicio en lo que resta de tu vida, y que tarde o temprano, tienes que atreverte a saltarlo.

Yo prefiero no caerme en ese hoyo negro cuya profundidad no tengo clara. Al menos no todavía. Si hacerse grande significa ver cómo mi hermano se escapa en las noches para encontrarse contigo, la verdad es que me inclino por huir. Virarse, como dice Pablo. Seguramente él se iría a Los Ángeles o a Barcelona, donde están los que saben de skate. A mí solo me queda Pueblo Seco, que es donde viven mis abuelos. Advertencia: no lo busques en el mapa. Te vas a llevar una decepción.

Viajo, pero ten por seguro que voy a volver. No iré al liceo del pueblo porque, entre muchas

otras cosas, no hay. Solo voy a tomarme un respiro. Un break. Me voy a distanciar de los llamados de mi mamá a la hora de almuerzo, de la mala cara de Pablo cuando llega en la noche, de lo repetitivos que se han vuelto los partidos de fútbol en el parque y del calor que me hace despertar apenas sale el sol. Me gustaría decirte que voy a descansar de ti, pero te mentiría. Eso nunca me cansa.

Te escribo esto porque no soy bueno para las despedidas. Y porque no me gustaría que creyeras que desaparecí sin avisarte.

Cuídate. Me he llegado a dar cuenta de que, entre todos los que me rodean, tú eres lo más importante.

Gabriel.

Capítulo 12

Volví a mi casa a eso de las 11 de la noche, luego de dejar la carta por debajo de la puerta del departamento de la Dominga. Mi mamá veía tele en su pieza. No quise molestarla. En la mesa de la cocina vi el boleto de bus que al otro día me llevaría a un terminal cercano a Pueblo Seco, donde mis abuelos me esperarían. Era la primera vez que saldría fuera de Santiago solo. Trece años, pensé. La edad en donde pasan cosas.

Pablo estaba en su pieza escuchando música. Acaricié la madera de su puerta, pero no quise tocar. ¿Me diría si iba a ver a la Dominga esa noche? No. Desde que descubrí que ella tenía una pieza en la casa okupa, comencé a atar cabos sueltos. Estaba claro que no era el único que se sentía incómodo en su propio hogar.

Esa noche no pude dormir. Nervioso, me saqué los algodones de los oídos, esperando escuchar a Pablo huir. En vez de eso, las sirenas volvieron a inundar el ambiente del barrio. Otra vez soñé con el Chuña. Lo veía en medio de una pila de gente muerta en una sala de refrigeración gigante, y mi hermano no era capaz de reconocerlo entre tanto muerto.

Me desperté sudado. Faltaba poco para las 8. Abrí la ventana y escuché a miles de grillos y pájaros decir que Santiago apestaba a quemado. Me puse una polera y salí a la calle. Miré al cielo y vi una densa masa de humo sobre el barrio. Agudicé mi oído, pero no escuché ninguna sirena. Maldito esmog, pensé. Pero luego me acordé de que era verano. Tuve ganas de ir a ver a Chupete y al tío Rodolfo. ¿Dónde estaban los bomberos?

—¿Se puede saber desde cuándo sales a la calle en pelota? —preguntó mi mamá.

Casi me da un infarto. Giré y la vi con el pelo desordenado, su bata azul más vieja que la malidad, y el primero de sus tres cafés que consumía todas las mañanas. A este paso voy a quedar huérfano antes de ser mayor de edad, pensé.

—Te hice una pregunta —dijo mi mamá.

—Nada, es que encontré que había olor a quemado. Eso es todo.

—Métete a la casa, Gabriel.

—Ya, pero no te enojas.

—Mira, me pedí la mañana libre, pero como son en este gobierno me dijeron que voy a tener que «cumplirla» este sábado, así que no me vengas con tu «mami, no te enojas». Quiero que hoy te duches, te laves el pelo y te cortes esas uñas asquerosas que tienes de tanto jugar a la pelota.

—Fútbol, mamá.

—Lo que sea. Parecen tontos detrás de la pelotita.

Se dio vuelta y se fue a preparar el desayuno. Mientras tomaba mi leche de chocolate y

las tostadas con mantequilla, ella prendió una pequeña televisión que tenemos en la cocina y se puso a ver los artistas invitados al Festival de Viña del Mar. La oí balbucear algunos garabatos en voz baja. Pobre mami. Vino al mundo a sufrir, concluí.

Cuando terminé, me encaminé al baño para cumplir con la ordenanza de aseo y ornato de mi cuerpo, pero entonces algo extraño ocurrió: mi mamá quiso que Pablo se levantara. A gritos, por supuesto. Primero lo llamó, pero al ver su fracaso, las emprendió contra la puerta. Yo ocupé una ubicación de lujo para presenciar el espectáculo en primera fila, imaginando la cara de mi mamá cuando sacara el manojo de llaves de su velador y lograra abrir la puerta de mi hermano. Ahí, frente a sus ojos, se daría cuenta de la verdad: Pablo le mentía. No pasaba las noches en su pieza y quizás qué cosa hacía fuera de la frontera familiar. Tal vez, pensé, no es tan malo ser el niño bueno de la familia; al menos no tengo que ver a este monstruo llamado mamá azotando mi puerta cada vez que le da por verme la cara.

Entonces sucedió un milagro. Pablo abrió su puerta. Solo ocupaba calzoncillos y pude apreciar los diversos moretones de su cuerpo producto de las piruetas de *skate*. Tenía el pelo desordenado y los ojos semiabiertos. Lo primero que pensé: pasó la noche acá. Se había salvado. Por ahora.

—¿Qué onda, mamá? —preguntó de manera inocente.

—Tu hermano se va a donde tus abuelos. Quiero que nos acompañes al terminal.

Pablo me miró. Se mantuvo unos diez segundos sin decir una sola palabra, y finalmente cerró la puerta y volvió a su pieza. Mi mamá me miró y ordenó:

—Anda a ducharte.

—Pero...

—No más peros, Gabriel. Y menos tan temprano. Anda a ducharte y después haces tu mochila, mira que ya es tarde.

Entré al baño esperando oír gritos. Pero mientras caía el agua en mi cabeza y el champú inundaba mis oídos, no pasó nada. Luego me corté las uñas y me lavé los dientes. Guardé el cepillo junto a cuatro calzoncillos, cinco poleras, dos pantalones y diez pares de calcetines.

A las 9 en punto salí de mi pieza. Mi mamá estaba vestida y tomaba su segunda taza de café matutino. No se había duchado, cosa que, he descubierto, las mujeres hacen bien seguido, en especial cuando ya son mayores. Tienen una onda con el pelo mojado que les hace la vida más difícil. Inmediatamente miré hacia la habitación de Pablo. Su puerta estaba cerrada. Mi mamá se dio cuenta y dijo:

—Lo vinieron a buscar temprano.

—¿Quién?

—Qué se yo. Esa manga de delincuentes con los que se junta.

—¿La Dominga?

—No —dijo tajantemente. Le creí de inmediato y me alegré. Fue estúpido, pero me alegré.

—¿Y qué querían?

—¿Qué sé yo, Gabriel? En todo caso, tu hermano dijo que te portaras bien.

—No mientas, mamá.

Sonó el celular y ella sonrió. A veces lo hace cuando la descubro en una de sus mentiras. A los tres segundos cortó y anunció que el taxi había llegado. Antes de salir de la casa, me hizo cariño en el pelo. ¿Estaría triste o contenta? Difícil saberlo; con mi mamá hacía tiempo que nada era claro, ni siquiera sus sentimientos hacia mí. Yo creí que con mi decisión de irme a Pueblo Seco tal vez le aligeraba la vida, se la haría un poco más fácil.

Cerró la puerta con llave y nos subimos al radio-taxi. Ella le indicó nuestro destino al chofer: el Terminal de Buses Sur. Hacía un lindo día para huir. Miré al cielo a través de la ventana. La nube de humo había desaparecido. Quizás fue mi imaginación, pensé, tal vez todo es parte de esta cabeza que no deja de inventarse tonteras.

El chofer le consultó a mi madre si prefería avenida Matta o la Alameda. Ella preguntó cuál dirección sería más rápida. Mi corazón comenzó a bombear con mayor velocidad: mi mamá quería deshacerse de mí, no había duda. La miré a la cara mientras conversaba con el chofer y no la reconocí. Tal vez es un monstruo y me van a mandar a un centro de investigación extraterrestre que disecciona humanos (niños en este caso), seres pequeños con un cerebro hiperdesarrollado, con demasiado tiempo libre, tipos raros que se levantan al alba los días de vacaciones, cabros chicos que se enamoran de las niñas incorrectas, verdaderos vagos que recorren las calles con una pelota bajo el brazo... tal vez...

En ese momento, creí oír que alguien me llamaba por mi nombre, pero no fui capaz de reaccionar, solo veía a mi mamá mover los labios, sin lograr entender ninguna de sus palabras. Detenidos en la esquina de Seminario, discutía sobre la ruta más expedita para mi eliminación.

Y entonces...

—¡Gabriel!

Esta vez sí lo oí claro. Es más, reconocí la voz. Era la de Sebastián Chupete Ortúzar, goleador insigne del Parque Bustamante. Me imaginé que comandaba un grupo de rebeldes que venía a mi rescate. Giré la cabeza y miré hacia atrás, pero no vi nada. Solo una calle que se extendía a mi espalda y que se despedía de mí para... ¿siempre? Maldición, ¿Es que mi voz interior ahora se escucha en el exterior? Pensé que tal vez mi cerebro sería exhibido en el Museo Extraterrestre de Niños Raros. Ya podía visualizar los tours de los colegios de marcianos observando mi cabeza jibarizada, cuando tocaron el vidrio del taxi.

Los tres ocupantes del taxi saltamos del susto. En especial mi mamá, que soltó una conjunción de garabatos dignos de barra de fútbol.

Era la Dominga. Y sí, me llamaba *a mí*.

—Gabriel, por favor no te vayas.

De inmediato mi mamá agarró mi brazo con fuerza, como si la Dominga quisiera raptarme o algo parecido. Yo bajé el vidrio, pero mi mamá me advirtió que no me moviera. Tomó la iniciativa y le preguntó a la Dominga con tono de monstruo en celos:

—¿Se puede saber qué haces acá, niñita?

—Hola, tía... cómo está.

—¿Que cómo estoy? Estoy mal, fíjate. Tengo que dejar a Gabriel en media hora en el terminal y después correr a la oficina donde me mato trabajando para que al final del día los amigos de mis hijos vengan a comerse toda la comida de mi refrigerador.

—Mamá...

—Tú cállate —me ordenó el monstruo.

Miré a la Dominga. Estaba cansada y asustada, pero logró sonreír. Me fijé en su mano. Sostenía la carta. Qué vergüenza, pensé. Luego pasó algo aún más raro: corriendo y casi sin habla, se puso al lado de la Dominga nada menos que Chupete. No estaba tan equivocado. A veces, todo lo que se necesita es un amigo.

—Chupete, ¿qué haces acá? —pregunté.

—Bájate —ordenó.

—¿Pero se puede saber qué te has creído, Sebastián? —preguntó mi madre—. Ándate inmediatamente a tu casa, si no quieres que llame a tu mamá.

—Pero tía...

—Tía nada...

El taxista se dio vuelta y preguntó:

—Oiga, señora, ¿me puede explicar qué pasa acá?

—¡No pasa nada! —gritó mi mamá.

—Pero...

—¡Córtenla con los peros!

Todos nos quedamos callados. Una gota de sudor bajó desde la sien de mi mamá. Con la respi-



ración agitada, cerró los ojos, puso una mano sobre su frente y —creo— pensó. Pensó en algo así como: ¿qué hago acá con este grupo de cabrones de miéchica? ¿Por qué no me dediqué a ser azafata? ¿Por qué

me enamoré de ese mecánico hediondo? ¿Qué pasa si uno pide asilo en Miami?

Me dio un poco de pena mi mamá, pero al ver a la Dominga entendí que la vida era más entretenida en Santiago que en Pueblo Seco, y si ella con Chupete habían corrido cuadras tras un radio-taxi, tenían que tener una razón de peso.

Entonces, sin avisarle a mi mamá, abandoné el vehículo y caminé hacia mis amigos. La Dominga seguía sonriendo, mientras Chupete me abrazó. Fue un acto muy incómodo y medio mamón, más con la Dominga frente a nosotros, así que me lo saqué de encima rápidamente.

—¿Qué pasa? —le pregunté a la Dominga

—No vas a creer lo que averiguó la Dominga —dijo Chupete.

—Bueno, en realidad no lo averigüé yo.

—Da lo mismo. Espérate a escuchar esto. Díselo, Dominga.

—Bueno, lo que pasa es que anoche...

—¡Gabriel, métete al auto!

Todos nos dimos vuelta. Mi mamá esperaba con la puerta abierta del taxi. No se iba a dar por vencida tan fácilmente. No supe qué hacer; simplemente me paralicé.

—¡Te dije que entraras al auto, Gabriel!

Miré a mis amigos buscando una respuesta. Ninguno dijo nada. Mi mamá comenzó a avanzar en cámara lenta hacia mí. Desde su boca salía un humo parecido al de los toros en los rodeos gringos. ¿Podía una madre comerse a su hijo una vez nacido? Tal vez voy a volver a su guata, pensé.

La Dominga se me acercó y dijo:

—Anoche vieron al Chuña en el parque.

—¿Qué? —pregunté.

—Así como lo escuchas —dijo Chupete—, el Chuña está vivo.

Fue en ese momento en que la uña del dedo del medio de mi madre rozó mi mejilla. Giré y la vi acercarse a mí como los jugadores de rugby. Quería aparrarme a como diera lugar. Era cosa de vida y muerte, y después de tantos pensamientos raros que tuve esa mañana, decidí seguir viviendo.

Entonces corrí. Y la Dominga y Chupete me siguieron. Y esa corrida no solo implicaba la huida de mi mamá, sino una suerte de revancha de nuestras vidas, una segunda oportunidad en este extraño verano en donde, de alguna forma, nos habíamos hecho grandes. Escapamos, dejamos la suela de nuestras zapatillas marcadas en el barrio de avenida Italia, donde muchos creen que lo único que hay son tiendas *cool* y anticuarios y no se dan cuenta de que hay muchos niños como nosotros que tenemos un objetivo claro: ser mejores. Tal cual; ser



mejores y más valientes a la hora de decirle a una niña que te gusta o simplemente hacer los esfuerzos necesarios para que el vago del barrio tuviera una sepultura como correspondía.

Corrimos tanto que no recuerdo dónde ni cuándo nos detuvimos. Solo sé que los tres estábamos agotados, pero felices. Nos reímos un buen rato, solos, una banda de niños raros en medio de una ciudad todavía más rara.

Yo seguía en Santiago.

El Chuña estaba vivo.

La Dominga se preocupaba por mí.

Chupete era un fiel amigo.

¿Qué podía salir mal?, se preguntarán ustedes.

Respuesta definitiva: todo estaba recién comenzando.

Capítulo 13

—¿Ven el último piso? Arriba hay una azotea. Se puede subir sin problemas. Vamos, síganme.

La Dominga puso su pie izquierdo en el medidor de agua y saltó sin problemas una reja de dos metros que terminaba en unos fierros pinchudos, listos para atravesarte cierta parte en caso de resbalar. Con Chupete nos miramos. La pregunta, a pesar de que ninguno de los dos la expresó, fue clara: ¿seremos tan penosos como imaginamos si no logramos saltar esta verdadera Muralla China nada menos que frente a la Dominga? Chupete levantó los hombros. Vaga respuesta, querido amigo, pensé. Luego me acordé de que hacía pocos minutos Chupete había sido parte del rescate más emocionante del que nuestro barrio tuviera memoria en los últimos... días. En otras palabras, le debía una. Así que uní mis manos y le ofrecí una «sillita» para que apoyara su asquerosa suela y saltara sin problemas.

—¿Y tú?

—Hazlo —ordené.

Tampoco digamos que se hizo de rogar. Puso su pie derecho e inmediatamente sentí su peso.

Qué onda con la nutrición infantil en este país, pensé. Así como vamos...

—¡Empújame, Gabriel!

Lo hice. Saltó por los aires y llegó ileso al otro lado. Estamos en empate, socio. Tú me salvaste la vida y ahora yo te devuelvo el favor.

Luego me percaté de que venía lo más difícil. La Dominga también se dio cuenta y ordenó:

—Apóyate en el medidor.

Era una posibilidad, por cierto, pero mis piernas no eran tan largas ni tan elásticas como las de ella. Soy un niño después de todo, maldición.

Tal vez este es el final, pensé. Pueden seguir sin mí. Yo me ocuparé de enfrentar a los enemigos mientras ustedes suben a la torre de cristal y liberan a nuestro pueblo. Adiós, princesa. Hasta otra vida, fiel escudero. Fue bueno mientras duró.

—¡Gabriel, carajo... despierta!

Abrí los ojos. Frente a mí, la Dominga había perdido la calma.

—¿Por qué volviste a la calle?

—Por vos, gil... ¿Por qué más?

Me ofreció sus manos de «sillita». Me di cuenta de que si aceptaba sería un patético imberbe que necesitaba ser ayudado por la niña que le gustaba. Pero, estimados, seamos razonables: habíamos avanzado mucho como para ahogarnos en la orilla.

Y así, ayudado por una argentina con doble vida, me elevé como un goleador que salta a dar el último cabezazo en busca del triunfo. Cinco segundos después, ya estaba al otro lado.

—Vamos —ordenó la Dominga, que a los pocos segundos llegó a nuestro lado. La vimos entrar a la construcción de diez pisos, frente a la cual había pasado años de mi vida sin nunca preguntarme qué diablos era. Solo les diré esto: está frente al parque donde juego fútbol, a pasos de la estación del metro Irarrázaval. Su frontis se asemeja al de una fábrica abandonada y es, por lejos, la construcción más fea y vieja del lugar.

Mientras la Dominga se perdía dentro del edificio, para variar nos miramos con Chupete. Esta vez no usamos nuestros poderes mentales.

—¿Qué estamos haciendo?

—No sé —respondí.

—Se supone que tienes que darme tranquilidad.

—¿Tranquilidad? Borra esa palabra de tu cabeza pelada, Chupete.

Acto seguido, ingresé al establecimiento. A los pocos segundos, Chupete estaba a mi lado.

Cientos de cajas apiladas eran lo más rescatable de una decoración robada de la Mansión Sinistra. No había luz por ningún lado y las ventanas estaban tan asquerosas, que el sol había dado la orden a sus rayos de no perder el tiempo y olvidarse del lugar. La Dominga subió por las escaleras, y entretanto yo me preguntaba cuánto tiempo pasaría hasta encontrarnos con el país que los guarenes habían organizado en ese lugar. «Eh, un momento, niños, primero tienen que visitar al presidente de Ratonilandia y a su ministro del Interior, el Cuye Sureño. Luego tienen que pedirle permiso al alcal-

de Cola Larga para terminar con la acreditación Pro-Anta». *Ratatouille* sería nada comparado con la cantidad de roedores del lugar.

Decidí apurar el paso y alcancé la escalera. Me puse al lado de la Dominga y le dije:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Tú sabes...

—Todo tranquilo —dijo ella y luego sonrió. Yo me tranquilicé. Podía caerse el mundo, pero si la Dominga me decía que todo estaba *okey*, bueno, yo le creía.

En menos de un minuto llegamos al último piso. Frente a mis ojos, una bodega gigante. No había mesas ni sillas, solo cajas y más cajas. A Chupete le faltaba el aliento. Preguntó si podía tomar agua y yo lo miré con cara de «¿estás loco o realmente quieres morir vestido así?». La Dominga ni siquiera le contestó.

—¿Me puedes decir dónde estamos, Dominga? —pregunté.

—¿No te has dado cuenta?

—No.

—En mi escuela.

—¿Qué?

—Es la parte de atrás del República Argentina.

Miró hacia el techo, como buscando algún signo extraño o una llamada de Dios. Sí, claro, como si Dios se fuera a preocupar de nosotros en ese momento.

—¡Ahí está! —dijo tras unos segundos. Luego nos ordenó apilar cajas. Pusimos tres, una sobre otra, y la Dominga se subió. Entonces golpeó

con fuerza el techo y una compuerta se abrió sobre nuestras cabezas. El sol nos cegó. Ella se perdió y nosotros, para variar, quedamos solos.

Miré a Chupete y le di a entender que esta vez no sería el último. Subí por las cajas y me apoyé con las manos en la azotea para darme impulso. Mi plan resultó de mil maravillas: estaba en el techo del mundo, solo con la Dominga. Íbamos a ser unos dioses y gobernaríamos la ciudad con nuestros poderes mágicos. Ya sonreía, pero como todo en esta historia, el destino me tenía preparada una nueva sorpresa.

En el techo nos esperaba Pablo. Me quedé con la boca abierta al verlo. A él le pasó lo mismo. Solo atinamos a decir al mismo tiempo:

—Y tú, ¿qué haces acá?

—¿No se suponía que te ibas? —preguntó.

—Tú lo dijiste. Se suponía.

—¿Y qué haces acá?

—No es tu asunto.

—¿No es mi asunto? Mira, *péndex*, agradece que no te mando *pa* abajo de una sola *patá*.

—Atrévete.

—¿*Tai* chorito?

—Ya te dije, no te tengo miedo.

—¿Ah, no?

—No...

Pero temblaba. Cuando vi a Pablo acercarse hacia mí, el frío recorrió mi cuerpo.

—¡Pará, Pablo, pará!

La Dominga se interpuso entre nosotros. Luego empujó a mi hermano a un lado y lo encaró con esa fuerza que solo ella podía sacar.

—¿Se puede saber por qué sos tan loco? Es tu hermano, y si no fuera por él, no estaríamos en esto.

—¡Pero si él no hizo nada! —gritó Pablo.

—Vos sabés que sí. Sin Gabriel, no sabríamos nada del Chuña... ¿o acaso no te acordás quién lo encontró muerto?

—El Chuña no está muerto —dijo Pablo.

Y me acordé de la verdadera razón de toda esa locura: el Chuña. Sin él, estaría camino a un pueblo que ni siquiera estaba en el mapa. Miré a los presentes y pregunté.

—¿Alguien me puede explicar qué está pasando?

Pablo levantó los hombros. Luego miró a la Dominga, quien asintió.

—Anoche lo vieron en un auto —dijo.

—¿Quiénes?

—El Leo, Ramón y Old School.

—¿Los amigos *skaters* de Pablo? En buena onda, Dominga, pero esos tres no son de confiar.

—¡Entonces toma tus cosas y andate al campo! —gritó Pablo, tratando de agarrarme de la polera.

—¡Pará, pará! —La Dominga lo detuvo una vez más. Me miró y añadió—: Mirá, yo sí confío en ellos. Estaban segurísimos, lo vieron en una camioneta negra, regrande. Me lo juraron.

—Ya... —dije descreído.

—¿Y vos? ¿Confiás en mí?

La miré. Claro que confiaba en ella. Es más, aunque todo eso fuera mentira, el solo hecho de ir

esa mañana a rescatarme había sido... había sido algo único en mi vida.

—Sí —respondí.

—¡Yo también! —dijo Chupete. Todos lo miramos. Se nos había olvidado su presencia. Pablo lanzó un suspiro de agobio y puso los ojos en blanco, como diciendo «con qué manga de perdedores me estoy juntando».

—Muy bien. Entonces vamos a ir a buscarlo —ordenó la Dominga.

—¡Sí! —exclamó Chupete. Luego estiró su brazo y puso la palma de su mano mirando hacia el suelo, esperando que nos uniéramos y lanzáramos nuestro grito de guerra a los cuatro vientos.

—Qué gordo más patético —dijo Pablo.

Chupete guardó su mano en el pantalón. La Dominga le cerró el ojo en señal de «todo está *cool*, Chupetín», y él sonrió. Qué gordo más patético, pensé yo.

Los cuatro tipos más raros del universo, finalmente nos sentamos en la azotea. Trajimos unas cajas que ocupamos de sillas, y la Dominga explicó la situación.

—Vamos viendo. Anoche vieron al Chuña, un hombre al que todos quisimos y que se suponía estaba muerto.

—¿Pudieron hablar con él? —dije.

—No —respondió ella—. Pero según Old School, estaba como drogado.

—Yo creía que le hacía al copete no más —dijo Chupete.

—Qué tarado —exclamó Pablo, a punto de perder la calma (eso en caso de si alguna vez la tu-

vo). La Dominga le puso la mano en su brazo para tranquilizarlo y le explicó a Chupete como si este tuviera cuatro años

—Creemos que al Chuña lo drogaron, ¿me entendés?

Chupete asintió, pero me di cuenta de que no entendía nada. Entonces decidí hacerme el *cool* y avanzar un par de lugares en el *¿Quién quiere ser millonario?* (y quedarme con la más linda).

—La pregunta sería... ¿por qué alguien que-rría drogar a un tipo que aparentemente no le hace mal a nadie?

—Exacto —dijo la Dominga.

¡Sí! Gabriel 1, el resto 0. Se produjo un silencio tan absoluto que me sentí como esos niños que se sientan en primera fila y responden tooodas las preguntas de los profesores. Es verdad que uno odia a ese tipo de niños, pero al menos en ese momento estuve contento de ser el mateo del curso. Decidí continuar con mi súper desempeño, y entonces miré a mi hermano.

—Vamos viendo. Tú, Pablo, ¿alguna vez el Chuña te contó si tenía algún enemigo?

—¿Por qué tengo que responderte a ti?

—Vamos, Pablo. Esto es por el bien del Chuña —lo regañó Dominga.

—Mmm, no —dijo Pablo tras unos segundos de recuerdos—. Nunca me dijo nada de eso.

—¿Y familia? ¿Tenía?

—No... Claro que una vez me dijo algo raro.

—¿Algo como qué? —preguntó Chupete, mitad interesado y mitad asustado por la respuesta.

—Algo como que nunca confiara en un niño pelado y gordo que se viste como tú —respondió Pablo. Luego sonrió, pero lo hizo solo. La Dominga se puso seria y él entendió la señal.

—¿Podés hablar en serio, Pablo?

—*Okey, okey*. Fue en la Navidad. Yo me había agarrado con mi mamá y decidí ir a verlo, pasar la noche con él. Por supuesto, estaba borracho. Algunas familias le habían dado vino y harta comida. Se podría decir que también había tenido su cena navideña. Esa noche hablamos de muchas cosas. El Chuña estaba... como lo digo... en onda melancólica, ¿me siguen? Yo había peleado por algún permiso, ya ni me acuerdo, y le dije que ya no aguantaba a mi familia. Entonces él me miró y dijo: «Algunas veces, es mejor huir de los tuyos, Pablo». Y eso me quedó grabado.

—Qué raro —dijo la Dominga.

Otra vez nos quedamos callados. Retrocedí a aquella Navidad, y era cierto, en la cena no estuvo Pablo. Habían llegado algunas tías, mis tres primos que viven en San Miguel y —creo— unas amigas del trabajo de mi mamá. Pero yo no pregunté por mi hermano. Sabía que se había peleado con mi madre y no tenía la intención de averiguar el porqué. Esa tarde, cuando empezaron los gritos, yo había salido a jugar fútbol. En el parque no había niños, pero no me importó. Solo quería huir. Y luego, durante la cena, actué como si todo fuera normal.

Me sentí un cobarde. Miré a mi hermano y él me miró de vuelta.

—¿Qué te pasa? —preguntó de manera prepotente.

—Nada —respondí

—¿Cómo que nada?

—Nada, Pablo, ¿entiendes? Nada.

—Oye, no te la agarres conmigo. Agradece que te dejé estar acá.

—¿Agradecerte? ¿Y por qué tengo que agradecerte? ¿Agradecerte qué? ¿Tú qué has hecho por mí, ah? Nada.

—Mira, *péndex*...

—¿Mira *péndex* qué? —interrumpí, al momento que me ponía de pie y lo encaraba—. ¿Qué? ¿Me vas a pegar en frente de tu polola? ¿Es eso?

—Siéntate —ordenó él.

—No me voy a sentar. ¿Y sabes por qué? Porque me cansé de venirme a escuchar cómo te haces el héroe.

—¿De qué estás hablando?

—De todo, Pablo. De tus escapadas, de tu onda de la calle, de que seas el súper bacán que se porta mal... de todo eso. Ya, el Chuña te dijo esa tontera de la familia, pero de qué sirve. ¿Tienes idea de dónde está?

Pablo no dijo una palabra. La Dominga se puso a mi lado y me pidió que me calmara, pero seguía sintiéndome un cobarde por ser como era, y eso me dio mucha más rabia de la que ya tenía.

Era el momento de irme. Me di vuelta y caminé en dirección a la compuerta que me conectaba con el quinto piso.

Pero entonces, una voz me detuvo.

—Algo huele mal en todo este asunto.

Giramos y vimos a Chupete a un metro del

precipicio de la azotea. Miraba hacia la ciudad. Por un momento pensé que se iba a lanzar a volar, onda Superman del Barrio Italia. Nos miramos con la Dominga y nos acercamos. Ella le puso una mano en el hombro, pero a él no pareció importarle. Solo dijo:

—Miren ese espacio. Está todo negro. Una manzana entera con los techos negros. Como que sobresale.

—No están negros. Están quemados —dijo la Dominga.

Y tenía razón. A una cuadra de Irarrázaval, entre las calles Colo-Colo al norte y Lincoyán al sur, al menos cinco casas estaban quemadas.

—Y eso qué tiene que ver con el Chuña —preguntó Pablo, que tras unos segundos se incorporó a nuestro lado.

—Nada —respondió Chupete. Pero ya sé por qué mi mamá me hace dormir con algodones en las orejas.

—¡A mí también! —dije instintivamente.

—Las sirenas de los bomberos... —dijo Pablo.

—Y el olor a quemado de las mañanas —agregó la Dominga.

Por largos minutos apreciamos el espectáculo. Era una extraña coincidencia. Chupete y yo con algodones. Era como si...

—Okey, okey. Pero les pregunto otra vez: ¿qué tiene que ver esto con el Chuña? —insistió mi hermano.

—Todo y nada —respondió Chupete. Y aunque se escuchó como una estupidez, ninguno se

atrevió a desafiarlo. Acto seguido se dio vuelta, nos miró muy serio y añadió:

—Miren, últimamente ha habido muchos incendios en el barrio. Si me preguntan a mí, uno de los que podía saber por qué están ocurriendo todos esos incendios era el Chuña.

—¿Y cómo le preguntamos? Se supone que anda en un auto, medio dopado...

—El Chuña no está, eso es cierto. Pero créeme, hay otra persona igual de loca que nos puede ayudar —explicó Chupete.

—Alguien que considera a los bomberos unos cobardes... —dije, siguiéndole el juego.

—Alguien que es el único que nos ha dicho cuál es el verdadero nombre del Chuña —dijo Pablo.

Los tres nos reímos. Pero la Dominga se sintió excluida, y con los ojos bien abiertos nos ordenó:

—¿Me pueden decir de qué carajo están hablando?!

Pablo y yo miramos a Chupete. Un pase gol, diría yo. Él agradeció cerrándome el ojo, y con una sonrisa matadora miró a la Dominga:

—Nena, estás a punto de conocer al hombre más raro del mundo: mi papá.

Capítulo 14

Volví al barrio con miedo. Sabía que mi cabeza tenía precio.

Lo primero que hice fue mandar a Pablo a mi casa para ver si la mujer que alguna vez osé llamar mamá, nos esperaba con un cuchillo afilado en la mano.

Junto con la Dominga y Chupete esperamos en la intersección de Mujica con Santo Toribio. A los cinco minutos, mi hermano volvió corriendo y nos informó:

—Se fue. Dejó una nota. Quiere que la llames. Dice que ya no eres su hijo y que es mejor que duermas en la plaza.

—Muy chistoso —dije.

—Gracias —respondió sonriente.

—Vamos —ordenó Chupete.

Caminó raudo. Los tres restantes nos miramos como preguntándonos: «¿Y desde cuándo este tipo nos manda?». Ninguno se detuvo a responder. La Dominga fue la primera en seguir a nuestro calvo guía y, por supuesto, Pablo y yo no la quisimos dejar sola.

Tres cuadras después, ahí estábamos, los cuatro perdedores del barrio frente a la casa de

Chupete. Agazapados tras un Daihatsu del año 87, mirábamos el panorama.

—No podemos entrar si está tu mamá, Chupete —dije.

—Eso ya lo sé.

—A lo mejor anda con la nuestra en la comisaría, denunciando tu rapto —dijo Pablo.

—¿Podés dejar de hinchar a tu hermano? —preguntó la Dominga, enojada. Yo la miré y le guiñé un ojo. Telepáticamente dije: «Tranquila, nena, yo sé lidiar con este troglodita».

—Voy a entrar —informó Chupete—. Pero si no vuelvo en cinco minutos, tienen que ir por mí.

—Oye, yo no voy a entrar a ninguna casa, y menos por un pelado raro como tú —informó Pablo.

Chupete me miró, suplicando ayuda. Yo levanté los hombros y traté de calmar la situación.

—¿Qué onda? ¿Crees que te van a secuestrar o algo así?

—Esto es todo por tu culpa —me advirtió mi amigo.

—¿Qué?

—En la mañana llegó la Dominga y me convenció de ir a rescatarte. Lo más posible es que tu mamá haya ido donde mi mamá y le haya llenado la cabeza con quizás qué cosas. Así que si entro y veo a una de nuestras...

—¡Miren! —interrumpió la Dominga. De inmediato todos dirigimos nuestros ojos hacia la casa y vimos salir a la tía Rosa. Me percaté de dos cosas:

1. Iba demasiado arreglada como para ir en busca de su hijo... o del amigo perdido de este.

2. Cresta, qué fea era la mamá del pobre Chupete.

—Oye, Chupete —dijo Pablo.

—¿Sí?

—¿Qué onda tu mamá?

—¿Qué onda con qué?

—Tú sabes. Mírala.

—Sí, la miro, ¿y qué?

Nos quedamos en silencio. Le pegué un codazo a Pablo por decir en voz alta lo que todos pensábamos. Pero Chupete nos sorprendió:

—Ah, ya sé a qué te refieres. Bueno, mirándola me viene a la cabeza una pregunta: ¿por qué crees que mi papá pasa todo el día borracho?

Ninguno respondió. Miramos a Chupete algo avergonzados, pero fue él quien finalmente sonrió. Los seguimos con una carcajada. La Dominga fue la única que no abrió la boca. Respetuosa al máximo, fue la última en entrar a la casa.

Abrimos la puerta y no vimos nada extraño. Al fondo del pasillo, el escritorio del tío Rodolfo permanecía cerrado. Chupete lo indicó.

—Ahí está mi papá.

—Muy bien —dijo Pablo. Luego titubeó y miró a la Dominga—. ¿Y qué le vamos a preguntar?

—Sobre el Chuña... lógico —dijo ella.

—Pero ya lo interrogamos —dije—, y no sabe mucho.

—Eso es porque estaba curado —dijo Pablo. Luego miró a Chupete y añadió—: *Sorry*, pero es verdad.

—No te preocupes. Pablo tiene razón. Yo

creo que es a mi papá a quien hay que preguntarle sobre los incendios.

—Pero eso no nos importa —dijo Pablo.

—En una de esas sí... —se defendió Chupete.

—Déjense de discutir tonteras. Si estamos acá, es para preguntarle de todo. Listo, punto final —declaró la Dominga.

Los tres simios asentimos. Fue en ese momento que escuchamos:

—Como siempre, la mujer es la única que dijo las palabras mágicas. Siempre hay que preguntar de todo. De lo contrario... ¿para qué vinieron?

Giramos y lo vimos. Sentado en el living sobre esos horribles sillones cubiertos de plástico, con una copa de licor verde en la mano, calzoncillos, sandalias y una bata de más de dos décadas, el tío Rodolfo nos sonreía.

No supe si escapar o simplemente hacer como que aquello era una ilusión. Pobre Chupete. Tal vez es mejor no tener papá que tener uno así, pensé por un momento.

Pero mi amigo no se dejó impresionar. Como si aquella escena fuera pan de cada día, avanzó hasta donde su papá y se sentó a su lado. Luego nos hizo una seña para que nos acercáramos. Finalmente preguntó:

—Papá, hay algo que queremos saber.

—Lo que sea, campeón.

—¿Qué sabes del Chuña?

—¿Quién?

—Jaime Pérez —dijo mi hermano.

—Otra vez con el mismo tema, cabros. No saben los problemas que me trajo.

Se produjo un silencio. Miré a Chupete. Este miró a su papá.

—¿Por eso peleaste con la mamá la otra noche?

Otra vez el silencio llenó el lugar. El tío Rodolfo nos quedó mirando, y tras largos segundos, sonrió.

—¿Y? —preguntó Chupete.

—Algo sé de ese hombre —respondió el tío Rodolfo.

—Entonces hablemos de él —ordenó su hijo.

—Con una condición: que tu mamá no lo sepa.

—Prometido —dijo Chupete.

—Muy bien, vamos a hablar —el tío Rodolfo nos sonrió y luego añadió—: Pero antes... ¿quién quiere un vermut?

* * *

—En resumen... no sabes mucho, papá.

Chupete nos miró con cara compungida. De pie junto a Pablo observamos a la Dominga, la única que había hecho todas las preguntas. Además era la que estaba sentada junto a nuestro testigo principal. Pero luego ella guardó silencio. El tío Rodolfo se puso de pie y caminó hasta la cocina. Me pregunté cuántos tragos de color verde podía un hombre tomar en un día. En el caso del tío Rodolfo, ya iba en el cuarto.

—Espere —ordenó la Dominga.

Y como cuando uno juega a las naciones y dice «stop», todos nos quedamos petrificados. Lo

del tío Rodolfo fue lo más raro. Con la copa en la mano, parado y en medio del living más horrible que he visto en mi vida, era como un elefante en medio de una cristalería.

—Por favor, vuelva a sentarse —le pidió la Dominga.

—¿No puedo ir a buscar algo para tomar? —preguntó el tío Rodolfo.

—No —respondió ella.

Increíblemente, el hombre le hizo caso. La Dominga, llevada por el vuelo del detective, se le acercó y preguntó:

—Usted nos dijo que el Chuña apareció en el barrio hace mucho tiempo, casi veinte años.

—En efecto —respondió el tío Rodolfo.

—Y que siempre fue un hombre que vivió en la calle.

—Un vago —dijo el tío Rodolfo.

—Eso quiere decir que el Chuña estuvo acá desde hace mucho tiempo y, por ende, era un hombre mayor.

—¿Me está diciendo viejo, mijita?

—No, por supuesto que no. Lo que estoy tratando de entender es cómo usted sabía que el Chuña se llamaba en realidad Jaime Pérez.

—Ya se lo dije: no me acuerdo. Estaba... simplemente estaba ahí. Todos los grandes lo conocíamos. Era como parte de nuestro barrio, y alguien una vez dijo que se llamaba así y todos... no sé.

—Haz un intento, papá —pidió Chupete. El tío Rodolfo lo miró largo rato, pero negó con la cabeza.

—¿Tal vez se lo dijo su esposa? —preguntó la Dominga.

—No —respondió seguro el tío Rodolfo.

—O tal vez nuestro papá —dije.

Se produjo otro de los silencios incómodos que tanto me han acompañado en el último tiempo. La Dominga y Chupete me miraron, pero fue Pablo el que me agarró del brazo y casi me lo estruja.

—¿Por qué hablas tantas estupideces? —preguntó con ese tono cargado de ira que ya conocía.

Lo miré y, acto seguido, observé al resto. Todos esperaban la respuesta a la pregunta de mi hermano, así que dije:

—Es una tontera. Lo que pasa es que el otro día vi una foto en la oficina del tío Rodolfo. Ahí aparecen mi papá y él. ¿Sabían que el papá fue bombero?

—No me interesa —dijo Pablo.

—¿Qué no te interesa?

—Todo.

—Lo del papá, lo del tío... ¿qué?

—Todo, *péndex*. Pero especialmente no me interesa quedarme escuchando tonteras. Permiso —y caminé hacia la salida. La Dominga le preguntó a dónde iba y él, levantando los hombros, añadió:

—Al parque. Me cansé de jugar con cabros chicos.

Y cuando estaba a punto de irse, el tío Rodolfo dijo:

—Tal vez.

Todos lo miramos. Sus ojos parecían haber retrocedido a otros tiempos. Los años felices, cuan-

do los bomberos jugaban cacho en los cuarteles, mi papá arreglaba citronetas y ni yo ni mi hermano hinchábamos tanto. Ahí, sentado en el pasado, el tío Rodolfo parecía estar contento. De hecho, una leve sonrisa se dibujó en su cara.

Chupete salió disparado hacia el escritorio de su papá. Se escucharon movimientos de muebles y de cajas, y luego volvió a los dos minutos, algo sudado y con cara de preocupación.

—Papá... ¿dónde está esa foto?

Y ahí me acordé de que la segunda vez que había ido al escritorio del tío Rodolfo, la fotografía enmarcada había desaparecido. Pero ¿dónde?...

—Tu mamá la botó —nos informó el tío Rodolfo.

Un chispazo de electricidad me recorrió la espalda. ¿Acaso las mamás se habían vuelto locas y nosotros no nos habíamos dado cuenta? No me atreví a preguntar nada más. Solo miré a mi amigo y juntos corrimos hacia el basurero, ubicado debajo del lavaplatos. Por supuesto, no había nada.

—¡En la calle! —dije.

Salimos disparados. Afuera, dos contenedores con olor a caca de perro y budín de coliflor nos esperaban sonrientes. No lo dudamos. Abrimos las cubiertas y nos zambullimos en la basura. Fue un trayecto casi tan difícil como el de la cápsula que rescató a los mineros, pero al final lo conseguimos. En medio de una sandía, miles de papeles higiénicos y algo que se parecía a un peluche descuartizado, la encontramos: marco roto, vidrio trizado, pero la fotografía intacta.

De vuelta al living de la casa de Chupete, la dejamos en la mesa de centro. El tío Rodolfo señaló la imagen, y luego la de mi padre.

—Acá estamos... tan jóvenes.

Miré a mi hermano Pablo. Aunque no quería, tal vez obligado por su polola, miró a mi padre veinte años más joven. Me fijé en algo: se parecían mucho. Y eso me dio un poco de pena.

—Mi papá —dijo Pablo. Luego me miró—. El no sabía. Nunca me habló del Chuña.

Nos quedamos en silencio. Me sacudí una cáscara de plátano que tenía en el hombro y observé la foto: mi papá, el tío Rodolfo y varios jóvenes del barrio, todos sin preocupaciones y sonrientes, gente de otra época, de otra vida.

Fue entonces cuando todo cambió. Y para variar, la Dominga fue la encargada de dar el giro.



—Algo raro pasa acá.

Y, claro, vaya que tenía razón.

Nos acercamos a la fotografía y seguimos su dedo. Sobre las cuatro filas de bomberos, escondido, sonriente y manejando el carro de bomberos modelo Piers Dash, estaba nada menos que él...

—El Chuña... —dijo Pablo.

¡Era él! Sin barba, sin su ropa andrajosa, su olor a vino y sus garabatos... era el Chuña.

Entonces una voz nos alertó.

—No puede ser —dijo el tío Rodolfo.

—Pero es él —dijo la Dominga.

—No puede ser —repitió el tío.

Lo miramos. Su boca abierta no tenía intención de cerrarse. Sorprendido, le hizo un gesto con la mano a Chupete, quien corrió a traerle uno de sus bajativos. Se lo tomó al seco, luego aclaró la garganta y dijo:

—Ese no es Jaime Pérez.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque él era el capitán de nuestro cuartel. Y murió hace años. Casi veinte...

—¿Estás seguro, papá?

—Sí.

—En una de esas te estás confundiendo —insistió Chupete.

—Imposible. De hecho, el capitán murió en mis brazos. Fue en el incendio de la Escuela Argentina, en Vicuña Mackenna.

Nos quedamos callados. Parecía que el tío Rodolfo otra vez viajaba lejos.

Entonces se me ocurrió preguntar.

—Tío... ¿cómo se llamaba este hombre?

—Juan Agustín.

—¿Juan Agustín cuánto?

—Juan Agustín...

Su copa cayó al suelo. Por primera vez en mi vida, supe lo que iba a decir.

—Juan Agustín Pérez.

Se me vino una palabra a la cabeza: «papá». Yo lo tenía y no lo disfrutaba. Chupete lo tenía y a veces lo padecía.

1. El más insoportable del grupo dijo: «Es una tontera. ¿Me van a decir que recién ahora el papá de Chupete viene a hacer el nexo entre el comandante de bomberos y el Chuña?».
2. El más inocente del grupo respondió: «¿Sabes cuántos Pérez hay en Chile? Además, mi papá es un tipo distraído y al menos yo nunca le había hablado del Chuña. O en una de esas es el trago...».
3. La más bonita del grupo añadió: «Mirá, Pablo, dejate de hinchar y apoya, ¿podés? Además, sea lo que sea, nos vamos a sacar las dudas ahora».
4. Y yo pensé: «Para variar, la Dominga tiene razón. ¿Puede decirme alguien qué hace con el pelmazo de mi hermano?».

Sin que nadie me respondiera, llegamos al frontis del cuartel de la Segunda Compañía de Bomberos de Ñuñoa, en pleno Antonio Varas. Hacía calor y los pies me sudaban. Estábamos lejos de nuestro territorio habitual, y lo peor, a ninguno de los cuatro se nos ocurría qué hacer para obtener información.

—Digamos que somos escolares —dijo Chupete.

—Estamos en verano, tarado —respondió Pablo.

—En una de esas decimos que queremos ser bomberos —propuse.

—¿Tú? ¿Con esos brazos? Olvídalo —dijo mi querido hermano.

Tuve ganas de que sintiera la fuerza de mi puntete clavándose en ustedes ya saben dónde, pero entonces algo me detuvo: los tres hombres del grupo vimos agacharse a la Dominga. De su mochila sacó una polerita muy corta. Mediante unos extraños movimientos pélvicos, se sacó su camiseta rayada de manga larga y la reemplazó por esa pequeña y angosta tela que dejó ver su lindo ombligo, desde donde colgaba un coqueto *piercing*.

Definitivo, pensé: ya dejé de ser niño.

Pablo la miró sin entender nada. Ella buscó una tijera en el bolsillo pequeño de la mochila y sin preguntarle a nadie, comenzó a cortarse los jeans hasta bien arriba de la rodilla.

—Listo —dijo finalmente, convertida en una diosa sexy, onda Alice, combatiente de *Resident Evil*.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó con cara de pavo mi hermano Pablo.

—Vos esperá acá. Vuelvo en veinte...

Y sin más, nos dejó. Solos, tristes y pendejos. La vimos entrar al cuartel de bomberos y luego subir las escaleras. Tocó una puerta y, simplemente, desapareció como un fantasma.

—La perdimos —dije.

—Cállate —ordenó Pablo.

Y me callé. Por al menos veinte minutos, no dije una palabra. Hasta que me aburrí, y entonces...

—¿Idea mía o no te pescó cuando le preguntaste qué estaba haciendo? —le pregunté a Pablo.

—¿Quieres que te mate?

—Debe ser *penca* que tu polola no te tome en cuenta.

—Una más y te meto dentro de ese carro para que te saquen por las mangueras.

—Si me preguntas a mí, Pablo, te diría lo que le escuchábamos al papá cuando veía a un tipo feo con una mujer bonita: poca carne para tan poco gato.

Me aforró una patada que casi me levanta por el aire. Me la merecía, pero no por eso me iba a quedar sin hacer nada, así que le salté a la yugular como vampiro, pero sin maquillaje y sin tanto llanto como los de *Crepúsculo*. A los pocos segundos, éramos una sola masa, tirados en el suelo, yo tratando de neutralizarlo y él encima de mí, advirtiéndome que si se le daba la gana, me dejaba inconsciente.

Chupete nos trató de separar, pero ni siquiera nos dimos un segundo para tomarlo en cuenta.

Hacía tiempo que no me peleaba con mi hermano. Yo creo que de vez en cuando hace bien. Ojalá mi mamá no se entere de esto, pero está claro que a veces un hermano mayor no entiende con palabras. Tampoco un hermano menor, y supongo que por eso con Pablo nos golpeamos con tantas ganas.

Yo creo que si la Dominga no hubiera salido del cuartel, en una de esas seguíamos toda la tarde. Pero ya se habrán dado cuenta de quién manda en esta historia.

Ella ni siquiera nos dio tiempo para sacudirnos el polvo. Caminó en dirección a Sucre y luego desapareció hacia el poniente, es decir, a nuestro querido barrio.

Y nosotros tres, para variar, fuimos detrás de ella.

* * *

La Dominga prendió su IPod, se puso los audífonos y caminó... caminó y caminó. En esos tres «caminó» recorrió varias cuerdas, y aunque Pablo se acercó a hablarle, estoy seguro de que ella ni siquiera le dio la hora. De hecho, en Manuel Montt, Pablo se dio vuelta y nos miró a Chupete y a mí con tanto odio, que por un par de segundos le tuve miedo. Luego me acordé de su cara cuando la Dominga entró al cuartel, y entonces me morí de la risa.

En Sucre esquina Tegualda, ella se detuvo. De su bolsillo trasero sacó un mapa y lo estudió detenidamente. Fue el momento en que nos atrevimos a acercarnos. Parecía murmurar algo; algo que ninguno de nosotros podía entender.

—¿Qué onda? —pregunté.

—Nada —dijo ella.

—¿Cómo que nada? —Pablo se escuchó enojado—. Sales del cuartel y no nos dices ni una palabra.

—Mirá, cuando salí, vos y Gabriel se estaban matando a trompadas. ¿Qué se suponía que tenía que hacer?

—No sé... algo.

Pobre de mi hermano, tan bacán y sabelo todo, pero cuando está frente a una mujer como la Dominga parece un niño de kínder.

Ella sonrió. De ira, pensé yo. Luego imaginé que a continuación le iba a dar una cachetada, pero en vez de eso, le acarició la cara.

—Sos un dulce —dijo.

Cerré los ojos de rabia.

Se había suavizado. Pablo sonrió como payaso con pena y levantó las cejas, onda hámster domesticado. La Dominga nos hizo una seña para que nos acercáramos. Yo no me moví. Ella me miró y preguntó:

—¿Estás enojado, Gabriel?

¿Que si estaba enojado? No estaba enojado, estaba...

—No —respondí.

—Entonces acercate.

Le hice caso al instante. Chupete se rio. Mi amigo era el único que podía percibir mi ira interna y la nula capacidad de llevarle la contra a la Dominga. Me sentí como Hamlet: «Ser o no ser».

—Hablé con el hombre de relaciones públicas del cuartel. Le dije que estaba haciendo un reportaje para una radio local sobre la historia de los bomberos del lugar. El pibe era re buena onda.

—Es que con esa pinta... —dijo Pablo.

La Dominga se rió con fuerza. Pobre Neandertal. En eso Pablo era igual a mi papá, aunque por supuesto que nunca se lo iba a decir.

—Bueno, este señor sabía toda la historia del cuartel. Su fundación, los primeros bomberos, los

carros... Yo me tragué una lata horrible, hasta que se me ocurrió preguntarle por Juan Agustín Pérez.

—El papá del Chuña —dijo Chupete.

—Eso no lo sabemos, tarado —respondió Pablo.

—No lo sabemos *todavía* —explicó la Dominga, tratando de congraciarse con Chupete. Lo que sí sabemos ahora es que este tal Juan Agustín fue el primer comandante del cuartel. Un hombre que, según me enteré, era millonario.

Los miré detenidamente a los ojos.

—¿Millonario? ¿El papá del Chuña? Eso es imposible. Pablo, tú sabes que el Chuña pasaba hambre, frío... nadie con plata tendría esa vida.

—Sí, en eso Gabriel tiene razón —dijo mi hermano.

—Bueno, las fortunas algunas veces se agotan —respondió la Dominga.

—Sí... hay futbolistas que terminan manejando taxis. Con todo el respeto que tengo por los taxistas, claro —apuntó Chupete.

Tenía su punto. Aunque todos lo teníamos. La Dominga se dio cuenta y añadió:

—Yo pensé lo mismo que ustedes. Miles de hipótesis. Por ejemplo, que cuando su padre murió, el Chuña se volvió loco.

—No estaba loco —dijo Pablo.

—No, no estaba loco. Simplemente se *frikeó*.

—O lo *frikearon* —añadí.

—El caso es que le pregunté más por este tal Juan Agustín Pérez y me enteré de algo importante:

quedó viudo cuando era muy joven, y él crió a sus dos hijos.

—¿Dos hijos? —pregunté.

—Dos hijos —confirmó la Dominga.

—El Chuña nunca me habló de algún hermano —agregó Pablo.

—Bueno, al parecer no te habló de muchas cosas —dijo la Dominga. Luego siguió caminando y añadió: Vengan. Es por acá.

Caminamos por Tegualda hacia Irarrázaval. Dominga revisó algo anotado en un papel y entonces se frenó.

—Se supone que es acá.

Miré el panorama. Se observaban micros en la esquina de Irarrázaval, pero aparte de eso, era un lugar tranquilo. Hacia el oriente, las típicas calles. Pero si uno miraba hacia el poniente, o sea, frente a nosotros, un gran cartel de la municipalidad de Ñuñoa nos bloqueaba la visión de las casas.

—Tegualda 112. Números pares. Acá debería estar —dijo la Dominga.

—¿Qué cosa? —preguntó Pablo.

—El taller —respondió ella.

—¿Puedes hablar claro, Dominga? —Mi hermano se estaba enojando.

La Dominga miró a Pablo y lo tranquilizó.

—Okey. Miren, el señor Juan Agustín Pérez fue el primer hombre que puso su taller mecánico en este barrio. Y a partir de ahí, hizo su riqueza. El hombre era en realidad alemán, pero cuando llegó a Chile le pusieron Pérez, como a muchos emigrantes.

—¿Y ese taller se supone que está acá? —pregunté.

—Nunca he visto un taller en este lugar —dijo Chupete.

—Eso es porque siempre ha estado cubierto con algún cartel —explicó Pablo.

Nos quedamos en silencio e hicimos memoria. Pablo tenía razón. Era lejos el más callejero de nuestro grupo, y aunque era un porro en el colegio, algo tenía: memoria fotográfica.

—Yo tomo este camino para ir donde la Dominga. Y antes, lo ocupaba para ir donde unos amigos que me vendían cigarros más baratos. Y antes de eso, para ir al colegio. Y les puedo jurar que durante todo este tiempo, esta casa, o lo que sea que haya acá, ha estado cubierta.

—O sea no sabemos qué hay tras este letreiro —resumió Chupete.

—Eso lo podemos solucionar —dije.

Todos me miraron. Típico: las cosas más simples siempre están al alcance de la mano. Es cierto, el cartel de la municipalidad de Ñuñoa medía unos tres metros de alto, pero el nogal que estaba a nuestro lado alcanzaba sin problemas los veinte. Se los mostré, y luego pedí ayuda:

—¿Quién me sube?

Pasaron unos segundos de dudas, hasta que Pablo ofreció sus dos manos de impulso y me subió hasta el tronco del árbol. De ahí en adelante, me acordé de que alguna vez fui un niño al que su mamá llamaba «Tarzán». Me agarré de las ramas, crucé precipicios y no dejé de escalar. El cielo era

la meta. Solo miraba hacia arriba, hasta que escuché que la Dominga me gritó:

—¡Pará, Gabriel... de ahí podés ver de más!

Tenía razón. Miré hacia el poniente, más allá del cartel, y entonces me percaté del hecho. Algo olía mal en este barrio.

Grité de vuelta:

—¡Algo raro pasa!

—¿Qué cosa? —preguntó Pablo.

—Desde acá veo una casa. Debe ser la de este señor. Me dijiste que el número es 112, ¿cierto?

—¡Sí! —respondió la Dominga.

—Está en pie. Es grande. Inmensa. Llega casi hasta la otra cuadra. Deben ser al menos mil metros.

—¿Y cuál es el problema entonces? —preguntó Chupete.

—Que el resto de las construcciones están quemadas...

Miré hacia abajo y vi sus caras. No sabían qué decir.

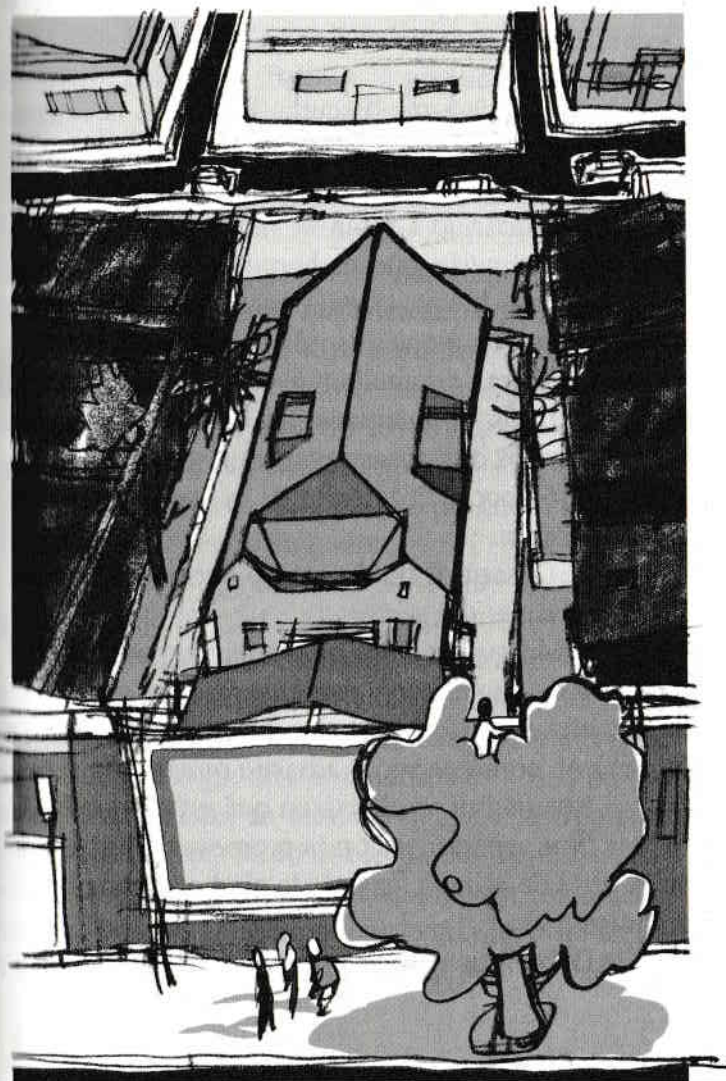
Pero para mí todo era claro. Estábamos frente al terreno que habíamos visto desde la azotea del colegio de la Dominga, cuando se nos ocurrió formar este grupo, club, agrupación o como quieran llamarlo.

Todas las casas estaban hechas cenizas. Excepto una: la de Juan Agustín Pérez. El hombre que era igual al Chuña. Su padre.

¿O no?

Tuve ganas de quedarme a vivir arriba del árbol. En una de esas, me hubiera ahorrado varios problemas.

Pero bajé. Bajé, y a partir de ese momento, los cuatro entendimos que algo muy raro estaba pasando frente a nuestras narices.



Capítulo 16

No hubo mucho que discutir. Teníamos las cosas más claras. Una manzana entera de nuestro barrio había sido quemada, a excepción de la casa en donde nuestro querido Chuña se había criado. A eso había que sumarle que el heredero fue dado por muerto, y que luego, como por arte de magia, fue divisado vivo en plena avenida Bustamante.

Mientras caminábamos hacia Santa Isabel, nos repartimos las misiones. La Dominga dijo que necesitábamos dos cosas urgentes:

1. Conocer la historia de la familia de Juan Agustín Pérez.

2. Descubrir quién estaba detrás de la quema de las casas del sector.

Dado que la Dominga ya había tenido éxito a la hora de coquetear y engatusar a servidores públicos, ella propuso ir directo al Registro Civil. Pablo, celoso como perro, le advirtió que no iría sola.

Yo entendí en el acto en qué grupo quedaba.

Nos separamos con la promesa de juntarnos en la pista de *skate* a las 8 de la noche, en unas cinco horas más.

Debíamos encontrar la verdad en un barrio

acostumbrado a los secretos. Y para eso, solo se nos ocurría un nombre: el tío Rodolfo.

Minutos más tarde, antes de entrar a su casa, Chupete tragó saliva y me miró.

—No lo sé —dije en el acto.

—Oye, todavía no te hago la pregunta —me advirtió.

—Es fácil. Quieres saber si lo que estamos haciendo está bien. Bueno, la respuesta es simple: no lo sé.

Abrió la reja y entramos.

De inmediato nos dimos cuenta de que en la casa no había nadie. Nuestra intención era tomar al tío Rodolfo y exprimirlo al máximo. Eran demasiadas preguntas que necesitaban una respuesta: ¿quién era en realidad Juan Agustín Pérez? ¿Y sus hijos? ¿Era cierto que la muerte de su esposa había cambiado todo? ¿Podía un joven enloquecer si es que su madre se iba para siempre?

—¿Qué hacemos? —me preguntó Chupete al ver la ausencia de su padre.

—La fotografía —dije—. Hay que investigarla a fondo.

Corrimos al escritorio del tío Rodolfo y abrimos la puerta. La fotografía permanecía en la mesa de trabajo, aún con el marco sucio y el vidrio roto. Sin embargo, ahora teníamos más tiempo para analizarla. Tras un minuto, llegué a la siguiente conclusión: el parecido era impresionante. Era como si el Chuña hubiera retrocedido en los años y hubiera posado frente a la compañía de bomberos. Y como comandante, más encima.

Chupete se puso a mi lado y también la miró. Luego dijo:

—Hay algo raro.

—¿Algo? Yo diría que miles de cosas, Chupetín.

—Bueno, miles de cosas. Pero hay una que me llama la atención.

—¿Por qué no te ha descubierto el Barcelona y no estás jugando con Messi?

—Ja, ja, ja. Con razón tu hermano te quitó a la Dominga. A veces eres muy fome, Gabriel.

—Auch...

—Sí, auch... —dijo con una sonrisa cínica.

Le devolví la sonrisa. Parecía como si en las últimas 48 horas mi amigo hubiera sido iluminado por los dioses del Olimpo. O simplemente era...

—La Dominga —dije.

—¿Qué pasa con ella?

—A ti también... —no me atreví a completar la frase. Chupete sonrió.

—¿También me gusta? —preguntó.

Asentí.

—¿Y? Si así fuera... ¿qué?

—Nada —respondí

Chupete movió la cabeza.

—Si sigues así, vas a terminar muy triste, Gabriel.

Y vaya que tenía razón. A veces, la gente más desapercibida se transformaba en la más sabia.

Acto seguido, Chupete puso su dedo sobre la fotografía del tío Rodolfo y mi papá. Veinte años atrás.

—Se ven como cabros chicos —dijo.

—Sí.

—¿Sabes? Mi viejo quería hartó a tu papá. Me lo dijo unas semanas después de que él... tú sabes.

—Ah.

—Ojalá estuviera acá.

—¿Mi papá? —pregunté.

—Sí. Le podríamos preguntar más cosas sobre el Chuña. Podríamos averiguar de dónde era, sobre su hermano, qué se yo...

—¿Y tu papá?

—Ya lo interrogamos bastante —explicó—, y me appena decirlo, pero creo que no nos puede ayudar mucho más. Mi papá tiene... como lo digo...

—¿Dañado el cerebro? —pregunté.

—Iba a decir mala memoria, pero si lo quieres decir de esa forma...

A los segundos nos matamos de la risa. Oigan, si uno no se ríe de las cosas trágicas, al final termina con mucho dolor de cabeza. Se los prometo.

Chupete no dejó de mirar la fotografía, hasta que finalmente dijo:

—Acá hay algo raro.

—Ya lo dijiste.

Me miró severo.

—Te estoy hablando en serio. Mira... mira la fotografía... está toda rota.

—Sí, está toda rota, ¿y qué?

—Que mi mamá la botó. ¿Entiendes? Mi mamá tiró la fotografía más importante de mi viejo, la que tenía colgada ahí —señaló el lugar en la pared—, y todo después de que empezaron a preguntar por el Chuña.

Hice memoria. La ida al bar cerca de avenida Matta, la pelea de mi hermano, los segundos de tensión y la cara del tío Rodolfo cuando nos gritó el verdadero nombre del Chuña... Sí, era raro. Y había otro dato. Miré a Chupete y se lo conté:

—Me acuerdo que cuando fuimos al bar, nos advirtió que no le dijéramos a nadie.

—Sí. Algo extraño pasó ese día. De hecho, cuando volvió, yo estaba en mi pieza. Mi papá venía borracho, pero además enojado, algo que no pasa mucho. Me acuerdo que mi mamá le preguntó por qué venía así, y él dijo algo que no alcancé a escuchar. Luego cerraron la puerta de su pieza y se pusieron a hablar. Después, en la noche, escuché que mi mamá tiró algunas cosas a la basura. Ahora sé que, entre esas cosas, estaba la fotografía.

—¿Me estás diciendo que tu mamá no quería que supiéramos esto? ¿Pero por qué?

No respondió.

En ese instante, la puerta de entrada se abrió y dos voces femeninas se escucharon. Fue como si la creación de la isla de Chiloé se iniciara a diez metros de distancia: dos serpientes peleándose como el bien y el mal. La diferencia es que acá, las dos serpientes eran amigas. O al menos parecían serlo.

Cuando escuché a mi mamá hablar con la tía Rosa, las rodillas se me hicieron mantequilla, y a lo único que atinamos fue a aferrarnos a la fotografía.

Nos escondimos debajo de la mesa, cruzamos los dedos y cerramos los ojos.

Somos un par de niños, concluí.

* * *

—Si está acá, lo vamos a encontrar... ¡Sebastián, Sebastián!

La voz de la tía Rosa estremeció la casa. Chupete tenía los puños tan apretados que pensé que comenzaría a sangrar. Onda estigmas, no sé si me siguen. Le pegué fuerte y le dije telepáticamente que se mantuviera lo más tranquilo posible.

Se escucharon puertas abrirse, más gritos y murmullos de mujer enojada.

—No, parece que no está... —dijo por fin la tía Rosa.

—¿Ves? Te lo dije. Esos niños andan en algo raro. Y por la culpa de Gabriel, capaz que pierda la pega.

—Ay, linda, un día más, un día menos.

—Claro, es fácil decirlo cuando no trabajas para la administración pública, Rosa. ¡Pero te lo descuentan todo!

—Sí, ya sé. Por eso te he dicho que te dediques a trabajar en la junta de vecinos.

—Ya —dijo mi mamá con tono irónico—. ¿Y se supone que la junta de vecinos de este barrio pichiruchi me va a pagar las cuentas?

—Ja, ja, ja... barrio «pichiruchi», hace años que no escuchaba esa palabra.

—Debe ser que estoy vieja, entonces.

—Y me lo dices a mí. Mira estas canas. Si con decirte que ya no paro de teñirme... incluso ahí, abajo... tú entiendes.

Miré a Chupete y tuve ganas de que el mundo se viniera abajo. El puso los ojos en blanco, como diciendo «esto tiene que ser una mala broma». Pensé: tal vez es mejor que me entregue, antes de que mi mamá comience a hablar de los años que ha pasado sin que... ustedes entienden.

Por suerte a mi mamá le bajó un ataque de risa. Ataque que contagió a la tía Rosa, que abrió la puerta de la cocina y dijo:

—Qué par de locas...

—Lunáticas. Por suerte que nuestros maridos son un par de inútiles.

Las risas se multiplicaron. La cosa se comenzó a relajar, así que miré la ventana que daba al patio —nuestra vía de escape— y le susurré a Chupete que era el momento. Sin embargo, algo nos distrajo.

—Mira, para que veas que la tarea de la junta de vecinos es útil. Llévate este microondas —dijo la tía Rosa.

—¿Y de dónde lo sacaste? —preguntó mi mamá.

—Es un premio.

—¿Un premio? ¿Concursaste en algo?

—Algo así.

El silencio las envolvió. Con Chupete nos acercamos a la puerta del escritorio y pegamos la oreja. Entonces oímos a la tía Rosa explicar:

—Estamos organizando su llegada, ayudándolos para cuando se instalen. Tú sabes, hay señores, viejos en su mayoría, que no quieren el progreso. Pero a través de la junta ya enviamos in-

formación y beneficios para todos los vecinos. Cómo te lo explico, linda. Este barrio se va a ir para arriba.

—¿Tú crees?

—¡Claro! Es la modernidad. Por fin vamos a dejar de ser un centro de garajes de mala muerte.

Otra vez se quedaron calladas, hasta que mi mamá susurró:

—Mira...

Dirigí mi vista hacia Chupete, pidiendo una explicación. Él, algo avergonzado, me hizo una seña para que nos fuéramos. Fue en ese preciso momento en que la puerta se abrió. La tía Rosa tenía en su mano la pelota de fútbol de mi amigo, y de inmediato entendí por qué nos habían pillado: Chupete y la pelota eran casi siameses.

Yo no tenía mucho que pensar; estaba claro que si una de las dos serpientes me ponía la mano encima, iba a terminar la noche en Pueblo Seco, escoltado por carabineros si era necesario. Así que corrí hacia la ventana y me lancé por los aires como Johnny Herrera, el arquero de la U.

Antes de caer en el jardín, alcancé a escuchar a mi mamá gritar mi nombre.

—¡Gabrieeeel!

Milésimas de segundos más tarde, Chupete cayó encima de mi espalda. Imaginé los titulares: «Niño queda parapléjico en medio de la huida de su señora madre, luego de que su calvo amigo cae encima de su escuálido e imberbe cuerpo».

—¡Corre! —me ordenó Chupete.

Le hice caso. Pero antes de saltar la reja, no

me quedó otra que mirar hacia atrás. Y entonces vi dos cosas que me llamaron la atención.

Una: mi madre me miraba, y los dos nos dimos cuenta de que algo había cambiado para siempre entre nosotros.

La otra: al fondo del patio aún permanecían las cajas que el tío Rodolfo había botado de su hogar. Las mismas que contenían, entre otras cosas, un plasma, un Play Station 3 y toda la alegría que un niño pueda tener.

No me demoré mucho en hacer la conexión.

Yo no sé qué piensan ustedes de los supermercados, pero yo al menos prefiero los negocios de barrio...

Capítulo 17

Vagamos en la clandestinidad, entre callejones, sin hacer contacto visual y evitando calles como Condell o avenida Italia. Estaba seguro de que nuestras caras adornaban todos los postes de luz, y que la sustanciosa recompensa tenía a las viejas cuicas que compran muebles en la calle Caupolicán tras nuestros pasos. Me sentí como revolucionario en un país donde las revoluciones eran en contra de las madres.

Solo cuando divisé a los *skaters* de Bustamante me sentí seguro. Cruzamos la calle corriendo. Qué raro —pensé—, hace solo unos días este lugar era sinónimo de tipos insoportables, cochinos y mal humorados. Y ahora, mientras me tiro en el pasto y veo al Old School hacer un *backside ollie*, me siento como en casa.

Chupete sudaba como loco. Sin dejar de mirar a todos lados, no paraba de preguntarme la hora. Aburrido, le aclaré:

—Ya te dije, los vamos a esperar acá hasta que aparezcan.

—¿Y si no aparecen?

—Entonces les voy a decir a los *skaters* que

eres un *skin*, y que por eso tienes esa pelada. Y que te gusta apalea a estos pobres pajaritos de Dios.

—Muy chistoso, Gabriel.

—Mi viejo siempre decía: al buen tiempo, mala cara.

—Ya. Debe ser por eso que se viró a La Serena. Hay mejor tiempo allá.

—Auch, Chupetín. Segundo combo al riñón que me mandas en un día. ¿Idea mía o te has puesto más venenoso?

—Puede ser, tarado. ¿Pero sabes? Ya me estoy arrepintiendo.

—¿De qué?

—De jugar a los superhéroes.

Lo miré. Hablaba en serio. Bajó su vista y sacó un pedazo del poco pasto que quedaba alrededor de la pista.

—¿Qué te pasa? —pregunté bajando la voz.

—Nada. O sea, tú sabes.

—No, no sé.

Por fin me miró a los ojos.

—Esto ha sido entretenido por el día, Gabriel. Pero ya van a ser las nueve de la noche y no hemos sacado nada. Y al final, vamos a tener que volver a dormir a nuestras casas. ¿Y entonces?

—Lo mismo te pregunto, Chupete. ¿Vas a arrugar ahora?

No tuvo tiempo de responder. A lo lejos escuchamos...

—¡Buena, Pablo!

Mi hermano y la Dominga cruzaron por la pista a gran velocidad. Sus amigos, seguidores y

fans, lo saludaron al pasar, pero esta vez Pablo no tuvo tiempo para representar su papel favorito: el «Rey de Bustamante».

Se dirigieron hacia nosotros y nos pusimos de pie. La Dominga se me tiró a los brazos y me dio un beso... en la mejilla. Y otro a Chupete. En fin, nada es perfecto.

Se le notaba acelerada y de buen humor.

—Tenemos novedades —dijo.

—Nosotros también —respondí con una sonrisa.

—Bárbaro. Escuchen, ya sabemos quién es el hermano del Chuña.

—Y nosotros sabemos para qué lo necesitan.

Pude ver por su cara que no se esperaba una respuesta tan matadora. Pablo se acercó a mí y susurró:

—¿Dónde estuviste metido, *péndex*?

—En la casa de Chupete —le respondí.

—¿Y hablaste con el tío Rodolfo?

—No. Eso queríamos, pero entonces llegó la mamá con la tía Rosa y nos tuvimos que esconder...

—Y escuchamos unas cosas terribles de la vida de las mujeres a cierta edad —agregó Chupete.

—Pero eso no es importante —dijo la Dominga—. Lo importante es que, según averiguamos, el hermano del Chuña se llama Ricardo Pérez, y vive en Perú hace más de veinte años.

—¿Y qué hace acá? —preguntó Chupete.

—Fácil. Ha venido a venderle el terreno de su padre al supermercado Eco —dije.

Se produjo un silencio aterrador. Los autos dejaron de pasar y las tablas se detuvieron en medio del aire. Todos los *nollie* del mundo quedaron suspendidos, y Tony Hawks lanzó un grito desde su casa.

Y para más remate, la Dominga le tomó la mano a mi hermano. Los dos se acercaron hacia mí.

—¿Cómo sabes eso? —me preguntó Pablo.

—Lo escuchamos en la casa de Chupete. El supermercado Eco le hizo tremendos regalos a la junta de vecinos. Y no hablo de chapitas o calcomanías. Hablo de plasmas, cosas grandes. Ellos ya han comprado casi todas las casas... claro que les falta una.

—La casa del Chuña —concluyó Pablo.

Sin darnos cuenta, la noche se había tragado al día. Una suave brisa nos recordó que aún estábamos en polera, y que si queríamos seguir adelante, tal vez teníamos que pasar por nuestras casas. Pero he ahí el problema: ya no teníamos casa. Estábamos solos. Así de simple. Tres tipos raros y una niña que nos había robado el corazón. Los que sobran, pensé. Los únicos que han descubierto un nido de serpientes. El barrio, nuestros papás; la gente en general. ¿En qué momento se habían ido todos al carajo?

—Tal vez es mejor olvidar esto —dijo Chupete.

Nadie le respondió. Miré a Chupete sorprendido. ¿De verdad lo estaba pensando?

—No. No lo vamos a hacer. Tenemos que encontrar al Chuña —dije con fuerza.

Y la Dominga asintió, luego Pablo le dio un cachuchazo a Chupete por siquiera pensarlo, y yo

sonreí. Teníamos que movernos, entrar en acción. Jugarnos las últimas fuerzas, ir al ataque contra Brasil en un Mundial, apostar a ganador aunque supiéramos que los dados estaban tan arreglados como el «Pepito paga doble» del Paseo Ahumada.

—¿Sabes dónde podemos encontrar al hermano del Chuña? —pregunté.

—Tenemos dos alternativas. Un hotel y una casa. Dejé esas direcciones cuando entré a Chile la semana pasada —dijo la Dominga, mientras se metía la mano en su bolsillo trasero, para luego sacar un papel con las direcciones anotadas.

Fue en ese momento en que pude apreciar algunos cambios en su vestimenta. De partida, ahora ocupaba unos *shorts* rojos, muy ceñidos al cuerpo. El peto le dejaba ver el ombligo y su *piercing*, pero además había añadido unos toques de lápiz labial a su linda cara.

En resumen, se veía como una mujer. Y nosotros, como sus niños enamorados.

—Veo que les fue bien en las averiguaciones —le susurré a Pablo, quien me respondió con un gruñido de caverna.

Nuestra primera misión: Hotel del Cerro. No estaba lejos. De un momento a otro, las fuerzas habían retornado. Para asegurarnos, Chupete compró media docena de churros que devoramos en el camino.

Pobre. De haber sabido que íbamos a terminar amarrados y hambrientos al final de la noche, se hubiese comprado la docena entera.

Capítulo 18

A las 12 de la noche nos sentamos frente a la piscina de la biblioteca de Bustamante. Dos vagos expulsaban tremendos ronquidos, mientras sus perros jugaban en el pasto. El más quiltro, en medio de un recorrido en ciento ochenta grados de pura excitación, terminó cayéndose al agua.

Ni siquiera nos reímos. Las cosas no habían salido como queríamos.

La ida al Hotel del Cerro solo nos sirvió para tener un par de cosas claras:

Uno: Bellavista era el ejemplo más claro de lo clasista que es Chile. Una vez nos tocó un profesor en el ramo de comprensión del medio natural que, entre otras cosas, terminó apoyando a los cabros que se tomaron el liceo. Al pobre lo echaron «por comunista», según dijo el director. Lo cierto es que José Manuel —así se llama el profe— en vez de hablarnos de la cordillera de los Andes o de la falla de San Andrés, terminó comentándonos que en nuestro país el destino de los niños está predeterminado por el lugar en donde nacen, su apellido y los contactos de sus padres. Yo me di cuenta de que en el barrio Bellavista la gente se divide naturalmente a partir de una calle: si

te gusta Pío Nono, entonces eres pobre. Y si te gusta la calle Constitución, entonces vas a estar preocupado de que los pobres te roben tu camioneta 4x4.

Dos: la belleza de la Dominga no era garantía de nada. Al entrar al *lobby* del Hotel del Cerro —ubicado a los pies del cerro San Cristóbal— y sonreírle al encargado (todos, incluso Pablo), estábamos seguros de que saldríamos con el hermano del Chuña esposado y pidiéndonos clemencia. Pero a los dos minutos vimos a la Dominga mirando al suelo. Solo dijo: «Me fue mal».

Y nosotros no le preguntamos nada más.

Nuestro siguiente objetivo fue la dirección que el tal Ricardo Pérez había dado en Inmigración: Salvador 345. Casi llegando a Pocuro, notamos que el lugar era parte del Hospital Salvador. En resumen, había mentido. ¿Es que acaso en Inmigración no tenían un simple GPS? Con razón los chinos nos tienen dominados, pensé.

De vuelta en Bustamante, uno de los perros vagos comenzó a ladrar con fuerza. En la sombras, dos tipos con maletín de oficinistas vomitaban entre los arbustos. Su presencia y lo que hacían en medio del parque, a esa hora, nos comenzó a alertar, en especial a Chupete y a mí, que somos unos niños metidos entre grandes.

Miré a Pablo, como pidiéndole su opinión, pero ni siquiera se dio por enterado. Siguió con la vista a los dos nuevos moradores de *su* parque, y apretó con fuerza su puño. Listo para la guerra, la Dominga fue la única que atinó a decirle algo al oído y tranquilizarlo.

Todos miramos a los oficinistas pasar a diez metros de nuestro lugar. Como en las peleas de *cow boys* que le gustaban a mi papá, el primero en meter la mano al cinto y sacar la pistola, gana, pensé.

Pero nadie disparó. Y a los pocos segundos, el silencio se apoderó otra vez de nosotros. Hasta que Pablo rompió el hielo, se puso de pie y dijo:

—Yo cacho que ya es hora de irnos para la casa.

Nadie lo contradijo. Pablo le dio la mano a la Dominga.

—Vamos a ir a dejar a los *péndex* y después te llevo a tu departamento. Es mejor que duermas ahí hoy.

La Dominga no dijo ni pío.

Los cuatro caminamos en silencio. Debe haber sido el recorrido más triste que he hecho en mi vida. Más encima, parece que las noches de verano en Santiago sirven para que la gente se ponga contenta. ¿De qué?, me pregunto yo. ¿De sus tarjetas de crédito copadas o de lo caro que cuestan los colegios? Algunos pasaban en sus autos gritándole cosas cochinas a la Dominga, mientras otros compartían una botella de pisco en las banquetas. La pista de *skate* se había transformado en un lugar triste, oscuro y hediondo a vino barato.

Nos despedimos de Bustamante y subimos por Malaquías Concha. A los pocos metros, divisé mi casa. La luz del farol estaba prendida. Es decir, mi mamá nos esperaba.

Hasta que llegó la hora, pensé. Mañana voy a estar en Pueblo Seco y todo esto será como una ilusión. Una ilusión que pudo transformarse en una

aventura bacán, si la vida fuera como en las películas... pero con nuestra suerte no nos alcanzaba ni para programa de televisión.

Mi hermano me preguntó si tenía llaves. Negué con la cabeza. Sin poder decir una palabra, yo estaba a punto de llorar. Pobre gil débil, pensé. Traté de no mirar a nadie, me tapé la cara e inventé un estornudo mentiroso. Pablo se palpó los bolsillos, pero yo no lo quise esperar; si mi mamá estaba en la cocina esperándome, era mejor entregarse manso y sin oponer resistencia.

Estiré mi dedo en dirección al timbre, con la intención de aligerar el peso de mi muerte, pero en ese instante el destino (y, hay que reconocerlo, mi único amigo) decidió hacerle una finta a la parca: Chupete me dio un mangazo como de rugbista maorí que casi me quiebra el brazo.

—Espera —dijo.

Lo miré. Parecía como si en media hora de silencio hubiera crecido dos años. O sea, seguía siendo un niño, pelado y feo, pero en sus ojos percibí algo extraño, algo como... sabiduría.

—Si entras ahí vas a terminar en un pueblo perdido el resto del verano —dijo mi amigo.

—Déjate de hinchar, gordo —dijo Pablo—. Esta cosa termina acá.

—Tú cállate —le respondió Chupete.

—¿Qué? —a mi hermano casi se le salieron los ojos.

—Me escuchaste perfectamente. Cállate, Pablo, ¡cállate, cállate, cállate!

Los gritos se escucharon en todo el barrio. Increíblemente, Pablo solo atinó a tirarse encima de Chu-

pete y taparle la boca. Si alguien nos veía, llamaba a los carabineros y nos denunciaba por el asalto a un imitador del goleador de la selección chilena, delito muy grave, según he escuchado.

En medio de la refriega, miré a la Dominga. Ella me respondió el gesto, y a los pocos segundos nos dio un ataque de risa. Desde el suelo, Pablo y Chupete dejaron de revolcarse y nos miraron como pidiendo una explicación.

—¿Se puede saber de qué se ríen el par de tarados? —preguntó Pablo.

—No sé —dijo la Dominga, para luego soltar una tremenda carcajada.

Fueron segundos de anarquía, pero me sirvieron para darme cuenta de algo: a pesar del ruido, mi mamá no había salido a la calle. Es decir, dormía profundo, probablemente gracias a alguna pastilla.

Ayudé a Chupete a ponerse pie, y luego miré a mi hermano y a la Dominga.

—En una de esas tenemos otra oportunidad —expliqué.

—¿Como cuál? —preguntó la Dominga.

Levanté los hombros y miré a Chupete. Después de todo, él había frenado mi entrega al enemigo. Sebastián Ortúzar, alias Chupete, más conocido como Chupetín por los amigos, se sacudió el polvo y le hizo un gesto obsceno a Pablo. Acto seguido, se aclaró la garganta y dijo:

—Una cosa que aprendí del fútbol es esto: la estrategia no sirve de nada si no le pones magia.

—Anda al grano, tarado —ordenó Pablo.

—Ya hicimos todo lo que la estrategia nos

ordenó. Es decir, conversamos con la gente, recopilamos los datos, fuimos directo a las fuentes.

—¿Y desde cuándo hablas como un hombre grande? —le pregunté.

—Desde hace tiempo, pequeñín. ¿Qué crees que hago los viernes y sábados en la noche? ¿Ir a fiestas?

—No, seguro que no —dijo con una sonrisa Pablo.

—Tú lo has dicho, musculín. No salgo porque soy gordo, tímido y sin gracia alguna. En vez de eso, leo libros, investigo sobre diferentes temas. Sigo a los grandes: Cruyff, Herrera, el Zorro Álamos, Menotti... Bielsa.

—Ese es un entrenador de fútbol —dijo la Dominga.

—En efecto, mariposa del Río de la Plata. Son entrenadores. Tal y como voy a ser yo cuando sea grande.

—Creí que querías ser jugador —dije. Chupete sonrió y explicó:

—No nos saquemos la suerte entre gitanos, Gabriel.

Pablo perdió la paciencia y metió la llave en la cerradura de nuestra puerta. La Dominga lo detuvo y le pidió clemencia.

—Esperá hasta que diga su idea.

Mi hermano dio un resoplido de búfalo cansado, giró y miró a Chupete. Fue el momento de más atención de su vida. Y como entrenador, explicó su táctica.

—No sabemos dónde está el hermano del Chuña. Por ende, tampoco sabemos dónde está él. Tenemos dos direcciones erradas y unas mamás que

nos esperan con el castigo más grande de nuestras vidas. Pero hay un dato que sí tenemos.

—¿Qué sería? —Pablo levantó sus cejas.

—El supermercado Eco le dio unos productos bacanes a la junta de vecinos que, para vergüenza mía, está a cargo de mi mamá. Son sus socios, amiguis, casi pololos. Yo busqué algún recibo en mi casa, pero no encontré nada.

—Ya... ¿y? —me acerqué a él.

—Lo que les decía. Ya ocupamos la táctica de lo correcto, lo que aparece en los libros. Ahora es momento de ocupar la magia.

—¿Y ves a algún mago por acá? —preguntó Pablo.

—No, pero para suerte de ustedes, tienen al frente a un niño con habilidades manuales —explicó Chupete, mientras del bolsillo sacaba su navaja suiza, herencia de su padre. Luego añadió:

—Llegó el momento de romper las reglas, cabros. Así que se los digo ahora para que después no haya malos entendidos: vamos a entrar a la junta de vecinos a la mala. Es decir, vamos a cometer un delito. Y el que no se atreva, mejor que se quede acá.

Ninguno se movió.

Chupete dio media vuelta y comenzó a caminar. Yo me apuré en acompañarlo. A los segundos, éramos los cuatro, otra vez.

Parecíamos una banda de vaqueros. Por un momento quise que mi papá estuviera cerca. De más que nos apoyaba.

* * *

Ubicada en la calle Alberto Baines, la junta de vecinos es una casa amarilla, con un letrero celeste y un jardín tan mal cuidado que prácticamente dice «somos pocos y nos importa nada».

No tuvimos problemas en saltar la reja. Si alguna vez hubo un rottweiler en el lugar, se había ido a huelga o simplemente se había muerto de depresión. Chupete encabezaba el grupo, mientras mi hermano Pablo se preocupaba de la retaguardia. Yo iba cerca de la Dominga, y por unos segundos me sentí como su hombre.

Cuando llegamos a la puerta, Chupete sacó unas pinzas desde la parte más pequeña de su cortaplumas y nos obligó a mantenernos callados. Como si el hecho de abrir una cerradura requiriera silencio, pensé.

Mi amigo se agachó, palpó la puerta y luego susurró unas palabras que, en mi modesta opinión, eran una especie de rezo pagano que alguna vez habrá visto en el Discovery Channel. Luego introdujo las herramientas en la manilla y la magia comenzó...

Pero la magia era tan mala que a los dos minutos nos dimos cuenta de que no iba tener resultado alguno. Entonces mi hermano se puso a su lado y le quitó las pinzas:

—¿Has hecho esto antes, gordo *chanta*?

Chupete tragó saliva. Me acerqué para brindarle apoyo moral, pero de inmediato vi su calva sudando como en un partido de eliminatorias. Lo mire serio:

—Oye, Chupete... ¿sabes hacer esto?

Negó con la cabeza.

Pablo dio otro de sus relamidos resoplidos de vaca con tifoidea, y se apoyó en la puerta. Yo lo imité. ¿Sería el final?

Por supuesto que no. A los segundos, la puerta se abrió por dentro y nosotros caímos en el suelo de parqué que tanto les gusta a las mamás.

Miré hacia arriba y vi a la Dominga.

—Las ventanas estaban sin cierre, era cosa de empujarlas.

No hubo tiempo de agradecerle. Chupete trató de volver al mando de la misión y avanzó con seguridad.

—Rápido, a la bodega.

Nadie pudo llevarle la contra. Cruzamos un living con aroma a coliflor, con diez sillas en un círculo del terror. Mientras seguíamos a nuestro guía, observé un par de oficinas viejas, un póster del alcalde que más odian los estudiantes de Chile y una cocina en penumbras. Fue en ese momento que me detuve. Apilado al fondo, se observaba el botín: cajas de microondas, sangucheras, tostadoras y hasta exprimidores de jugo. Todos envueltos en lindas cajas del supermercado Eco. Me acerqué a ellas y las toqué. No sé por qué lo hice. Tal vez quería sentir su peso, o simplemente acariciar el botín, todo el tesoro que se necesita para comprar a una persona.

Entonces alguien puso la mano en mi hombro. Y de inmediato supe que esa mano no era la de mis compañeros.

Giré, pero la luz de una linterna me dejó ciego por milésimas de segundo.

La figura dijo:

—¿Qué hace acá, jovencito?

No supe qué responder. Aún tratando de ver a mi acusador, lo único que atiné fue a sacarme la luz de encima.

—Te hice una pregunta, cabro...

Entonces lo vi. Sesenta años, barba blanca de chivo, ojeras marcadas y un olor a vino en el aliento. Don Juan Carrasco, viejo guardia del Club Italia. Me alegré por él, después de todo, tras el cierre de nuestro club, por fin había podido conseguir trabajo. El problema es que...

—¿Gabriel?

Efectivamente. Me conocía desde que era un niño. A mi papá le encantaba el *baby* fútbol y las canchas del club lo vieron brillar. Yo nunca me perdí un partido. Y don Juan...

—¿Qué haces acá, cabro? ¿Por qué?... ¿Tú mamá sabe de...?

Se le atolondraron las palabras, de la misma forma que a mí se me atolondraron los pensamientos. La voz no me salía y mi cara de asustado lo debe haber asustado a él también. Pasamos unos segundos de incredulidad, hasta que don Juan se separó unos pasos y dijo:

—Lo siento. Voy a tener que llamar a tu mamá.

—¡No! —supliqué, pero al momento me arrepentí. ¿Por qué no? ¡Agradece que no quiera llamar a los carabineros, Gabriel!

—¿Por qué no? —preguntó incrédulo.

—Porque...

No se me ocurrió qué decir. Al final de cuentas, soy un cabro chico que cuando le tocan cosas de grande, se chupa.

—Mire, don Juan...

Traté de explicarle, pero entonces alguien se metió en la conversación.

—Ahora no le podemos explicar —dijo Pablo.

Y acto seguido, le pegó a don Juan en la nuca con un trofeo tan horrible como toda la junta de vecinos. Y don Juan cayó.

—Como en las películas —dije. Luego levanté la vista, y en la entrada de la cocina vi a Chupete y a la Dominga, que con la boca abierta apreciaban el nuevo panorama.

—Ahora sí que estamos fritos —dijo Chupete.

Por un segundo, coincidí con él. Por suerte la Dominga se agachó, le tocó el cuello a don Juan y nos dijo:

—Solo se desmayó.

—¿Solo se desmayó? ¿Y qué esperabas? ¿Matarlo para cortarlo en pedacitos y tirarlo al río?

—No es momento para hacerse el gracioso, Gabriel —me dijo seria.

Yo no sabía si ponerme a llorar o a reír. ¡Ahora noqueábamos a la gente!

—Yo debería estar en Pueblo Seco —dije casi tartamudeando.

Pero nadie me dio mucha importancia. Chupete y Pablo se abalanzaron sobre las cajas, mientras la Dominga me informó:

—Revisamos la bodega. Está llena de cosas, pero no hay ninguna factura o boleta que nos dé alguna dirección.

—¿De qué estás hablando?

—Necesitamos saber de dónde vienen todas esas cajas. Debe haber algún lugar, alguna dirección, Gabriel.

—Acá no hay nada —dijo Pablo. A los segundos, Chupete asintió.

—Tal vez debamos irnos antes de que despierte —dijo mi hermano.

Nadie le discutió. Nos dimos vuelta, dispuestos a huir como los ladrones que éramos, pero justo antes de salir de la cocina me di cuenta de lo que me esperaba: don Juan se despertaría, las preguntas llegarían, y ya lo saben, tarde o temprano, alguien abriría la boca. Alguien como Chupete, seguramente, así que...

—Esperen...

Todos me miraron. Parecían esos suricatos esperando la orden del jefe de su manada para huir en medio de la selva.

Me acerqué al cuerpo de don Juan y revisé sus bolsillos. Luego, leí todo lo que saqué de ellos. Hasta que di con el tesoro.

—¡Acá está!

—¿Qué es eso? —preguntó Pablo.

—Alguien tenía que firmar para que dejaran estas cajas. Y ese alguien está acá, inconsciente, pero está.

Leí la guía de despacho y pronto encontré una dirección. La Dominga tenía razón: si supermercados Eco quería poner una megainstalación, antes tenía que partir con una sucursal pequeña, al menos una bodega.

—Está cerca —informé.

—¿Quién? —preguntó Chupete.

—¡El Chuña, *pos!* ¿O ya te olvidaste por qué estamos metidos en esto?

Capítulo 19

No nos costó llegar. Caminamos más rápido que de costumbre; don Juan podía despertar en cualquier momento. Qué bonito, pensé: antes, buscado por una madre a punto de perder la razón; ahora, encargado a todas las comisarias del país y acusado de noquear a un pobre nochero de la junta de vecinos.

Nunca pensé que alcanzaría la fama de esta forma.

La calle Colo-Colo no me gusta, entre otras cosas porque soy de la U. A Chupete, fiel hinchas del equipo albo, sí que le encanta, tanto que me susurró que estábamos en «terreno seguro». Ni siquiera me di el tiempo para contestarle. Divisé a unos pasos más adelante a Pablo y a la Dominga. Ella le tomó la mano justo cuando llegamos a la intersección con la calle Tegualda. Lo supe en el instante: ella tenía miedo y pedía protección al único hombre que se la podía dar.

¡Mi hermano ya era un hombre, maldición!

Se detuvieron y esperaron a que llegáramos. Frente a nosotros se levantaba una bodega de unos cien metros cuadrados. Era la dirección de la guía de despacho. El muro de la propiedad tendría unos

dos metros de altura, pero no se observaban púas ni alambres. Tampoco rayos infrarrojos u olor a caca de perro aburrido de que lo dejen cuidando un lugar así.

Pablo dio las órdenes.

—Voy a saltar el muro y rescatar al Chuña.

—Ya —dije—. Y si quieres nosotros te es-
peramos con el Batimóvil andando. O Chupete puede
armar una bola de fuego para que los malhechores
mueran quemados.

El combo fue directo a mi hombro, pero lo
esquivé, al mejor estilo de La Roca. La Dominga
retó a Pablo y me pidió que dejara de tirar tallas
desubicadas.

—Miren, lo peor es empezar a pelear en es-
tos momentos.

—Este *péndex* se debería haber quedado en
la casa —dijo Pablo.

—Oye, mal agradecido, gracias a mí esta-
mos acá —respondí.

—Yo noqueé a ese viejo —refutó Pablo.

—La media gracia. Tiene como mil años, bruto.

—Sí, pero tú estabas todo cagado de miedo.

—Garabatero.

—Pendejo metido.

—¡Se pueden callar, el par de boludos! —gritó
la Dominga.

Le hicimos caso, y un silencio acompañó
nuestra pequeña humillación. Hubiéramos seguido
así, de no ser por una voz que nos llamó la atención.

—Acá, giles...

Se escuchó lejana, algo débil, como si el
esófago estuviera aplastado por... No dudé: tenía

que ser él. Miré a las alturas y, apoyando la guata
en el borde de la muralla divisora, aprecié a Chupe-
te. Qué bonita imagen para publicar en Facebook,
pensé.

Con esfuerzo y dedicación, Chupete se pu-
do enderezar. Nos sirvió de vigía frente a la tormen-
ta, igualito a los piratas del Caribe.

—El patio está piola. No hay rottweilers.

—¿Ves luces prendidas? —preguntó la Do-
minga.

—No —respondió Chupete— Solo veo un...

Y entonces se cayó al otro lado. Pablo perdió
la paciencia y preguntó con ese tono insoportable.

—¿Qué ves, guatón feo?

—Veo... veo una camioneta negra... una ca-
mioneta negra regrande —concluyó, imitando el
tono argentino de la Dominga.

Mi hermano no perdió el tiempo. Con caba-
lletes nos lanzó a mí y a la Dominga al otro lado de
la propiedad. A los pocos segundos se reincorporó
a nuestro lado. Todo un superhéroe.

Caminamos en cuclillas hacia la parte trase-
ra de la bodega. Una escalera bajaba a una especie
de subterráneo, y a Pablo no se lo ocurrió otra que
seguirla. Descendimos por los escalones, tratando
de no meter ruido, hasta que topamos con una puer-
ta. Pablo intentó abrirla, pero estaba con pestillo.

¿Y ahora qué?

No se demoró mucho en responder mi pregunta
mental. Le dio una patada al vidrio y lo rompió.
Luego introdujo la mano y corrió el pestillo.

Okey. Ya éramos oficialmente unos niños-

rompedores-de-todas-las-reglas-imaginables.
¿Cuántas embarradas más nos podíamos mandar?

Respuesta definitiva: esto recién estaba comenzando.

El lugar era un típico subterráneo de fábrica. O sea, era la primera vez que yo veía el subterráneo de una fábrica, pero además de cientos de cajas, suciedad por doquier, algunas máquinas antiguas y un olor a amoníaco y caca de ratas-gigantes, todo era como en las películas. Feo, hediondo y oscuro.

Chupete me agarró la mano y no me importó. Como si aún estuviésemos en el Jardín Infantil Tolín, avanzamos cuidándonos el uno al otro.

Divisé una escalera que apenas se distinguía en medio de la oscuridad, así que subimos los peldaños con precaución, hasta llegar a un pasillo que se dividía en dos caminos. Cresta, pensé, hasta acá llegamos. El infinito y más allá. Pablo se dio vuelta, pero antes de que abriera la boca, dije:

—Ya sé. Acá nos dividimos.

—Tú te vas con la Dominga. Yo con el guataca.

Me quedé mudo. No, miento: *nos* quedamos mudos. ¿Qué pasaba por la mente de mi hermanito?

Imposible saberlo. Lo cierto es que nadie se atrevió a contradecirlo. La Dominga me tomó la mano —sonreí— y avanzamos hacia lo desconocido. Antes de perder de vista a los otros aventureros, giré mi cabeza y vi a Chupete. Su calva resplandecía en medio de la oscuridad. No me dejes con el monstruo, parecía suplicar.

Muy tarde, amigo.

Seguimos por nuestro laberinto. La Dominga abrió sigilosamente las cinco puertas con las que nos topamos. Nada. Típicas oficinas con archivadores viejos, escritorios de madera y calendarios de niñas piluchas, igualitos a los del garaje donde trabajaba mi papá.

—Los hombres son todos unos degenerados —dijo la Dominga con tono serio.

No le llevé la contra. En una de esas tenía razón. Pero... ¿qué era ser degenerado? Me imaginé a Pablo en esa pieza de la casa okupa, todo ansioso y... ustedes ya saben. Qué horrible es la vida, concluí. Yo, un niño enamorado, metido en todo esto por una mujer que no me pesca. Y más encima, arrastrando a mi mejor amigo.

Estaba en estos pensamientos cuando la Dominga me detuvo. De inmediato supe la razón. Luz a la vista, diría el vigía. Debajo de la puerta final del pasillo, cierto tipo de vida se vislumbraba. Ella movió la manilla con delicadeza, y entonces vino el comienzo del fin...

Nos dimos cuenta de que estábamos sobre una inmensa bodega repleta de productos del supermercado Eco. El suelo que pisábamos se transformó en una especie de riel que conectaba con una escalera para bajar al piso. En resumidas cuentas, estábamos en las alturas.

Y por si fuera poco, abajo vi al Chuña. Vivito y coleando. O al menos eso creí en un principio.

Pero volvamos al momento:

No avanzamos. Solo nos quedamos ahí, mi-

rando hacia abajo, donde el destino de un barrio se jugaba minutos de tiempo extra.

Dos hombres con terno y cara de gerente avanzaron hacia una mesa. Uno de ellos abrió un maletín y sacó unos documentos, mientras el otro mandaba unos mensajes con su celular. Luego se abrió la puerta y apareció. El mismísimo Chuña. De inmediato pensé, ¿qué hace el Chuña vestido así? Por primera vez en mi vida lo veía sin sus diez chalecos, sus bototos llenos de hoyos y sus tres pares de blue jeans puestos uno sobre otro. Ahora parecía... como lo digo... alguien normal. Espero que nadie se ofenda por esto, pero es la verdad.

A su apariencia se sumaba un corte de pelo y una afeitada al ras. Cómo cambia la gente, pensé. De inmediato miré a la Dominga, y vi que una lágrima corría por su mejilla. No, no llores, quise decirle. Pero no hubo necesidad. Ella me miró y dijo:

—Tranquilo, estoy bien.

—¿Estás segura?

—Sí, es solo que... no nos debimos haber metido en esto, Gabriel.

No supe qué decirle. Solo agarré su mano y la besé en la boca. Y ella se dejó.

Listo, podía morir tranquilo.

Pero a los segundos, algo nos volvió a la realidad. Uno de los gerentes dijo:

—Firme aquí.

Y el Chuña asintió. Miramos hacia abajo y vimos el momento en que estampaba su firma.

Bueno, es el final, pensé.

Pero por supuesto que no era el final. Esta

historia aún no tiene final, así que se podría decir que estábamos en ese momento parecido al que uno vive cuando está en el cine fascinado viendo una película y te das cuenta de que te has comido todas las cabritas. Es decir, estás frito. Tan frito como cuando desde una puerta en la planta baja, tres guardias de casi dos metros aparecieron arrastrando al verdadero Chuña.

¡Murió y resucitó!, gritarían en la iglesia.

Y dos veces, añadiría yo.

—Ese es el Chuña —susurró la Dominga.

—¿Y el otro? —pregunté.

—Su hermano. ¿Te acordás que te dije que venía de Perú? Se llama Ricardo Pérez.

Volvimos la vista abajo y pude ver cómo el «Chuña real» seguía intacto. A pesar de rozar la muerte, incluso después de haber pasado por el cielo-infierno-purgatorio, seguía siendo el mismo. De hecho, cuando le indicaron donde tenía que firmar, pescó el lápiz y lo lanzó lejos. Luego exclamó:

—¡No voy a firmar ninguna cosa!

Sí, concluí. Lo héroes nunca mueren.

—Hermano, es por tu bien —explicó el otro integrante de la familia.

—Vos no soy mi hermano, yo no tengo familia... yo soy... ¡yo soy único!

El Chuña trató de escapar, pero los fortachones no se lo permitieron. Pateó, tiró combos al aire y escupió una sarta de garabatos dignos de un vago bien nacido, pero no logró mucho. Uno de los hombres de terno indicó que era momento de pasar al plan B, y con solo una indicación de cabeza hi-

zo. que al Chuña se lo llevaran contra su voluntad. Cuando quedaron solos, el tal Ricardo preguntó:

—¿Qué van a hacer?

—Le dimos una oportunidad, pero la desaprovechó —explicó el gerente.

—Déjenme hablar con él.

—Ha hablado con él desde que llegó. Lleva más de veinticuatro horas tratando de convencerlo.

—Pero...

—Pero nada, Ricardo. Además, su hermano ya está muerto para todo el mundo. Ahora solo tenemos que hacerlo oficial. Lo que lo convierte a usted en el único heredero. Piénselo bien, después de todo, no es tan malo.

Se produjo un silencio mortífero.

Gente mala hay por montones. Uno no lo imagina, pero yo me estaba topando con ellos. Habían envenenado al Chuña para que creyésemos que estaba muerto, y en paralelo habían traído a su hermano desde Perú.

Y todo por una casa.

El hermano del Chuña asintió, firmó el documento y se retiró. Lo siguieron los hombres de terno.

Mejor salimos de acá, pensé. Pero la Dominga tuvo otra idea. Una mucho más mala, terrible, la peor del mundo, para ser sincero. No sé por qué le hice caso. Tal vez porque estoy enamorado de ella.

—Buscá a tu hermano y avisale —ordenó.

—¿Que le avise qué?

—¿Acaso no oíste? ¡Van a matar al Chuña!

—¿Y qué quieres que hagamos?

—¿Cómo que qué quiero que hagamos, Gabriel? Salvarlo...

—Sí, pero... ¿cómo?

—No tengo idea, pero voy a intentarlo.

—¿Te volviste loca?

—Andá y avisale a Pablo. Listo, chao.

Me besó la mejilla y bajó por la escalera metálica hasta la gran bodega.

No quise seguir mirándola. Quería salir de ahí. Tenía miedo, mucho, para ser sincero. Así que me di media vuelta y enfilé hacia el lugar por donde habíamos entrado, la bodega de la oscuridad. Se diría que prácticamente corrí. Por eso cuando llegué y vi a Pablo y a Chupete tirados en el suelo, creí que me estaban bromeando. Mi hermano solo atinó a decir:

—Agáchate, que hay guardias en todas partes.

Miré hacia afuera. Luces de linternas alumbraban por todos lados. Yo me arrastré a su lado y entonces percibí el olor a miedo. Pablo me preguntó:

—¿Y la Dominga?

—No está —expliqué.

—Sí, tarado, eso ya lo sé. ¿Dónde está?

—Se fue.

—¿Se fue dónde?

—A salvar al Chuña, Pablo. ¿Estás contento? Tu polola se fue a salvar al Chuña antes de que lo maten. Y de paso, seguramente la van a matar a ella. ¿Suficiente? Ahora puedes dejar de hincharme y dejarme tranquilo.

No hubo respuesta de Pablo porque justo en ese momento una puerta se abrió y las luces de las

linternas empezaron a husmear el lugar. Por suerte estábamos tras unas cajas, así que no nos vieron. Pero para serles sinceros, la cosa no pintaba muy bien.

* * *

Como les relaté al comienzo de esta historia, mi amigo Chupete se acaba de hacer pipí en los pantalones. A eso súmenle el enojo de mi hermano por haber dejado sola a la Dominga, más la disyuntiva que nos aqueja el cerebro, pero que ninguno se atreve a decir en voz alta: ¿qué hacemos? ¿Salvamos a la Dominga y al Chuña o salvamos nuestro pellejo?



Capítulo 20

Cuando las luces de las linternas desaparecen y los malos cierran la puerta de la bodega, Pablo se pone de pie. Se mantiene en silencio unos segundos y piensa... ¿Piensa? Ya no sé. Es mi hermano, lo quiero —también lo odio— y aunque me dé rabia, he decidido hacerle caso en todo. De ahora en adelante, él es el líder.

Así que cuando decide salir al patio trasero, lo sigo. Chupete se nos une a duras penas, y como soy bueno, no menciono el hecho de que su pantalón está pasado a orina. Sí, pipí. Cuando creía que lo había dejado para siempre...

Salimos por la puerta de atrás y corremos hacia la muralla. Como por arte de magia, la saltamos sin problema. Es la adrenalina. Cuando nuestros pies tocan la calle Tegualda, un sacudón de seguridad me recorre el cuerpo. Pero Pablo se encarga de traerme al planeta Tierra de inmediato.

—Váyanse a la casa. Esto se puso muy pesado —advierte.

—Ya estamos en la calle, no nos pueden hacer nada —dice Chupete, casi como preguntado.

—Gil, por algo secuestraron al Chuña. Esta gente es mala.

—¿Y qué se supone que debemos hacer en la casa? ¿Soñar con los angelitos? —pregunto.

—¿Llamar a los pacos? —dice Chupete.

Pablo duda. Después de mucho tiempo —años, diría yo— no tiene la menor idea de qué hacer. Mi hermano no piensa mucho, pero sabe actuar. Así que gira y camina hacia la entrada principal de la casona, decidido y dispuesto a dar la vida por su princesa.

Con Chupete, paralizados, vemos cómo Pablo se pierde al dar la vuelta en la esquina. ¿Qué hacer ahora?

—Vamos a mi casa —propone Chupete.

—¿Qué vamos a hacer?

—No tengo idea, pero prefiero salir de esta, Gabriel.

No digo nada. Tal vez tiene razón. Mi fiel amigo tiene todas las de ganar. Pero si quieren que les sea franco, al menos esta vez, no me importa perder. No voy a dejar que mi hermano Pablo se salga con la suya. Voy tras él.

¿Me hago el valiente por la Dominga o por el Chuña? ¿O tal vez solo porque ya era hora de serlo? No tengo respuesta. Escucho que Chupete me dice algo a lo lejos, pero no miro hacia atrás. Sé que me está dando una explicación absolutamente normal del porqué no se une a mí. No te preocupes, fiera, tú sigue en lo tuyo, que yo...

Al dar la vuelta veo a Pablo. Se sorprende al verme, pero no dice nada. Frente a él, una puerta metálica y un citófono. Y sobre nuestras cabezas, una cámara de vigilancia. Nos miran en todo el mundo, sonrían, pensé.

Sin dudarle ni un momento, toco el citófono. Pablo me golpea la mano, pero ya es demasiado tarde. A los pocos segundos, una voz pregunta:

—¿Qué quieren?

—Oiga, se nos cayó una pelota —explico.

—¿Una pelota?

—Sí, de treinta y dos cascos, Adidas, casi nueva.

—Oye, cabro chico... son casi la 1 de la mañana.

—¿Y qué? Es verano...

—Anda a joder a otro lado —concluye mi interlocutor, y corta.

Miro a Pablo con cara de pregunta. Mi hermano no lo piensa dos veces y salta por sobre la puerta con agilidad sobrehumana. De inmediato una alarma suena en todo el lugar. Me trepo para apreciar la situación y veo en el estacionamiento la famosa camioneta negra. Pienso: tal vez el Chuña sigue con vida. Dos guardias (distintos a los que agarraban al Chuña) salen con lumas y —creo— pistolas en sus cinturas. Siento la muerte tocándonos los talones. Pablo se acerca hacia ellos, desafiante, demasiado seguro de sí mismo.

—Oye, cabro chico, ¿qué te *hai* creído?

—¿No oíste a mi hermano? Te dijo que se le cayó la pelota —dice provocativo.

—Esto es propiedad privada, así que vira —advierde el guardia.

Pero Pablo no se mueve y dice con una insólita paz interior:

—Solo vinimos por la pelota...

Algo pasa en las mentes de estos señores. Yo creo que están acostumbrados a que los reten y les «echen la foca».

¿Y qué hacen cuando un joven les dice que viene por una pelota?

Respuesta definitiva: nada. Como decía mi papá «lo que naturaleza no da...».

—¡Te dije que te *fuera*!, mierda!

El otro guardia empuja a Pablo y me entra un miedo tremendo. Y cuando eso pasa, me quedo mudo. Pablo cae al suelo. Un fortachón lanza una patada, pero mi hermano le agarra la pierna con sus manos. No sé cómo lo hace, pero logra botar al tipo. No tiene tanta suerte con el otro tarado. Recibe un lumazo en la espalda, pero no dice una palabra, aguanta como un hombrecito. Pobre Pablo, pienso. Nunca lo he visto llorar, en cambio yo...

—¡Paren! —grito con todos los pulmones.

Y acto seguido, me pongo a llorar. Pobre de mí. Y más encima, nadie me pesca. Asomado en la puerta, veo cómo esos dos hombres golpean a un niño de dieciséis años. No es justo, pienso. No deberíamos estar metidos en esto. ¿Dónde están los papás cuando uno los necesita? ¿Y las mamás? Para qué hablar de la justicia divina...

Yo les voy a decir donde están: en ningún lado. Con suerte, en tu imaginación, en tus recuerdos, en viejas fotografías de álbumes guardados en un mueble de madera que nadie abre. En cambio ella, esa voz argentina, la figura de nuestro ángel guardián, siempre está ahí...

—¡Dejalo, bestia, dejalo!

La Dominga aparece de la nada y se les tira encima a los guardias. Ellos no entienden absolutamente nada. ¿De dónde salen estos jovencitos con el pelo raro?, parecen preguntarse. Ninguno responde, pero por suerte dejan de golpear a mi hermano y la Dominga lo ayuda a ponerse de pie.

—Vamos —dice.

—Pero... —Pablo trata de decir algo, pero su novia es firme.

—Vámonos, Pablo.

Ya en la calle, Pablo escupe sangre. Vaya héroe de película. Nos alejamos unos metros para poder hablar tranquilos. Cuando creemos que estamos a salvo, Pablo le pregunta a su polola:

—¿Viste al Chuña?

—Sí. Lo vimos con Gabriel. Después bajé a una bodega gigante, pero no pude avanzar hacia donde se lo llevaron. Así que volví por donde habíamos entrado. Cuando no los vi, me asusté. Luego escuché que te agarrabas a trompadas con alguien. Por suerte estás bien.

—Tenemos que volver —dice Pablo.

—No. Ya no podemos hacer nada, Pablo —concluye la Dominga.

Y tiene razón.

Siento que ya es demasiado tarde para cualquier cosa. Pablo no lo dice en voz alta, pero todos sabemos que hemos perdido.

El club de los perdedores.

Bienvenidos a nuestras vidas.

Capítulo 21

Caminamos en silencio hasta Malaquías Concha. La Dominga le agarra la mano a Pablo. Ya no me importa; después de todo, al que golpearon fue a él. Yo sigo intacto. Me espera una cama y un tremendo reto. En una de esas me mandan a duchar en plena noche y con agua fría. Pero más allá de eso... ¿qué? Nada, comparado con lo que puede estar sufriendo el Chuña. Lo sabemos pero no lo decimos en voz alta. Somos zombis. Alguien que conocemos puede estar muriendo en estos momentos. Nos hemos enfrentado a un monstruo de carne y hueso. Pienso: para qué buscar dragones, brujos malignos, hombres lobo o marcianos, si los verdaderos malos están entre nosotros.

—¿Qué va a pasar ahora, Pablo? —pregunto.

Levanta los hombros.

—Yo creo que nos van a mandar a Pueblo Seco —digo—. La mamá debe estar histérica.

—Yo no me voy a mover de acá, Gabriel —dice serio. Acto seguido, mira a la Dominga, que asiente.

—¿Y qué van a hacer? ¿Van a vivir en esa casa okupa?

La Dominga se ríe. Junto a Pablo hacen como que soy un cabro chico que no entiende nada y siguen caminando. Entonces me detengo. Ellos siguen bajando, y solo a mitad de la cuadra se dan cuenta de que no voy a su lado. Pablo gira y grita:

—¿Qué haces ahí parado? ¿Quieres que la mamá te mate?

—¿Sabes qué, Pablo?

—¿Qué?

—Váyanse a la cresta. Tú y la Dominga.

Por fin, lo tenía atragantado hace tanto tiempo, que ya era hora. Una confesión: ¡qué bien se siente! Desahogarse, ser libre, poder decir directamente las cosas en la cara. Me siento como nuevo, como si hubiera cumplido la mayoría de edad de un paraguazo. La adrenalina me recorre el cuerpo y comprendo que debo correr. Huir. Virarse de una buena vez. Miro Irarrázaval a lo lejos. No sé por qué, pero me dan ganas de llegar hasta el Estadio Nacional. Tengo un breve chispazo de una ida con mi papá a ver a la U. Jugaba Montillo. Los dos nos reímos, lo pasamos increíble, hablamos de cosas sin importancia, pero hablamos.

Quién sabe. Tal vez los fantasmas juegan pichangas en la noche. Me gustaría verlos. También me gustaría oír roncar a los vagos de todas las plazas de Santiago, subirme a los árboles, relatar finales en el Maracaná, ser Alexis Sánchez en todos los pastos antes de que los jardineros te echen.

Sigo corriendo. Me siento bien y por unos segundos me olvido del Chuña. No te mueras, socio, es lo único que puedo desearle. Yo ya no puedo

hacer más. Escucho pasos que me siguen, deben ser los de la Dominga. Lo siento, bonita, pero hoy no puedes detenerme. Nadie puede, a menos que...

Me freno en seco en la esquina de la calle Emilio Vaisse y Tucapel. Por una ráfaga de segundo creo que estoy soñando. Pero cuando llegan Pablo y la Dominga, y ella dice un «que lo parió», me doy cuenta de que esto es verdad. Nítidamente y hasta casi ridículamente real.

Frente a nosotros hay un carro de bomberos. Grande, único, antiguo y nuestro. Chupete está en el asiento del copiloto y sonrío estúpidamente. Sobre la polera de la selección chilena, el uniforme de bomberos se le ve demasiado grande. Pero hay que reconocerlo: lo usa con orgullo. Al igual que el tío Rodolfo, que maneja el tremendo carro. Como si nada, se asoma por la ventana y dice:

—¿Qué esperan?

Nos miramos con la Dominga y Pablo. ¿Esperar?

Me siento como Han Solo en *El regreso del Jedi*. A mi hermano le encanta esa película. Es como antigua, pero a él le gustan ese tipo de héroes. En fin. Cuando Han es rescatado por sus amigos, dice algo así como «me ausento un tiempo y a todos les dan delirios de superhéroes».

Chupete zanja cualquier duda y explica con urgencia.

—Súbanse a la bomba. Vamos a ir a sacar al Chuña... ahora, ¡rápido!

No nos da tiempo de ponernos a reír. O llorar. Ustedes eligen. La Dominga se la juega prime-

ro. Pablo me agarra del cuello y me obliga a saltar a lo desconocido.

Comienza a sonar la sirena. El barrio ya está acostumbrado, así que nos movemos con tranquilidad. Colgados como en las micros en hora punta, Chupete nos hace una seña para que nos vistamos de bomberos. Me parece una idea absolutamente ridícula, pero la acepto bajo estas extraordinarias circunstancias. A la Dominga se le arranca una sonrisa encantadora, tanto que me arrepiento de haberla mandado a buena parte hace unos minutos. Pablo se niega a vestirse de algo que no sea *cool*, pero su polola es más fuerte.

Las curvas son cerradas, la velocidad aumenta. Nos acercamos al corazón del peligro, al nido de la maldad, al epicentro del enigma.

Entonces me asalta una duda: ¿cómo demonios vamos a entrar a ese lugar si solo somos un grupo de niños? Ah, y un señor que para el resto del barrio es sinónimo de borracho.

Supongo que mi hermano también lo imagina, porque cuando agarramos Tegualda, advierte:

—¡Esto es una estupidez!

Y tiene razón. No con esas palabras, pero tiene razón. Esto es imposible, una soberana tontería. Me arrepiento de mi corrida y de haber aceptado la invitación de Chupete. Quiero huir. Ahora.

Entonces sucede algo extraño. El carro se detiene justo en la intersección con la calle Colo-Colo. Veo la gran bodega del supermercado Eco y me tiemblan las rodillas. Pero al bajar del camión me siento más seguro: en la calle, esperándonos

con sus respectivos uniformes de bomberos, hay al menos veinte hombres. Mi mamá diría «viejos patéticos», pero yo soy más benevolente. El tío Rodolfo nos informa:

—Este es mi ejército. Bomberos de tomo y lomo, la mayoría ya retirados, pero que saben que acá están pasando cosas extrañas. Y si vamos a salvar a este barrio, entonces lo vamos a hacer entre todos. ¿No es así, compañeros?

El resto de los señores lo aplauden. Me siento como en un concierto de rock.

El tío Rodolfo reparte órdenes. Dos señores desenrollan tremendas mangueras y avanzan como un ejército hacia la Bodega del Mal. Al parecer, a nadie se le ha ocurrido detenerse a pensar que no hay fuego por ningún lado.

—Eso es lo de menos —me responde Chupete cuando le comento el pequeño detalle. Luego añade:

—Un bombero no necesita de un incendio para rescatar a la gente que sufre.

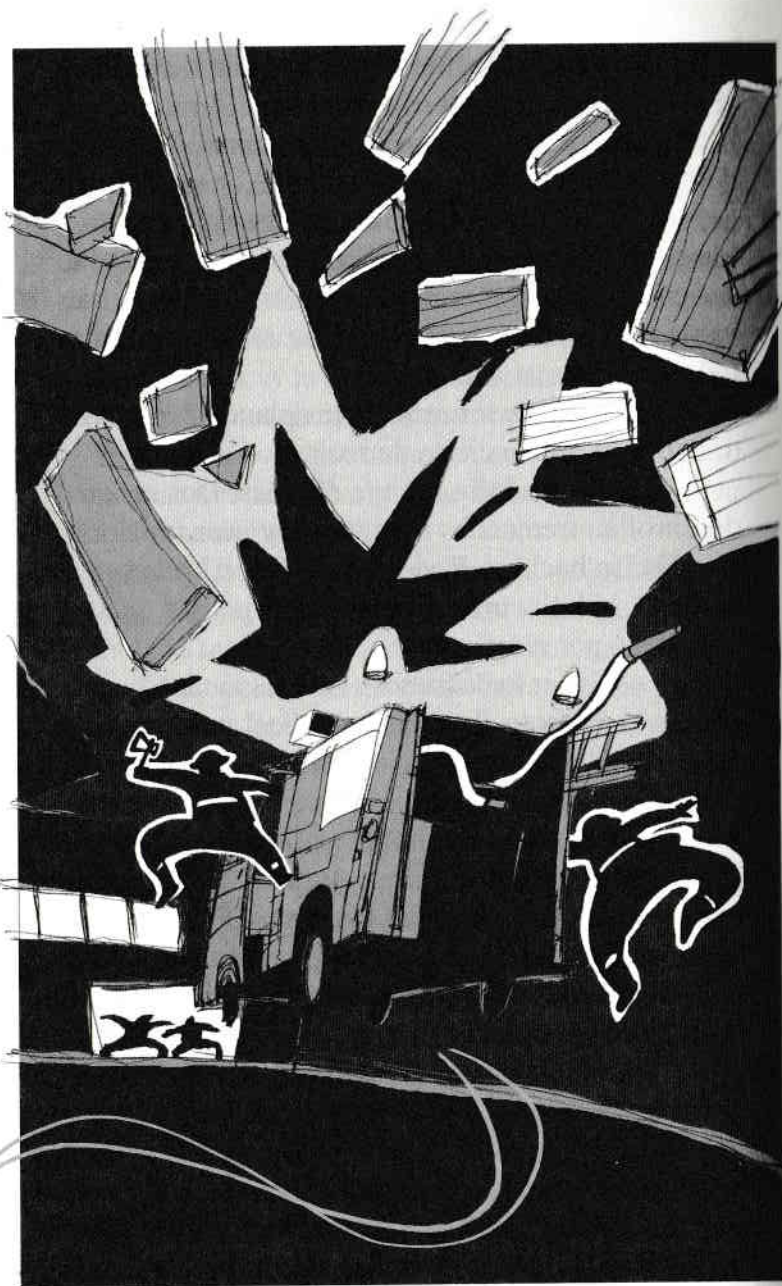
Ojalá tenga razón.

Nuestra gente rompe la puerta de entrada con hachazos. Suenan las alarmas. De inmediato salen los guardias. Los bomberos de la tercera edad ni siquiera los toman en cuenta y corren hacia el interior de la bodega.

Deséennos suerte. Acá vamos.

* * *

—¡Entren por las ventanas y rodeen la bodega! Quiero un informe detallado de todas las piezas



del lugar. Vean si tiene tapones o automático. Pato, bloquea la calle con los conos. Eusebio, un inventario de cualquier tipo de material inflamable. Leonel, tú encárgate de ver los grifos, quiero que estén funcionando en caso de que dé la orden. ¡Vamos, muchachos, vamos que hay poco tiempo! —ordena el tío Rodolfo.

Nos situamos tras él y vemos cómo capitanea el barco como Bielsa, mi entrenador favorito. Sonríó al pensar en el extraño hecho de que los borrachos pueden ser, a veces, los más temerarios. El Chuña, el tío Rodolfo...

Chupete mira a su padre con admiración. Ya estamos en el jardín de la propiedad del enemigo, y no nos separamos el uno del otro. Mi amigo nos relata:

—Cuando llegué a la casa lo vi sentado en esos sillones horribles que tiene mi mamá. Estaba con los ojos cerrados, pero no dormía. Me dijo que nos estaban buscando por cielo, mar y tierra. Le pedí perdón, pero me respondió que no le importaba. Entonces le conté todo. Le hablé del Chuña, de la bodega, de nuestros intentos patéticos por sacarlo. Entonces, se levantó como un resorte y dijo: «Esto es todo. Me aburrí».

—¿Y? —pregunto.

—¿Cómo que «y»? ¿Te parece poco?

—Por cierto que no, Chupetín. Esto, sea lo que sea, es más grande de lo que jamás imaginamos.

El tío Rodolfo, siempre rodeado de los dos guardias, avanza hacia la puerta de la bodega. Uno de ellos nos mira incrédulo y pregunta:

—Oigan, si esto es por la pelota de fútbol...

Me da un ataque de risa que combato pensando en lo feo que debe ser Pueblo Seco. El tío Rodolfo ni siquiera responde a la pregunta del guardia. Empuja la puerta de la propiedad con fuerza, momento en el cual los dos fortachones que arrastraban al Chuña le bloquean la entrada.

—Váyase por las buenas o llamamos a Carabineros.

—Nos acaban de reportar un incendio, señor —responde el tío Rodolfo—. Y no me voy a ir de acá hasta hacer una revisión exhaustiva de toda la bodega, incluido el instrumental.

—¿Acaso no me oíste, viejo decrépito? —pregunta uno de los chicos malos, quien en esos momentos se abre la chaqueta y deja ver una pistola.

Nos quedamos todos en silencio. El tío Rodolfo se frena. Estoy seguro de que tiene un acceso de miedo que le recorre el cuerpo. Su hijo, alias Chupetín (para nosotros, los amigos) se adelanta unos pasos y le da la mano. Se la aprieta con fuerza, pero su padre no reacciona. El otro guardia sonríe, está a punto de cerrarnos la puerta en las narices, pero entonces nuestro gran-súper-defensor lo empuja. ¡Empuja y entra a la bodega, amigos! Como si nada, señores. El tío Rodolfo es ahora un superhéroe.

Inmediatamente se produce una especie de guerra mundial. Los dos guardias se lanzan sobre el tío Rodolfo, que cae igualito a Messi cuando le dan una patada. Chupete grita medio histérico pidiendo ayuda, y unos cinco bomberos-vejates se meten en la pelea.

Estamos en un pasillo que nos comunica con la bodega en donde vimos al Chuña por última vez. La más inteligente del grupo (obvio, la Dominga) nos agarra a mí y a Pablo y nos hace una seña para que la sigamos. Saltamos por sobre los hombres que se revuelcan en el piso y avanzamos. Cuando llegamos al lugar del avistamiento, me entra el miedo: no hay nadie. Corro hacia la ventana y veo que la gran camioneta negra se aleja. Temo lo peor. Le indico a Pablo que se me una, pero no me hace caso. Decide volver al pasillo y patear las puertas de las oficinas. *Okey*, supongo que es lo que siempre ha soñado. Ha visto demasiada televisión. Me pregunto por qué no las abre como gente normal, pero la verdad es que no tengo tiempo ni ganas de averiguarlo. Entramos tras él a la primera oficina. Nadie. Solo un par de computadores y un gran mapa de Santiago, repleto de tachuelas que indican lugares de venta. Malditos *retails*, decía mi papá, van a terminar dueños del mundo. Papi: tenías razón.

La palabra *muerte* ronda con demasiada frecuencia en nuestras cabezas, en especial desde el momento en que entendimos que al Chuña lo iban a matar por negarse a vender la casa que alguna vez perteneció a su familia.

¿Haría yo lo mismo?

No tengo respuestas. Ey, no me malinterpreten, me gustan los parques, jugar fútbol al aire libre, los árboles, pero también me encantan los Play Station, escuchar música en mi MP4 y ver cine en 3D.

«El progreso llega tarde o temprano», respondía mi mamá cuando mi papá se enojaba con los supermercados y sus tarjetas.

Sí, todo llega. Incluso la muerte.

—¡Acá está! —grita mi hermano al entrar a la otra oficina.

Avanzo en su dirección y siento un escalofrío que me recorre por la espalda. Pablo se tira al suelo y de la boca le quita una cinta adhesiva al Chuña, que además tiene atadas las manos. Ninguno es capaz de articular una sola palabra. El Chuña está claramente en *shock*, y me doy cuenta de que si Pablo abre la boca, se va a poner a llorar.

Bajo el umbral de la puerta de la oficina, junto con la Dominga, suspiramos. Lo hemos logrado, pienso. Le doy la mano a la chica de mis sueños, pero ella no responde el gesto. *Okey*, no hay problema. Es la emoción. Ya habrá tiempo para los abrazos, los besos, las felicitaciones, los recono...

—Ey, ¿¡qué se han creído...!?

Giramos y vemos a uno de los guardias en medio del pasillo. Además de un ojo en tinta y de su traje bastante maltrecho, sigue vivo, igual de gigante y musculoso. Otra vez la palabra *muerte* me viene a la mente. Más aún cuando de su chaqueta saca una pistola.

¡Esto no es justo!

—Dejen a ese hombre si no quieren que los mate a todos.

La duda nos inunda el cuerpo. A lo lejos escucho la pelea del tío Rodolfo y los otros bomberos por entrar. Pero este mastodonte no es tan tonto como pensé, y nos empuja a mí y a la Dominga dentro de la oficina. Tras de sí, cierra la puerta. En resumen, estamos solos. Ni siquiera hay un teléfono

para llamar a Batman. Todo es culpa de mi mamá: nunca ha querido comprarme un celular.

El guardia avanza hacia el Chuña, quien se pone de pie a duras penas, siempre ayudado por Pablo. Mi hermano no hace ademán de separarse del Chuña, incluso cuando lo apuntan con la pistola.

—Sepárate del vago.

—No —responde tajante.

—Córrete te dije.

—No lo voy a dejar.

Lo miro. Y lo respeto. Me da tanta rabia su valentía que tengo que comerme todos mis insultos anteriores. La Dominga se ha quedado paralizada a mi lado. ¿Todavía lo amará? ¿Alguna vez me mirará con esos ojos?

—Tranquilos, tranquilos —dice el Chuña. Por primera vez en mi vida lo veo sereno, mucho más despierto que todos nosotros. Mira directamente al hombre de la pistola y dice:

—Déjalos ir. Déjalos ir y yo me quedo con ustedes.

El grandulón duda. Sigue apuntando a Pablo, que no suelta al Chuña. Entonces algo raro sucede. El vago de nuestro barrio le habla a mi hermano de una manera única, casi paternal. Le susurra algo al oído, mientras le pone una mano en el hombro. Tras unos segundos, mi hermano asiente. Luego se funden en un abrazo gigante y Pablo camina hacia nosotros.

El guardia avanza hacia el Chuña, con claras intenciones de no dejarlo salir nunca más de esas cuatro paredes. Y entonces, cuando Pablo y el guardia se cruzan, el Chuña da un alarido gigante.

Es la señal. La misma que dio la noche de los *skin*. Es —y ahora lo entiendo bien— su grito de guerra.

Pablo le da una fuerte patada en la rodilla al guardia, quien se hinca con una mueca de dolor. El Chuña lo remata con una patada en la cara. Así no más.

¿Han visto una patada en la cara? Yo nunca. Hasta ahora, claro. El sonido es seco. En este caso va acompañado de un pequeño crujido, que supongo debe ser el sonido de la nariz cuando se quiebra. Qué les puedo decir. Ojalá nunca recibamos una patada en la cara.

El guardia cae como saco de papas al suelo y el Chuña lo noquea con un par de patadas en las costillas. La Dominga tiene que detenerlo.

—Es la adrenalina, mijita —se disculpa.

Levanto las cejas. Pablo se ha quedado con la boca abierta. Debe ser la adrenalina, pienso. La Dominga indica la ventana que da al patio y ordena:

—Hay que salir, rápido.

Ninguno le discute. El primero en arrojararse hacia el vacío soy yo. Es una caída de un metro y medio, que sorteo con dignidad. Luego la Dominga y tras ella, Pablo. Pero cuando llega el turno del Chuña, sucede lo imposible: logra sacar su cabezota, pero su gran trasero queda atascado.

—¡Gordo culón, empujá! —pide la Dominga.

Es para reír y llorar al mismo tiempo. Al menos a mí me da esa sensación. Pablo se urge y le pide al Chuña que extienda sus brazos. Haciendo una especie de contrapeso, trata de sacarlo, mo-

mento en el cual escuchamos una voz que proviene desde dentro.

—Para o te meto una bala en el potto.

Es el guardia. Ha despertado. Es el fin. Estuvimos cerca, pienso, casi nos salvamos. Pero al mirar al Chuña, veo que no lo duda y le ordena a Pablo con todas sus ganas:

—¡Empuja fuerteee!

Y casi en paralelo, se producen dos hechos desafortunados:

1. El Chuña logra salir de su «atasco» y cae sobre mi hermano.
2. Antes de sacar su grande y hediondo trasero de la ventana, el guardia dispara.

De esta manera, el Chuña aterriza con su trasero sangrando. Hay un penetrante olor a pólvora en el ambiente, pero no nos importa. Corremos hacia la muralla y la saltamos. Cuando estoy en el borde, giro mi cabeza y me doy cuenta de que los bomberos han logrado hacerse de la bodega. En la puerta, Chupete levanta su mano, como dándome a entender que el camino está libre. En la calle Colo-Colo, Carabineros y un auto de la municipalidad han llegado a poner orden.

¿Quién ganará? No me importa. Hemos cumplido con nuestra misión. Sanos y salvos, y con una bala en el trasero de nuestro amigo, podemos huir en paz.

Capítulo 22

Dejamos el almacén de doña Graciela y caminamos en silencio. El Chuña nunca habla mientras come helado. Le gusta el Chocolito, porque es parecido a los helados que consumía cuando era niño. Los tiempos han cambiado mucho, repite sin cesar, y ahora que no toma vino, le ha bajado la añoranza por su niñez.

A Pablo le da una lata terrible que la gran actividad en Pueblo Seco sea salir a la plaza, comprar un helado y dar vueltas esperando que algo ocurra. En el mes que llevamos de retiro obligatorio, jamás hemos hablado con nadie más que no sean mis abuelos. Su casa queda un poco apartada de la plaza, pero como este poblado no tiene más de diez calles, ustedes comprenderán que el trayecto al «centro neurálgico» es más bien un chiste.

Lo que sí es un hecho es que no podemos sentarnos en las bancas de la plaza. El trasero del Chuña aún no cicatriza, y aunque le extrajeron la bala la misma noche de los hechos, todavía tiene un gran parche que, entre otras cosas, lo obliga a dormir de lado. Al menos, en esa posición, mi hermano se ha ahorrado sus ronquidos.

Lo único diferente en los últimos treinta días es que hoy llega la Dominga. El tema de en

qué pieza dormiré no se ha tocado en público (o al menos yo no lo he oído), pero me tinca que el Chuña se vendrá a dormir conmigo para dejar a los tortolitos reencontrarse.

Sí, claro que me molesta, pero tampoco tanto. En este tiempo, he aprendido que no hay que apurar las cosas.

Lo comencé a entender la noche en que rescatamos al Chuña. Aún sangrando y con el miedo de perderlo en medio del Barrio Italia, corrimos hacia nuestra casa. Grande fue mi sorpresa cuando abrimos la puerta y vimos nada menos que a mi abuelo en el living. A su lado, mi mamá se fumaba su decimocuarto cigarro de la noche.

No hubo gritos ni reproches, más bien miradas y secretos develados. Mi mamá llamó al Chuña por su nombre, Jaime Pérez, y entendí que la vergüenza y los silencios de tantos años estaban por explotar. La Dominga trató de explicar los hechos, comentar que habíamos rescatado al Chuña porque era el último heredero de un imperio, pero mi abuelo la interrumpió.

—No nos dices nada nuevo —respondió, para luego mirar al Chuña y continuar—. Muchachos, tenemos dos opciones: o vamos a un hospital y tendremos que explicar por qué tiene una bala incrustada en su trasero, o la sacamos aquí y ahora, con materiales más rudimentarios. Ahora bien, soy agricultor, y en muchas ocasiones he tenido que curar a mis animales. También le he disparado a pumas y a perros que tratan de comerse a los terneros. Sé lo que es disparar, y también sé lo que es curar.

Ahora, si usted quiere que lo ayude, va a tener que aguantarse, porque esto va a doler.

—¿Tiene algún trago? —preguntó el Chuña.

—Whisky. ¿Te traigo un vaso? —preguntó mi mamá.

—Mejor la botella —ordenó el Chuña.

Esa fue la última vez que el Chuña probó una gota de alcohol.

Lo que vino a continuación fue una lluvia de garabatos, mezclada con un sinnúmero de toallas manchadas con sangre, agua oxigenada, povidona y el sonido de una bala cayendo en un plato donde alguna vez comí pollo con arroz. Apoyado boca abajo sobre la mesa del comedor, el Chuña mostró el trasero a quien quisiera apreciarlo. Mi abuelo se sentó con unas pinzas e hizo lo suyo, auxiliado por mi mamá y la Dominga. Con Pablo nos dedicamos a correr por la casa, proveyendo de los materiales que nos pedían.

A eso de las 6 de la mañana, suturaron uno de los cachetes del Chuña. Cuando amanecía, supimos el veredicto:

—Lo que han hecho puede tornarse en algo peligroso. Lo mejor es que desaparezcan por un tiempo —explicó mi abuelo.

Nadie lo contradijo. Pablo pidió que se incorporara a la Dominga, pero fue ella la que le dijo que no se preocupara.

Salimos con los primeros rayos de sol. Subimos a una camioneta Ford que hace tres décadas fue una novedad. El Chuña estaba hasta las nubes de medicamentos, y en el trayecto a Pueblo

Seco balbuceaba palabras de su niñez. Habló del Colo-Colo del 73, de Caszely y de Chamaco, de su mamá y del sonido de las sirenas de los carros de bomberos. El resto —o sea mi abuelo, Pablo y yo— apenas abrimos la boca. Fueron seis horas casi en silencio.

Llegamos a almorzar. Mi abuela no hizo preguntas y tampoco le quisimos contar mucho.

* * *

De eso hace ya casi un mes.

Pablo mira su reloj y anuncia lo que todos sabemos.

—Ya es hora.

A lo lejos se ve la micro suburbana que trae el preciado tesoro. Se estaciona frente a nosotros. La Dominga es la primera en bajar. Se ve mejor de lo que la recordaba.

—¿Qué hacés, galán? —pregunta mirando a los ojos a Pablo.

Lo abraza y lo besa como si el mundo se fuera a acabar, y estoy seguro de que, por un momento, mi hermano tiene ganas de llorar.

Yo, al menos, me estoy aguantando.

Tras los besos apasionados y los secretos y las risas, la Dominga se da cuenta de que el Chuña y yo también existimos.

Me abraza con fuerza. De su mochila saca la camiseta roja de la selección y dice:

—Te la mandó Chupete.

—¿Cómo está? —pregunto.

—Gordo, feo y bronceado. Estuvo tres semanas en El Quisco con su viejo. Ni que los hubieran escondido —dice con tono irónico.

Me río. Quiero preguntarle miles de cosas, que me haga una exposición detallada del último mes que ha pasado, pero la Dominga mira al Chuña y sus ojos se llenan de lágrimas. Nuestro-ex-vago-amigo la rodea con los brazos y la cubre con su tranquilidad zen.

—Tranquila, mi niña, ya estamos todos bien, tranquila.

La Dominga sigue haciendo pucheros, y tras unos minutos, nos mira con una sonrisa.

—Qué boluda soy —dice.

—No pasa nada. Mira, los abuelos de este par prepararon un banquete. Así que vamos y no hagamos más *show*.

Decidimos que es lo mejor y caminamos en silencio. La Dominga abraza con mucho cariño al Chuña y le dice:

—Hueles increíble.

—Es que ahora me ducho todos los días. Si no, los tatas me echan.

—Claro. Siempre supe que eras un bombón, ¿sabías?

—Por supuesto —responde el Chuña con gracia.

La Dominga sonríe, pero en su mirada veo que algo le preocupa. Hasta que se frena y mira al Chuña.

—Hay algo que quiero decirte.

Todos la miramos, expectantes. La Dominga se aclara la garganta y anuncia:

—El terreno de tu casa se vendió. Al parecer, tu hermano demostró que vos estabas muerto. Ya están construyendo un nuevo supermercado...

Hay un silencio que nos congela. Eso, más el hecho de estar en un pueblo donde no pasa nada, hace que la sensación de soledad sea casi asfixiante.

Por suerte, el Chuña le baja el perfil.

—Era lógico. Además, así es mejor. Si ya estoy muerto, supongo que no me molestarán más.

Tiene su punto. Me convence. Y al parecer a la Dominga y a Pablo también. Mi hermano toma el bolso de su novia y se adelantan dándonos la espalda. Emprendemos el viaje hasta la casa de mis abuelos en silencio. Sanos y salvos.

Febrero ya se acaba y pienso en el liceo. Las clases, el uniforme, las mil excusas para zafar de las tareas, los horarios, las levantadas temprano. Pero también me acuerdo de mis amigos, de las pichangas, de las tallas, de mi mamá y de Santiago. Me encanta mi ciudad, y más que todo, me encanta mi barrio. Tiene casas. Y parques. Ahora tendrá un supermercado que nace de la maldad, pero creo que puedo convivir con ellos.

Miro a mi lado. El Chuña termina su Chocolito y bota el palo en el basurero.

—Todos vamos a estar bien —dice sin que le pregunte nada.

—¿Estás seguro?

Él me mira. Está vivo. A veces pienso que está vivo gracias a nosotros. Entonces me sonríe y dice:

—Tranquilo, Gabriel. Además, ¿te he fallado alguna vez?



Luis Emilio Guzmán



Chileno, nació en Buenos Aires en 1974. Es periodista, con postgrado en Guión en la Universidad Complutense de Madrid.

Es autor de la novela *Corazón disléxico* y ha participado en recopilaciones de cuentos chilenos de terror y de ciencia ficción. Asimismo, es el autor del guión original de la película *Paraíso B* y de las series de televisión *Justicia para todos*, *Cárcel de mujeres* y *Hotel para dos*, todas emitidas por de TVN.

El año 2012 fue galardonado con el premio Altazor al mejor guión por la serie *Los archivos del cardenal*. *El club de los que sobran* es su primera novela juvenil.

DESDE **12** AÑOS

El club de los que sobran

Luis Emilio Guzmán

Ilustraciones de Quique Palomo

Una mañana, Gabriel, de 13 años, encuentra al vago de su barrio muerto. Junto a su hermano y su mejor amigo, deciden asumir la tarea de encontrar al culpable de esta misteriosa muerte.

Pero una serie de incendios, sospechosas demoliciones y un grupo de matones dificultarán aún más la misión de resolver el crimen.

A esta pandilla de desadaptados súmenle una chica inteligente y guapa que enfrentará a los dos hermanos, y el resultado será un verdadero club. El club de los que sobran.

ALFAGUARA

JUVENIL



9 789563 474664